

PORQUE ES ETERNA SU MISERICORDIA

Marcelino Iragui Redín, Carmelita

INTRODUCCIÓN

Esta es la historia de una gotita de agua; pude llamarse Carmen, Ángela, Marcos o Antonio. La gotita caía del cielo limpia y cristalina y aterrizó sobre una roca. Con el impacto perdió su sentido de identidad. Lo que le originaría graves problemas. En la roca había polvo, y al caer sobre ella la gotita perdió su pureza original. Lo que le acomplejó seriamente.

La roca se encontraba en un acantilado sobre el océano. Desde allí la gotita contemplaba el océano en su inmensa grandeza y belleza; miraba largamente, admiraba y sentía una misteriosa atracción hacia él. Pero al verse tan insignificante y tan poco limpia, se retraía. Además pensaba: *Si me lanzo a ese océano inmenso, seguramente me pierdo para siempre*. Para colmo, con el tiempo la gotita se fue apegando más y más a la roca donde moraba.

Y sucedió lo inevitable. Una noche soplaba un viento fuerte, tan fuerte que levantó a la gotita y la arrojó al océano. Y ¡maravilla de maravillas! La gotita se sintió acogida por el océano inmenso, se encontró limpia, y descubrió con sorpresa que era una con el océano y una con innumerables gotitas como ella que se movían por todo el océano.

Al declarar el *Año de la Misericordia* la Iglesia nos invita a sumergirnos en el Océano del Amor de Dios, y tomar un buen baño de misericordia divina. Quien así lo hace saldrá, no sólo limpio de sus pecados, sino también libre de complejos de culpabilidad y de miedo a Dios; complejos que tanto abundan en personas religiosas y que tanto daño causan a la salud espiritual y física de los hijos e hijas de Dios. Los verdaderos sabios no se contentan con un baño pasajero. Los sabios han descubierto el camino para adentrarse en el Océano y, con la gracia del Espíritu, han aprendido a poner en él su morada permanente.

Dice Jesús: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí... Aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros. El que me ama vivirá según mi doctrina, mi Padre lo amará, y mi Padre y yo vendremos a él, y viviremos en él” (Jn 14,6.20.23). Esta es la promesa divinamente esplendida de un Dios divinamente esplendido, que hace de nosotros su morada permanente, al mismo tiempo que él es nuestra morada para siempre. Cuando uno guiado por la fe se adentra en lo profundo de su ser, se encuentra en lo profundo de Dios, todo amor y misericordia. Es una verdadera inmersión en Dios, de modo que uno queda insertado en la familia trinitaria. “Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté dentro de vosotros y vuestra alegría sea completa” (Jn 15,11).

Santa María, Madre de la Misericordia, bendice y concede una experiencia nueva y profunda de la divina Misericordia a todo el que lea esta librito; que quede insertado para siempre en la familia divina.

En este libro la palabra Misericordia muchas veces se escribe con mayúscula, porque no se refiere a algo, sino a alguien, que es el Dios vivo, el Dios que nos ama con amor eterno y nos salva por su infinita misericordia.

Calahorra, Santuario de la Virgen del Carmen

Año de la Misericordia divina 2015-2016

1. QUIEN BUSCA A DIOS SE ENCONTRARÁ EN UN OCÉANO DE MISERICORDIA.

Vivimos en un mundo muy convulsionado por todo tipo de crisis. La más preocupante sin duda es la crisis de fe. Sin la fe, el ser humano cae en la vaciedad. Vaciedad inquietante es lo que predomina en la juventud actual de Occidente. Sin embargo, en medio del presente panorama, hay señales de esperanza para nuestro mundo: Cada vez son más numerosos los *Buscadores de la verdad*. Personas desilusionadas con las promesas del mundo, que buscan la verdad y la felicidad más allá de las cosas externas y transitorias. Otra señal: Hoy estamos descubriendo el aspecto femenino, maternal de Dios, al redescubrir que el Espíritu Santo no es el, sino ella. Ya el segundo versículo de la Santa Biblia anuncia: “La *Ruah Elohim* se cernía sobre las aguas”. Y una tercera señal: En nuestros días se nos está revelando con más insistencia que nunca el misterio de la Divina Misericordia. ¿No vendrá esta revelación como una última tabla de salvación, que el cielo ofrece a la tierra? Acojámosla con un corazón humilde, pobre y abierto.

Ya desde antiguo dice el Señor: “En este pondré mis ojos: en el humilde y pobre de espíritu que se estremece ante mis palabras” (Is 66,2). Dios se manifiesta de buen grado a la persona humilde, que con sinceridad le busca desde su pobreza humana. Tarde o temprano el buscador se encontrará sumergido en un Océano inmenso de Amor y de Misericordia, guiado por aquel que dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6).

Ejemplo de Moisés

Un buen ejemplo nos ofrece el libro del Éxodo 3,1ss. Nos presenta a Moisés en el monte Horeb, como humilde pastor, cuidando el rebaño de su suegro. Dios se le manifiesta en un fuego que arde, ilumina y atrae; pero no destruye. Al acercarse a la zarza ardiente, Dios le dice: “*Descálzate; estás pisando tierra sagrada*”.

Para entrar en el mundo de Dios y moverse con libertad en él, hay que descalzarse de ideas preconcebidas y conceptos mentales, hay que despojarse de ciertos apegos y hay que alejarse de las prisas. Sólo así cesarán los ruidos. El alma enamorada podrá ahondar en el silencio, caminar y caminar hacia la orilla del misterio, para descubrir que Dios ha estado siempre allí esperando para invitarle: “Entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25,21).

El alma sedienta de Dios canta, según San Juan de la Cruz: “*En una noche oscura / con ansias en amores inflamada, / ¡Oh dichosa ventura! / salí sin ser notada, / estando ya mi casa sosegada*”. Y comenta el santo: “Para llegar a Dios antes ha de ir uno no entendiendo que queriendo entender. La contemplación por la cual el entendimiento tiene más alta noticia de Dios llaman *Teología Mística*, que quiere decir sabiduría de Dios secreta; porque es secreta al mismo entendimiento que la recibe. Por eso se llama *rayo de tiniebla*. Cuanto más altas las cosas de Dios, más oscuras son para nosotros” (2 Subida 8,6).

Para muchos orantes la sequedad persistente y la incapacidad de reflexionar es la *zarza ardiente* desde la cual Dios les llama a una nueva relación de intimidad con él, donde percibirán a fondo su propia miseria e impotencia y experimentarán la infinita Misericordia divina; también aprenderán otra preciosa lección: a ser más comprensivos y misericordiosos con otros.

En su aparición a Moisés, Dios continúa: “*Yo soy el Dios (Elohim) de tus padres Abrahán, Isaac y Jacob*”. La palabra *El* en las lenguas semitas indica la deidad. Para distinguir al Dios vivo de otros dioses falsos, la Biblia usa el plural de *El*, *Elohim*. Nombre que aparece en el Antiguo Testamento más de 2000 veces. De ahí Jesús arguye en su discusión con los Saduceos: “No es un Dios de muertos, sino de vivos” (Mt 22,31s). Nuestros antepasados, a los que llamamos *muertos*, viven en Dios y son felices.

Y añade Dios: “*He visto la opresión de mi pueblo, he oído su clamor y conozco sus angustias...*” Ante ciertas situaciones uno puede tener la impresión de que Dios es ciego y sordo. Dios ve nuestras angustias con inmensa misericordia; escucha nuestro clamor con corazón de madre. Pero, como está seguro de sus planes, Dios nunca anda con prisas; sin embargo siempre llega a tiempo. No lo olvidemos, ¡Dios siempre llega a tiempo! ¡Estemos atentos a su llegada para abrirle la puerta!

Cuando Moisés se alarma ante la tarea que Dios le encarga de liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto, Dios le asegura: “*Yo estaré contigo*”. Siempre que Dios encomienda una tarea, promete y concede su asistencia a quien le obedece. En el Nuevo Testamento esta asistencia divina viene con el don del Espíritu y los carismas apropiados.

Moisés, dispuesto ahora a obedecer, pregunta: “*Bien, me presentaré a los Israelitas y les diré: El Dios de nuestros padres me ha enviado. Y si ellos me preguntan: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les responderé?*” Dios dijo a Moisés: *YHWH (Yahvé), YO SOY me envía a vosotros... Este es mi nombre para siempre*” (Ex 3,15).

La gran preocupación del Evangelista Juan es dejar claro que Jesús es Dios y está consciente de serlo. Repetidamente pone en boca de Jesús la expresión *Yo soy*. Así dice Jesús a los judíos: “Si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados. Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que Yo soy” (Jn 8,24.28).

Yo soy el que soy

El nombre *Yahvé*, *Yo Soy* puede interpretarse como *Yo soy el que soy*, o como *Yo soy el que seré*. La primera interpretación, *Yo soy el que soy*, nos enfrenta con el misterio infinitamente rico y simple que es Dios. Nos invita a ir más allá de conceptos mentales, para comunicarnos con Dios en intimidad divina. Es lo que recomienda Jesús: “Tú, cuando reces entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu padre que está en lo secreto” (Mt 6,6). Entra en tu santuario interno; cierra la puerta a tus pensamientos, cavilaciones y fantasías. Toma conciencia de que el reino de Dios está dentro de ti (Lc 17,21). Ahí te esperan las mayores sorpresas; si te sientes indigno y pecador, disponte a recibir un baño de misericordia y de perdón.

Hoy no son muchos los sabios que miran dentro. Se va perdiendo el sentido de misterio; y cuando este se pierde, la vida carece de profundidad. En el Evangelio según Sto Tomas, dice Jesús: “El que no se conoce a sí mismo no conoce nada”. Muy sabio el consejo de san Anselmo: “Entra un momento en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Entra en el aposento de tu alma. Descansa siquiera un momento en presencia de Dios. Alma mía, di a Dios: Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro. Enséñame a buscarte, y muéstrate a quien te busca. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré” (Breviario I pa 164s).

¿Cómo entrar en ese reino de intimidad con Dios? El éxito depende de nuestra sensibilidad y docilidad al Espíritu Santo. El crecimiento espiritual es obra del Espíritu, y lleva el sello del Espíritu: simplicidad, suavidad, intimidad, sorpresa, unicidad. Conforme el Espíritu controla nuestra relación con Dios, nuestra vida de oración se va simplificando y unificando. Si antes uno reflexionaba mucho, tenía luces, emociones fuertes y sacaba numerosas conclusiones, ahora se queda con una simple mirada del corazón dirigida a Dios. Uno prefiere descansar en la presencia de Dios invisible, saboreando algo maravilloso que no entiende. La oración se reduce a una simple mirada del corazón, una quietud admirativa, un silencio amoroso, una Presencia envolvente. En expresión san Juan de la Cruz una *advertencia amorosa*: “El alma ha de andar solo con advertencia amorosa, simple y sencilla a Dios, sin actos específicos, como quien abre los ojos con advertencia de amor” (Llama 3,33).

Santa Teresa de Jesús recomienda lo mismo: “No os pido ahora que penséis en él, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestra mente; no os pido más que le miréis. Pues ¿quien os quita volver los ojos del alma, aunque sea un momento, si no podéis más, a este Señor?

Pues nunca quita él los ojos de vosotras. No está aguardando sino que le miremos” (Cam. 26,3). Una simple mirada de amor puede ser mucho más elocuente que mil palabras.

A quien se acostumbra a andar con *advertencia amorosa*, el Espíritu le podrá enseñar a descansar en *noticia amorosa*, en contemplación infusa. San Juan de la Cruz: “En poniéndose el alma delante de Dios, se pone en acto de noticia confusa amorosa, pacífica y sosegada, en que está bebiendo sabiduría y amor y sabor... Esta noticia general es a veces tal sutil, que el alma, aunque está empleada en ella, no la echa de ver ni la siente... Se queda el alma a veces como en un olvido grande, que ni supo dónde estaba, ni qué se había hecho, ni le parece haber pasado por ella tiempo...” (2 Subida 14,2.8.10).

Santa Teresita, un alma verdaderamente sencilla y sabia, se ve a sí misma como un pajarillo. “¡Oh Jesús, cómo se alegra tu pajarillo de ser débil y pequeño. ¿Qué sería de él si fuera grande? Jamás tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de dormitar delante de ti. Sí, ésta es otra debilidad del pajarillo, cuando quiere mirar fijamente al Sol divino y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo: a pesar suyo, sus ojitos se cierran y el pobrecito se duerme creyendo seguir mirando fijamente al Astro querido. Al despertar, no se desconsuela, su corazoncito sigue en paz. Y vuelve a comenzar su oficio de amor” (B 5r). Esa paz admirable nace de conocer y experimentar a Dios como realmente es, puro amor, pura misericordia. En la vida diaria de quien experimenta a Dios como amor y misericordia, predomina el asombro, la gratitud, el deseo de hacer su voluntad, y de entregarse a él sin reservas.

Cuando la criatura se entrega sin reservas al *Yo soy el que soy*, el Creador, en su misericordia infinita, desciende a la criatura y se fusiona con ella. La Bta. Isabel de la Trinidad dice: “Oración es la unión de la que no es con el que es”. Oración profunda es el descenso del Yo soy a la que no es, o al que no es. El que es, en su misericordia infinita abraza a la que no es, o al que no es, de modo que la miseria y la fealdad humana quedan transformadas en gracia y belleza divina. La gracia santificante nos hace “participes de la naturaleza divina” (2P 1,4). De ese modo nos abre el camino para la fusión final y total con el Yo soy.

Yo soy el que seré

Esta es otra posible interpretación del santo nombre de Dios, Yahvé. Indica que la intención de Dios es darse a conocer gradualmente. Así lo ha hecho a lo largo de la historia de salvación. Ya en los días de Moisés se da a conocer como el Dios que, en medio de portentos, salva y libera a su pueblo de la esclavitud de Egipto, castigando a sus enemigos. De ahí nace en Israel la imagen del *Dios guerrero*, y la expectación de un *Mesías guerrero*; lo que contribuyó al rechazo de Jesús.

A lo largo de la historia Dios se abaja al nivel de los seres humanos y se compromete en los acontecimientos que a estos afectan. Se da a conocer como el Dios que, con acontecimientos humanos, incluidos errores e injusticias, va escribiendo historia de salvación.

Gradualmente Dios va revelando su identidad más íntima. Se manifiesta revestido de misericordia, con entrañas de madre. “Acaso olvida una madre a su niño de pecho, sin tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque esas te olviden, yo no te olvidaré” (Is 49,15s). “Vacilarán los montes, las colinas se moverán, pero mi bondad hacia ti no desaparecerá: dice el Señor que de ti se compadece” (Is 54,10ss). Dios nos mira como una madre mira a su bebé, y con amor infinitamente mayor; cuando nos ve sucios, heridos y afligidos nos mira con compasión y misericordia divina, y corre en nuestra ayuda. Lo que sucede es que, a veces uno está tan obsesionado con las nubes que le rodean, que no percibe la presencia divina.

Y “cuando llegó la plenitud de los tiempos Dios envió a su Hijo nacido de una mujer” (Ga 4,4s); lo envió en una carne semejante a la nuestra. Y el Hijo nos habló de Dios en nuestro propio dialecto. Para empezar él nos asegura: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único que está en el seno del Padre nos lo ha dado a conocer” (Jn 1,18). El Hijo, que vive

eternamente en el seno del Padre, nació hace 2000 años del seno de María Virgen. El vino a revelarnos el rostro de Dios...

Es significativo, siempre que Jesús ya adulto se refiere a Dios lo llama *Abba*. En arameo es como el niño pequeñito llama a su papá. Los evangelios ponen en boca de Jesús esa expresión 170 veces. Al decir *Abba*, Jesús no apunta a lo masculino, sino a la intimidad. El Dios de Jesús no es el temible Jehová de los ejércitos, ni el Señor lejano sentado en su trono; es el papá con entrañas de madre, siempre cercano a sus hijos. Es *Abba* de todos. Es Madre de todos. Es amor, cuidado, protección y misericordia para todos.

El alimenta a las aves, viste los campos, sobre todo se cuida de los humanos (Lc 6,26ss). Ante el amor del Padre y su preferencia por los pequeños, el alma de Jesús desborda de gratitud. “Yo te alabo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has manifestado a los sencillos” (Lc 10,21s). Pocas cosas nos acercan y asimilan tanto a Jesús como la gratitud y la admiración ante las obras del Padre. “Dad gracias en toda conjuntura; eso es lo que Dios quiere de vosotros en Cristo Jesús” (1Ts 5,17s). Gracias, Padre, por el milagro de cada nuevo día; gracias porque a mí, a toda mi familia y a toda la familia humana nos tienes arropados en tu misericordia infinita.

El pez grande y el océano

Érase un pez grande todo corazón, que vivía feliz en el océano. Su mayor deseo era la felicidad de todos los peces. Un día se internó nadando por la desembocadura de un río, y luego siguió por un arroyo, hasta dar con un pequeño pozo. Pronto se vio rodeado de multitud de pececillos, que habían nacido y crecido en ese pozo. Llenos de admiración, estos le preguntaban: ¿Cómo te llamas? ¿De donde vienes? ¿Qué haces por aquí? ¿Te gusta nuestro pozo? Seguro que no encuentras otro mejor”.

Respondió el pez grande muy amable: “Mi nombre es misterio y vengo del océano a haceros una visita y a invitaros a todos a venir conmigo al océano”.

“¿Y qué es el océano, y cómo es?”, preguntaron a coro los pececillos muy intrigados.

¿Cómo explicar qué es el océano en toda su imponente grandeza y majestad a unas criaturitas que nunca han visto nada más grande que un pozo, ni han viajado más de veinte metros arroyo arriba, arroyo abajo? El pez grande les dio esta sabia respuesta: “¿Veis este pozo tan hermoso? Pues el océano es igual que este pozo, pero muchísimo más grande y hermoso. Podéis nadar días y días sin llegar a la última orilla. Y si buceáis os encontraréis con maravillas y sorpresas sin fin. ¿Os gustaría venir conmigo al océano?”

Algunos pececillos menearon la cabeza incrédulos: “Más vale disfrutar de lo que tenemos, que soñar en un mundo mejor”. Otros, al escuchar el testimonio del pez grande, soñaban ya con un mundo maravilloso, y aceptaron gustosos su invitación. Estos, siguiendo al pez grande, partieron llenos de ilusión hacia el misterioso océano.

Dice Jesús: “El reino de los cielos sufre violencia, y los valientes lo arrebatan” (Mt 11,12). Valientes son los que se esfuerzan por superar sus apegos a lo de siempre, y tienen el valor vencer el miedo a lo desconocido, para aventurarse más allá de lo que la mente alcanza, y adentrarse en pura fe en el mundo del misterio, lleno de sorpresas, lleno de Dios.

2. MISERICORDIA, SENO MATERNO DE DIOS

Comentario [A1]:

En el Sinaí Dios revela su nombre a Moisés. Revelar el nombre es una señal de cercanía, y puede interpretarse como una invitación a la amistad personal. Moisés, confiando en las promesas de Dios, obedece, baja a Egipto y apoyado en su amistad con Dios hace maravillas. Por fin, con el pueblo liberado de la esclavitud, sale camino de la tierra prometida a los padres. Su amistad con Dios y su confianza en él siguen creciendo. De Moisés dice la carta las Hebreos: “Se mantuvo firme como si viera al invisible” (Hb11,27).

Meses o años más tarde Moisés se encuentra de nuevo en el Sinaí rodeado del pueblo liberado de la esclavitud. Moisés desea ver el rostro de su Amigo divino. Y se lo pide: “Muéstrame tu gloria, Señor”. Respuesta: “Yo haré pasar ante ti mi bondad y pronunciaré mi nombre, pues yo tengo misericordia con quien quiero. Pero mi rostro no lo puedes ver, porque no lo puede ver nadie y quedar con vida. Métete en la hendidura de esa roca, cuando yo pase, te cubriré con mi mano (para que no veas mi rostro y mueras). Después que pase podrás ver mis espaldas” (Ex 33,18ss). Efectivamente, cuando llegó el gran momento “El Señor pasó ante él, proclamando: *Yahvé, Yahvé, Dios compasivo y misericordioso, rico en clemencia y piedad, que perdona el delito y el pecado...*” (Ex 34,6s).

Ver el rostro de Dios significa ver a Dios tal cual es. Imposible en nuestra condición mortal. Para ello hay que pasar por un reciclaje profundo más allá de la muerte. Ver sus espaldas es conocerle por las huellas que deja a su paso por nuestra vida y por la historia del mundo: un rastro de compasión y misericordia, de clemencia y piedad, un rastro de perdón total e incondicional. A lo largo de la historia, lo que caracteriza a Dios en su relación con el ser humano, es su inagotable misericordia. La historia de salvación es la historia de las miserias humanas y de las misericordias divinas; del pecado de los hombres y del perdón de Dios. “Pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia” (Rm 5,20). Donde abunda la miseria humana sobreabunda la misericordia divina.

La gran sorpresa: el hormiguero

Donde Dios ha manifestado del modo más sorprendente su infinita generosidad y misericordia es en el misterio de la Encarnación de su Hijo unigénito. Ante el misterio el lenguaje más adecuado es la parábola, que nos invita a ir más allá de lo que la mente puede captar. He aquí una parábola. El reino de los cielos se parece a un hormiguero. Tú eres un amante de la naturaleza. Paseando por el campo, te detienes contemplando un hormiguero. En ese mundo el paro no existe; no hay policía de tráfico, sin embargo todos sus ciudadanos se mueven en perfecto orden. La pena es que el hormiguero se encuentra justo en el trazado de una futura autopista y está condenado a la destrucción. Tú decides hacer algo por salvarlo. Te abajas hacia las hormigas y les explicas: “Vuestro mundo va a ser destruido dentro de poco, y todas pereceréis sin remedio si no me escucháis. ¡Seguidme! Yo os conduciré a un lugar mejor y más seguro”. Se lo explicas en castellano y otras lenguas. ¡No se enteran! Les gritas y gesticulas. ¡Todo en vano! Las hormigas ni se paran a mirarte.

De pronto se enciende una lucecita en tu mente y ves un modo de salvar a esas pobres criaturitas. Un modo muy costoso para ti. Debes dejar tu hogar, tu familia, tu trabajo y amigos; despojarte de todo, incluso de tu cuerpo humano; y convertirte en una pequeña hormiguita, con tu mente humana. Así entrarás en el hormiguero y les explicarás tu proyecto de salvación en su propio dialecto. A buen seguro, algunas hormigas veteranas te van a rechazar como a un intruso soñador o lunático. Pero confías en que otras menos programadas te escuchen, y las podrás conducir a un lugar seguro. ¿Estarías suficientemente loco como para emprender tal aventura y por tal causa?

Pues bien, nuestro Dios está tan increíblemente loco, loco de amor por nosotros, hormiguitas humanas, que ha hecho eso y mucho más. Viendo nuestro pequeño mundo en

peligro de perecer bajo el peso de su propio pecado, en su gran misericordia, envió profetas y mensajeros para llamarlo al orden. Cuando todos fallaron, Dios se despojó de su gloria, se hizo hombre en todo como nosotros, y bajó a nuestro nivel en la persona de su Hijo Jesucristo.

La distancia entre Dios y el hombre es infinitamente mayor que la distancia entre el hombre más ilustre y la más insignificante hormiga. Dios, movido a compasión, salva esa distancia sin titubear. La Encarnación del Hijo no tiene otra explicación que la Misericordia infinita, que es Dios. “Porque tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no ha enviado a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él” (Jn 3,16s).

Aunque yo me hiciese hormiga por salvar a las hormigas, no podría convertir a las hormigas en seres humanos. El Hijo de Dios se ha hecho humano para hacernos a los humanos “participes de la naturaleza divina” (2 p 1,4). Al venir el Hijo de Dios a este mundo “a todos los que lo reciben les da el ser hijos de Dios” (Jn 1,12). “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1Jn 3,1s). “Y si hijos, somos también herederos de Dios, coherederos de Cristo” (Rm 8,17). Todo es obra de la Misericordia divina.

Rahamin, El seno materno de Dios

En la actualidad los hombres nos comunicamos básicamente a nivel de ideas; con frecuencia intercambiamos ideas tomadas en alquiler. En las culturas antiguas la comunicación era más personal y profunda, a nivel de sentimientos, de intuición. Por eso más que conceptos abstractos, se utilizaba la imagen. Un buen ejemplo tenemos en la palabra *misericordia*.

La palabra bíblica *rahamin*, que se traduce *misericordia*, tiene un sentido muy profundo. *Rahamin* es el plural de *rehem*, que significa útero materno. Lo que el útero materno es para el niño no nacido, eso es Dios para el ser humano en la tierra. En el seno materno, esté o no consciente de ello, el niño encuentra su alimento, oxígeno, seguridad y va creciendo. *Dios es seno materno*, es todo madre para el ser humano a lo largo de su vida, esté o no consciente de ello. “En él vivimos, nos movemos y somos” (Hc 17,28).

La gran pena de Dios es ver que tantos seres humanos no se han enterado, y que tantos creyentes no acaban de creerlo. Y la gran responsabilidad de sus amigos es interceder para que Dios les despierte y puedan vivir este maravilloso misterio. “Que el Padre de la gloria les conceda espíritu de sabiduría, que les dé un conocimiento profundo, e ilumine los ojos del corazón para que todos comprendan cuál es la esperanza a la que nos llama, cuál la riqueza de gloria que da a los santos y cuál la grandeza de su poder en favor de nosotros” (Ef 1,17s). Esto es lo que los amigos y socios de Jesús debemos pedir para todos los seres humanos. La intercesión universal es hoy más urgente que nunca.

Desde el vientre de su madre, el niño recibe mensajes del mundo externo, unos positivos, otros negativos, que determinan en gran parte su futuro. Lo importante es que el niño se sienta bien arropado en el amor de su madre. Nada como ese amor incondicional le protege, fortalece y ayuda a crecer. Como el niño no nacido en el seno materno, nosotros tenemos nuestra existencia en Dios. El mundo externo nos bombardea con todo tipo de mensajes y mentiras. Si nos aferramos en fe a Dios, nos encontramos arropados en su amor; su misericordia infinita nos protege de toda influencia negativa. De ese modo vamos creciendo en armonía, en amor, en gracia y en verdad.

En la era de la entrañable misericordia

Vivimos en la Era de Gracia: Dios ha volcado todo su amor, su bondad y misericordia sobre nosotros y sobre el mundo. Atrás quedó la Era de la Ley, aunque muchos cristianos no parece haberse enterado. Al nacer el Precursor, su padre anuncia así la *Era de Gracia*: “Por la

entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto” (Lc 1,78). Estamos viviendo en la era de la *entrañable misericordia de nuestro Dios*. Oremos para que todos los hijos e hijas de Dios lleguen a experimentar esa Misericordia entrañable, que nos visita de lo alto, para iluminar nuestras vidas y guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

“Cuando se manifestó la bondad de Dios y su amor a los hombres, nos salvó según su propia misericordia” (Tit 3,4-7). “Pero Dios, rico en misericordia, por el inmenso amor con que nos amó, estando nosotros muertos por el pecado, nos dio vida juntamente con Cristo; nos resucitó y nos hizo sentar con él en los cielos. Hemos sido salvados gratuitamente por la fe” (Ef 2,4ss).

La Iglesia ora: “Oh Dios, que manifiestas tu poder especialmente con el perdón y la misericordia...” (Dom.26 t. ord.).

Santa Teresita pensando en el misterio de Dios hecho hombre, para hacer al hombre Dios, escribe: “¡Oh, Verbo divino!, eres tú el Águila adorada que yo amo, la que me atrae. Eres tú quien, lanzándote a la tierra del exilio, quisiste sufrir y morir a fin de atraer a las almas hasta el centro del Foco eterno de la Trinidad bienaventurada. Eres tú el que, remontándote hacia la Luz inaccesible que será para siempre tu morada, permaneces todavía en el valle de lágrimas, escondido bajo la apariencia de una hostia blanca. Quieres alimentarme con tu divina sustancia a mí, pobrecito ser, que volvería a la nada, si tu divina mirada no me diese la vida a cada instante...”

“Por el tiempo que quieras, ¡oh Amado mío! tu pajarillo permanecerá sin fuerzas y sin alas. Seguirá con los ojos fijos en tí: quiere quedar embelesado por tu mirada divina, quiere convertirse en presa de tu amor. Un día, yo espero, vendrás, Águila adorada, a buscar a tu pajarillo; y remontándote con él hasta el Foco del amor, le hundirás por toda la eternidad en el ardiente abismo de ese amor, al cual se ofrece él como víctima” (Ms B. 5v).

3. MATRIMONIO DIOS-HOMBRE: FRUTO DE LA MISERICORDIA

Por siglos el deporte tradicional de los teólogos ha sido la discusión. Un teólogo con buen sentido del humor, escribe: “Imagínate un plazoleta llena de teólogos. Al fondo hay dos grandes portales cerrados; sobre uno está escrito: *CIELO*; sobre el otro: *DISCUSIÓN SOBRE EL CIELO*. Se abren las dos puertas, ¿A dónde se apresuran los teólogos? A lo más divertido. A partir de la Edad Media se preguntaban: *¿Si Adán no hubiese pecado, se habría encarnado el Hijo de Dios?* La respuesta mayoritaria de los teólogos era: *No, ¿para qué se iba a molestar?*”

San Juan de la Cruz, gran místico habla desde la experiencia profunda de Dios. En un Romance presenta la vida íntima de Dios, infinitamente feliz en la unicidad trinitaria. Dios es amor, que se desborda *ad extra*, amor que desea compartir su vida y su felicidad con innumerables criaturas, especialmente con una que será creada *su imagen y semejanza*.

El Padre se expresa así: “*Una esposa que te ame, / mi Hijo, darte quería, / que por tu valor merezca / tener nuestra compañía / y comer pan a una mesa / de el mismo que yo comía*”.

El Hijo responde: “*A la esposa que me dieres / yo mi claridad daría / para que por ella vea / cuánto mi Padre valía / y cómo el ser que poseo / de su ser le recibía. / Reclinarse he yo en mi brazo / y en tu amor se abrasaría / y con eterno deleite / tu bondad sublimaría*”.

De ese deseo de Dios de compartir su felicidad *ad extra*, de dar una esposa a su Hijo, surge el proyecto de la creación entera. Dios crea seres espirituales, seres corpóreos y seres mixtos. El hecho de que el ser humano, creado a imagen de Dios, vaya a caer bajo el poder del pecado no frustra el eterno proyecto.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos (Ga 4,4), Dios envió su plenipotenciario Gabriel a una mujer pobre y sencilla, pero llena de gracia, María de Nazaret, que en ese momento representa a toda la humanidad y a la creación entera. El ángel trae de parte de Dios una propuesta matrimonial. Como representante de toda la familia humana la Virgen María da el *Sí* a la propuesta: “*Aquí esta la esclava del Señor, hágase según tu palabra*” (Lc 1,18). Y María se entregó sin reservas al proyecto de Dios.

Cuando rezas el Ángelus, entra en el alma de María, la llena de gracia. Ella te enseñará a vivir el gran misterio como ella lo vivió, no sólo en Nazaret, sino en todas partes y circunstancias alegres y tistes, a lo largo de la vida. Y descubrirás que la Encarnación es un misterio de amor, de misericordia y ternura divina, que perdura a lo largo de siglos y milenios. Gracias a ella nos encontramos perpetuamente arrojados en la gran Misericordia divina, cuando no realmente sumergidos en un Océano de Misericordia.

Proyecto trinitario

En este proyecto participa toda Trinidad. El Padre envía al Hijo (Jn 3,16); este se encarna de María Virgen por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35); “*y el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros*” (Jn 1,14). Así el Creador se abaja al nivel de la criatura y la consagra; el Eterno se une con el hombre mortal, lo reviste de inmortalidad y lo diviniza, lo hace “participe de la naturaleza divina” (2 P 1,4). Gracias a esta acción de la condescendencia divina, se ha dado una interpenetración del Ser de Dios y de nuestro ser; el nuestro queda misteriosamente insertado en Dios.

Lo sorprendente es que el Hijo viene en condición semejante a la del hombre pecador, como sacrificio por el pecado (Rm 8,3). Viene como “cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29). Sin duda, el matrimonio Dios-hombre es el primer fruto del amor eterno y de la infinita misericordia de Dios. De él emanan los innumerables frutos, que nos sorprenden a cada paso.

San Pablo, al ver lo que Dios ha hecho por nosotros, lleno de asombro exclama: “Me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2,20). Esto es algo que ha conquistado muchos corazones y ha cambiado profundamente muchas vidas. En la Rusia estalinista se castigaba toda expresión religiosa. Dos policías sorprendieron a una viejecita en una ermita remota, besando los pies de un crucifijo. Uno de ellos preguntó a la viejecita: “Babushka, estaría dispuesta a besar así los pies del Generalísimo Stalin?” Ella mirando fijamente al policía le respondió: Ciertamente, con mucho gusto, con tal que el Generalísimo Stalin hiciese por mí lo que hizo este”.

Diciendo sí al proyecto de Dios

Matrimonio significa amor, entrega, unión, intimidad, fidelidad. Jesús nos ama y se entrega sin reservas a todos y a cada uno. En la eucaristía continúa en ese estado de entrega total: *Tomad y comed, esto es mi cuerpo entregado por vosotros* ¿Cómo responder a ese amor? La única respuesta adecuada es diciendo *sí* a la oferta de Dios, aceptando a Jesús como Esposo y Señor; y entregándose sin reservas al proyecto de amor recíproco: o sea, dejándose amar por él sin medida y sin complejos, y aprendiendo a amarle sin medida a él, que siempre está presente dentro de nosotros, está presente en todo ser humano, está presente en la creación.

El bautismo nos compromete a ese proyecto divino. Pablo escribe a los Corintios, que él había evangelizado: “*Os he desposado como una virgen pura, con un solo marido, Cristo*” (2Co 11,2s). Ser *virgen pura* significa acogida total a Cristo como esposo y amor total a Cristo. Puede darse tanto en el célibe como en el casado. San Agustín explica: “Dios creó la Iglesia virgen, y por eso es virgen. En la carne sólo hay vírgenes consagradas; en la fe todos deben ser vírgenes”. Entregándose Cristo sin reservas y amándole por encima de todo uno se *virginiza*. “El que ama a su padre o madre más que a mí, no es digno de mí (Mt 10,37), no es capaz de amor virginal. Santa Teresita pone en labios de Santa Inés estas bellas palabras: “Cuando amo a Cristo y

cuando yo le toco, se hace mi corazón más puro y limpio, y me vuelvo más casta. El beso de su boca me da el dulce tesoro de la virginidad” (Poesía 27).

Y explica Teresita: “La virginidad es un silencio profundo de todas las preocupaciones de la tierra. Para ser virgen no hay que pensar más que en el Esposo, que no admite a su lado nada que no sea virgen, pues quiso nacer de una madre virgen, tener un precursor virgen, un tutor virgen, un amigo predilecto virgen, y finalmente un sepulcro virgen. El quiere también una esposa virgen. Alguien ha dicho que cada uno ama a su tierra natal. Y como la tierra natal de Jesús es la Virgen de las vírgenes, le gusta encontrarse entre corazones vírgenes. Yo pienso que el corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él, y por eso le hablo en la soledad de corazón a corazón, a la espera de llegar a contemplarlo un día cara a cara” (Cta 122).

¡Cuidado con el enemigo!

Aquí, como en todo, el gran enemigo a superar es nuestro ego. En la lucha diaria con nuestras taras, nuestros errores y defectos de temperamento, con nuestras debilidades psicológicas y espirituales, muchas veces nos encontramos con el fracaso. Eso no debe entristecernos. Con tal que perseveremos en la lucha sin desfallecer, esos fracasos contribuyen mejor que nuestros éxitos a poner a nuestro ego en su sitio, o sea en el polvo, a los pies del Señor. En el plan de Dios los fracasos en la lucha con el ego humillan, purifican y vacían; de ese modo nos disponen para mayores manifestaciones de la misericordia divina. Y nuestro crecimiento espiritual, nuestra virginización y divinización depende totalmente de la gracia y misericordia divina acogidas con sencillez y gratitud.

San Pablo pide repetidamente a Dios que le saque la espina del ego. Y repetidamente le asegura Dios: “Mi gracia te basta, pues mi poder triunfa en la flaqueza”. Al final, Pablo aprende la preciosa lección y exclama: “Cuando me siento débil es cuando soy más fuerte (2Co 12, 9s).

Mientras nuestra vida no esté permanentemente bajo el control del Espíritu Santo, el ladronzuelo ego conseguirá engañarnos más de una vez y usurpar el centro. “Nadie puede decir, *Jesús es el Señor* si no es movido por el Espíritu Santo” (1Co 12,3). Precisamente para enseñarnos esa lección, en la vida espiritual abundan los desiertos. Dice el Señor al alma que busca vivir en intimidad con él: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón; y ella me llamará *“Esposo mío y no Baal mío”* (Os 2,16.18.21s). “Yo te desposaré conmigo para siempre en justicia, en amor, en compasión, en fidelidad (heset), y tú conocerás (quedarás vinculada) a tu Dios”.

La espiritualidad de la vida consagrada ha captado bien el proyecto divino. La antiquísima *Consecratio virginum* está estructurada como celebración matrimonial. Así también la profesión religiosa al presente (en el pasado tenía más de funeral).

Ejemplo de los místicos

Los místicos son quienes mejor captan y viven el proyecto esponsal de Dios. San Juan de la Cruz: “*Debajo del manzano / allí conmigo fuiste desposada, / allí te di la mano./ Y fuiste reparada / donde tu madre fuera violada*”.

“Tu madre, la naturaleza humana, fue violada debajo del árbol; y debajo del árbol de la Cruz fuiste tú reparada. Este desposorio que se hizo en la Cruz se hizo de una vez, dando Dios al alma la primera gracia, lo cual se hace en el bautismo con cada alma. Mas el *desposorio místico* es por vía de perfección; y aunque es todo uno, la diferencia es que este se hace al paso del alma, y así va poco a poco; y aquel al paso de Dios, y así hácese de una vez” (Cántico 23, 5s). “El desposorio espiritual con el Hijo de Dios denota un alto estado y unión de amor en que después de mucho ejercicio espiritual suele Dios poner al alma. En él comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y virtudes, de conocimiento y honra de Dios” (Cántico 14,2)

Los autores espirituales solían hablar de *unión extática* como el medio para llegar al desposorio místico. Dios se ha servido de santa Teresita para demostrar que esa meta es asequible sin gracias místicas extraordinarias, en medio de la vida ordinaria. Para ello tres condiciones son esenciales: En primer lugar, acostumbrarse a acoger sin reservas y sin complejos la misericordia infinita y el amor totalmente gratuito de Dios. Luego, amar a Dios desde nuestra pobreza con la pura intención de agradarle en todo. Y al mismo tiempo, ser comprensivos, compasivos y misericordiosos con nuestros semejantes. El camino de la *infancia espiritual*, el camino de la *pobreza espiritual*, el camino de la confianza total en Dios y del abandono lleva a la más alta meta. Mt 18,1ss...

“El desposorio espiritual con el Hijo de Dios denota un alto estado y unión de amor en que suele Dios poner al alma. En él comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y virtudes, de conocimiento y honra de Dios” (C. 14,2).

Dos características del matrimonio espiritual son: Infusión de fortaleza divina y sabiduría divina. San Juan de la Cruz: “*Entrádose la esposa / en el ameno huerto deseado / y a su sabor reposa / El cuello reclinado / sobre los dulces brazos del Amado.*” (Cántico 22)

“Reclinar el cuello en los brazos del Dios, es tener ya unida su fortaleza, o mejor, su flaqueza, en la fortaleza de Dios” (C 22,8). “Con gran facilidad descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos: principalmente los dulces misterios de su Encarnación y redención humana, el principal de todos” (C 23,1).

“La medida del amor es amar y darse sin medida” (Agustín). Así Dios proyectó el matrimonio de su Hijo con la humanidad y con la creación entera. *Los dulces misterios de la Encarnación y redención* constituyen la más profunda y sorprendente manifestación del amor eterno y de la infinita misericordia de Dios hacia la humanidad y hacia la creación.

En respuesta, canta san Juan de la Cruz: “*Mi alma se ha empleado, y todo mi caudal en su servicio. Ya no guardo ganado, ni ya tengo otro oficio, que ya sólo en AMAR es mi ejercicio.*”

En su escudo de armas escribe Teresita: *Amor con amor se paga* (A 83r).

4. EL PECADOR REDIMIDO: FRUTO DE LA MISERICORDIA

La distancia entre el Creador y la criatura es infinita. En el caso del ser humano el problema de distancia se agrava con la aparición del pecado original y personal. San Pablo constata este hecho de experiencia universal: “Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios” (Rm 3,23). El pecado es un muro entre Dios y el hombre, levantado por el hombre, pero insuperable para él.

Una gran preocupación de todas las personas sensitivas al espíritu ha sido el pecado. A lo largo de milenios, han surgido muchas religiones y prácticas religiosas diseñadas como *ascensores* para llegar a Dios. Por mucho que suba el hombre, con la ayuda del mejor ascensor, ¿podrá llegar a Dios? La distancia siempre continuará siendo infinita. Incluso en la Iglesia católica no faltan quienes miran a los sacramentos como ascensores. Si se ven incapacitados para usar su ascensor favorito, se creen perdidos.

Zaqueo, como todos los pecadores de su tiempo, se sentía fuertemente atraído por la figura de Jesús, que irradiaba misericordia. Para poder verlo mejor se subió a un árbol. También Jesús deseaba encontrarse con Zaqueo. Cuando Jesús llegó al lugar le sorprendió llamándole por su nombre: “Zaqueo, baja enseguida; hoy me hospedó en tu casa” (Lc 19,5).

La tendencia a subirse al árbol está muy arraigada en el ser humano, posiblemente heredada de sus remotos antepasados, los simios. Yo me subo al árbol, observo todo, pero no me mojo; juzgo a todos, y a mí nadie me toca. Las personas religiosas, cuando buscan a Dios, instintivamente miran hacia arriba. No se han enterado de que Dios, en su gran misericordia, Dios ha bajado a nuestro nivel; Dios se encuentra en las tareas rutinarias de cada día; y se encuentra en las personas con quienes nos cruzamos cada día. Más cerca aún, Dios se encuentra en cada uno de nosotros, y estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20).

Jesús, el Hijo de Dios encarnado, es el ascensor, que nos eleva al Dios de la salvación. “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Ln 14,6).

¿Reencarnación?

Grandes sabios del oriente han diseñado la teoría de la *reencarnación*. Para quien cree en un Dios bueno y misericordioso, y no conoce a fondo el misterio del Hijo de Dios encarnado, creer en la reencarnación es lo más sensato, lo que más se ajusta a la misericordia divina. Está claro que ningún ser humano, al final de su vida terrena se encuentra debidamente espiritualizado, libre de todo pecado y apego como para fusionarse con Dios. En su gran misericordia el Creador le da otra oportunidad para expiar sus pecados pasados, corregir sus errores, superar sus apegos, y de ese modo prepararse mejor para el encuentro con él. Y le dará cuantas oportunidades necesite, un sinfín de reencarnaciones.

La fe cristiana nos revela la sabiduría y misericordia infinita de nuestro Padre Dios. Con una sola Encarnación ha hecho innecesarias las innumerables reencarnaciones de las que hablan antiguas religiones. Estamos ante el mayor milagro de la misericordia divina. La Encarnación de su Hijo ha salvado la distancia infinita entre el Creador y la criatura, entre Dios y el hombre. Este es primer paso en un camino diseñado por la infinita misericordia de nuestro Dios. Cuando nos adentramos en ese camino descubrimos un milagro de misericordia divina tras otro.

El cordero de Dios

El Hijo de Dios encarnado, no sólo ha salvado la distancia, que nos separa de Dios. Él ha venido a nosotros como Cordero de Dios; él se ha cargado con todos los pecados de los hombres de todos los tiempos, y los ha borrado con su sangre derramada en la cruz. “Si la sangre de machos cabrios santifica y devuelve la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha purificará nuestra conciencia de las obras muertas para el Dios vivo!” (Hb 9,13s).

El gran apóstol y maestro espiritual san Pablo, después de afirmar, “todos pecaron y están privados de la gloria de Dios”, continúa: “ahora son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención realizada en Cristo Jesús, a quien Dios ha puesto para que, mediante la fe, se obtenga por su sangre el perdón de los pecados. Dios es justo, y justifica al que tiene fe en Jesús” (Rm 3,24-26). “Dios mostró su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Con mucha más razón, justificados ahora por su sangre, seremos liberados por él del castigo, y reconciliados seremos salvados” (Rm 5,8ss).

Justificados significa que los pecadores, por la acción gratuita de Dios en nosotros, nos hemos convertido en justos, en hijos e hijas de Dios, partícipes de la naturaleza y de la santidad de Dios (2P 1,4). Y por tanto somos herederos de su reino eterno. Este milagro ha sucedido sin ningún mérito nuestro, por pura misericordia divina. Es la historia del hijo pródigo que regresa cubierto de andrajos y de vergüenza, y el padre lo viste inmediatamente con *el traje mejor*, le recibe en su gracia, le pone *un anillo en la mano*, le hace heredero, y comienza la gran fiesta

Pero lo que en realidad Dios ha hecho con nosotros es increíblemente más sorprendente, más misericordioso. El padre del hijo pródigo no tuvo en cuenta los extravíos del hijo menor;

lo acogió como si nada hubiese sucedido. Si Dios simplemente hubiese cerrado los ojos al pecado y nos hubiese absuelto a los pecadores, nos encontraríamos en la misma condición de una banda de criminales puestos en libertad por un juez, que se salta las leyes.

El colmo de la misericordia

La clave para entender esta sentencia absolutoria está en la Encarnación del Hijo. “Dios es justo”, como dice san Pablo. Y decide eliminar todo pecado en el hombre creado a su imagen y semejanza. Lo sorprendente es el modo cómo lo elimina. Dios decretó que su único Hijo, infinitamente santo, infinitamente amado, se revistiese de nuestra naturaleza de pecado, se identificase con todos los pecadores del mundo hasta el punto de ser pecado. Y como pecado, sufriese las consecuencias, incluido el infierno. “Al que no tenía pecado, le hizo pecado en lugar nuestro, para que nosotros seamos en él justicia (santidad) de Dios” (2 Co 5,17ss). Esto es algo que sólo su infinita misericordia pudo diseñar.

“Dios ha enviado a su propio Hijo en condición semejante a la del hombre pecador, como sacrificio por el pecado, y así condenó el pecado en la misma naturaleza humana” (Rm 8,3). El Hijo, revestido de nuestra carne pecado, se identificó con todos y cada uno de nosotros desde el primer hombre hasta el último, cargando sobre sí los pecados de todo el mundo. Y así, como cordero de Dios, cargado con los pecados de toda la humanidad, agonizó en Getsemaní y derramó toda su sangre en la cruz, borrando para siempre nuestros pecados.

En la Santa Síndone quedan huellas de las increíbles torturas físicas que el divino crucificado sufrió. Pero la tortura espiritual fue infinitamente mayor para el que siendo tres veces santo, se vio hecho pecado. Y todo lo sufrió por nosotros, para liberarnos del pecado y de sus nefastas consecuencias.

Convertido en pecado, tuvo que orar y luchar *hasta sudar sangre* en Getsemaní para vencer toda resistencia y decir *Hágase* a la voluntad del Padre. En su agonía del huerto el nuevo Adán se vio en el infierno, rechazado por Dios; y desde el infierno surgió un acto heroico de obediencia al plan de Dios, que neutralizó la desobediencia del primer Adán y de todos sus hijos; desde el infierno surgió un acto heroico de amor a Dios, que abrió para siempre los brazos del Padre y las puertas del cielo.

Preguntaba alguien al Señor: ¿Qué sucedió la noche del Jueves Santo, cuando Jesús oraba en Getsemaní? Como respuesta, aparecieron legiones y legiones de demonios con Satanás al frente orgulloso y sarcástico; y descargaban sobre Jesús toneladas y toneladas sin fin de pecado... Jesús sudaba sangre de angustia... pero se fue tragando todo el pecado. Y Dios miró ¡y ya no había pecado! Todos estaban revestidos de Cristo.

Salvos por la fe

No sé la suerte que hemos corrido antes de encontrarnos con Cristo y hacer nuestra por la fe la obra redentora realizada por él para beneficio nuestro. Pero ahora digo con san Pablo: “Yo no me avergüenzo del evangelio, que es poder de Dios para la salvación de todo el que cree. Porque la justicia de Dios (la acción salvífica de Dios) se manifiesta en él por la fe en continuo crecimiento” (Rm 1,16s).

Fe en Cristo Jesús es mucho más que aceptar unos dogmas. Es abrirse a la gracia del Espíritu Santo y dejar que éste nos meta en el misterio de Cristo. Por la fe nos beneficiamos plenamente de la vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo. Según nuestra fe nos apropiamos la obra de Cristo, y sus méritos, que nos transforman de pecadores en justos; que nos revisten con la santidad de Dios; que nos hacen herederos del reino conquistado por él para beneficio nuestro.

“Por tanto, no hay condenación alguna para los que están en Cristo Jesús, pues la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (y de la ley del karma) (Rm 8,1s). “Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que

Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás, porque Jesús es el mismo Señor de todos, rico para todos los que lo invocan” (Rm 10,9ss).

“El que está en Cristo es una criatura nueva; pasó lo viejo, todo es nuevo. Todo viene de Dios, que nos reconcilió con él por medio de Cristo. Pues Dios, por medio de Cristo, está reconciliando el mundo, no teniendo en cuenta sus pecados ” (2 Co 5,17ss). Un cambio radical ha tenido lugar en quien realmente está en Cristo adherido a él por la fe. Ese cambio *crisifica* al creyente. “Ahora todos somos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús: pues los que hemos sido bautizados en Cristo, nos hemos revestido de Cristo. Todos somos uno en Cristo Jesús. Y si somos de Cristo, somos herederos según la promesa” (Ga 3,26ss).

San Pablo confiesa: “Mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios; pero si la justificación es por medio de la ley, Cristo habría muerto en vano” (Ga2,20s). Y si con mis prácticas religiosas pudiera liberarme del pecado, o del karma, si pudiera elevarme y obtener la salvación, Cristo habría muerto en vano.

El cambio realizado por la fe se manifiesta también en una nueva capacidad para acoger plenamente el perdón de Dios, y para perdonar a otros sin darse por ofendido. Es que el poder perdonar con entrañas de misericordia es connatural a la vida nueva en Cristo.

A un retiro para maestras de escuela en la India acudió una joven de religión hindú. Su nombre era Pushpa, Flor. Al iniciar el retiro escuchó por primera vez en su vida sobre el Hijo de Dios: “Me amó y se entregó por mí”. El Espíritu de Dios grabó estas palabras en su corazón de tal modo que día y noche resonaban en su interior. Antes de terminar el retiro Pushpa se entregó a Jesús. Es asombroso pensar que el Hijo de Dios, totalmente santo, se entregó a tales tormentos por mí, criatura insignificante y pecadora. Eso es también una llamada a perdonar a otros incondicionalmente.

Ejercicio de perdón. Puesto en oración con los ojos cerrados, pide al Espíritu traiga a tu mente las personas o instituciones a quines Dios te llamar perdonar aquí, ahora.

Visualizando cada una di de corazón: ***X, en el nombre del Señor te perdono por haberme transmitido este sentimiento negativo... / por haberme rechazado... / por haberme decepcionado... Y en nombre de Jesús te dejo en libertad. *Luego visualiza a Jesús que te dice: Y ahora yo te libero de tu carga y atadura para amar, para ser libre y feliz***

5. LA MISERICORDIA NUNCA CULPABILIZA

Supongamos que el niño no nacido tiene vocación de futbolista, y un día comienza a entrenarse en el campo donde se encuentra encerrado. ¿Acaso interpretará la madre sus actos bruscos como agresión personal y se dará por ofendida, o pensará en castigar a su criatura cuando se asome? Dios es infinitamente más maternal, tolerante, comprensivo y misericordioso que todas las madres del mundo. ¿Por qué nos imaginamos a Dios ofendido, enojado, dispuesto a castigar a sus hijos por su conducta irresponsable o pecaminosa?

Porque a nuestro astuto ego le encanta cargarnos de culpabilidad, ya que con ello nos aleja de Dios y nos debilita, y de ese modo nos mantiene bajo su dominio. Otro beneficio que busca el ego es justificar nuestra conducta poco digna. Presentando a Dios ofendido, pretende justificar nuestras reacciones de enfado y de ira y el triste hecho de sentirnos ofendidos ante lo que consideramos conducta ofensiva de otros. Si en profundidad escuchamos al Espíritu Santo, pronto comprenderemos que nadie nos ha ofendido. Entonces ante ciertas situaciones y

personas, más que enfado, sentiremos compasión y misericordia. Lo cual nos hará más dichosos (Mt 5,4.7).

Así dice el Señor: “Como se alza el cielo sobre la tierra se alzan mis caminos sobre los vuestros y mis pensamientos sobre los vuestros” (Is 55,8s). Nuestra mente está muy lejos de comprender los pensamientos y los caminos de Dios. Por eso nos avisa Jesús: “Vigilad y orad para no caer en la tentación”, la tentación de enjuiciarnos negativamente a nosotros mismos y de juzgar a otros.

Dos varas de medir

Hay dos modos de ver y evaluar la conducta propia y la de otros. Uno es desde la mente, que juzga críticamente y fácilmente condena lo que no se ajusta a la escala de valores que uno profesa. Cuando la mente está dominada por el quisquilloso ego, se distorsiona la visión de la realidad; se generan pensamientos y sentimientos negativos, incluidos sentimientos de culpabilidad tan dañinos para la salud espiritual y física.

Otro es desde el corazón comprensivo y misericordioso, donde habita el Espíritu de Dios. La palabra *miser cordia*, tanto en latín como en castellano, deriva de *miseria* y *cor* (corazón). Cuando percibimos la miseria ajena con los ojos del corazón, el Espíritu nos mueve a sentirla como propia y aliviarla en lo posible. Y cuando experimentamos nuestras propias miserias, el Espíritu nos lleva a arrojarnos en el Océano de la Divina Misericordia, donde los males y fallos humanos se transforman en gracia y bienes del cielo.

“Jesús es el resplandor de la gloria de Dios y la impronta de su ser” (Hb 1,3). Jesús encarna y expresa la misericordia divina en toda su grandeza, en toda su eficacia. La persona de Jesús, su estilo de vida y su mensaje de salvación ha ejercido siempre una atracción irresistible para los pobres, los enfermos y los pecadores.

Observa el Evangelista Lucas: “Los publicanos y los pecadores se acercaban para oírlo. Los fariseos y los maestros de la ley lo criticaban: *Este acoge a los pecadores y come con ellos*” (Lc 15,1s). ¿Por qué se acercan a Jesús los pecadores? Porque Jesús no sólo les perdona el pecado, sino que también les libera de la culpabilidad, tan común en personas piadosas.

Jesús explica en tres parábolas su propia conducta, que refleja la del Padre. Un señor tiene cien ovejas, y se le pierde una. ¿Se siente ofendido el dueño? En absoluto; preocupado sí. Sale de inmediato en busca de la oveja perdida. Cuando la encuentra, ¿la reprocha, la castiga o la amenaza con castigos si vuelve a repetir la faena? ¿Le pregunta acaso por qué ha hecho tal disparate? ¿De algún modo hace que la oveja se sienta culpable y avergonzada? El dueño se alegra sobre manera, la toma en hombros y solo piensa en compartir su alegría con otros. Algo así, pero infinitamente mejor es nuestro Padre celestial, nos asegura Jesús; y sabe muy bien lo que dice, porque Jesús es uno con el Padre. Jesús concluye este parábola: “Os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentirse” (Lc 15,7).

El hijo pródigo: Lc 15,11ss

En la parábola del hijo pródigo aparecen tres protagonistas, el padre, el hijo menor y su hermano mayor. El hijo menor representa a *los publicanos y pecadores* de todos los tiempos; el hijo mayor, el bueno de la película, a *los fariseos y maestros de la ley*, a los legalistas de todos los tiempos; el padre representa al mismo *Jesús* criticado por los legalistas, y refleja la actitud del Padre celestial, con quien Jesús es uno. En la parábola Jesús explica el verdadero sentido y gravedad del pecado, y nos dice cómo mira Dios al pecador, cómo espera su regreso y cómo lo acoge.

Un padre tiene dos hijos, y el menor, como tantos jóvenes inmaduros, siente que la disciplina del hogar limita su libertad; la presencia del padre es un obstáculo para su felicidad. Sin duda después de pensarlo y repensado bien, un día se atreve a decirle al padre: *Dame mi*

herencia. Aquí está la gravedad del pecado. El hijo hereda cuando muere el padre. *Dame mi herencia* equivale a decirle: *Para mí eres hombre muerto, no existes*. A pesar de ese rechazo, el padre respeta la libertad de su hijo. Ahí está la gravedad del pecado. Es el rechazo de Dios premeditado, libre y consciente.

Para el hijo mayor, el legalista que juzga todo desde la mente, ¿en qué está el pecado? Más tarde le dirá al padre “Ese hijo tuyo que ha derrochado tu herencia con malas mujeres...”. Lo que realmente le duele al padre es la ceguera y rechazo frontal de su hijo; no el que haya derrochado su caudal.

Y el hijo menor se aleja de la casa paterna. Mientras le dura la fortuna compra placer; la felicidad no se puede comprar. Esta no se encuentra viajando lejos, sino entrando dentro. La descubren los sabios que saben mirar en su interior.

Después de disipar su fortuna, el muchacho se encuentra en la máxima degradación: cuidando cerdos, animales inmundos para todo Judío. Pero en medio de la desgracia, su corazón se va abriendo a la gracia: su viejo orgullo se disipa, aprende humildad y hasta sabiduría para reconocer el grave error que ha cometido al rechazar la disciplina de su padre tan bueno y sabio. Y decide en su corazón: “Volveré a mi padre”. Así comienza la verdadera conversión, *metanoia*: cambio de visión interna, que lleva a un cambio de conducta.

El factor decisivo en su conversión es que todavía recuerda que tiene un padre realmente bueno y misericordioso, un padre que le ama con amor incondicional, como la mejor de las madres. Esto es algo que el hijo mayor, el legalista que nunca quebrantó una norma de buena conducta, desconocía por completo. Un día se lamentará: “Hace tantos años que te sirvo sin jamás desobedecer tus órdenes” (Lc 15,29). Dios no quiere servidores temerosos, esclavos de leyes y normas. Dios nos ha hecho hijos suyos, y desea seamos hijos confiados, libres, felices y agradecidos.

Iluminado por ese rayo de luz y de esperanza, el hijo prófugo decide desandar su camino: “Volveré a mi padre y le diré: *He pecado contra el cielo y contra ti*”... El motivo de su conversión no parece ser contrición perfecta; Jesús sólo nos dice que *tenía hambre*. Lo importante aquí es que decide retractar sus pasos y actúa en consecuencia. Después de experimentar la acogida del padre, no hay duda que tuvo contrición perfecta, la que nace del asombro ante el amor y la misericordia del padre, asombro que irá envuelto en gratitud eterna.

Lo gran sorpresa de la misericordia

Lo más sorprendente de la parábola es la segunda parte; algo que a los judíos que escuchaban a Jesús les debió parecer totalmente absurdo, irrealista y escandaloso. Solamente un padre que había perdido todo sentido de dignidad social podría hacerlo. En su cultura, si un hijo había mancillado gravemente el honor de la familia, y luego volvía arrepentido, a pesar de pedir perdón, el padre le haría esperar y purgar por algún tiempo, antes de recibirle. Un ejemplo típico tenemos en Absalón, que, después de haber asesinado a su hermano, se refugió en un país extranjero. Cuando por fin su padre David consintió que volviera del exilio, tuvo que esperar dos años antes de poder ver al rey su padre (2 Sam 15, 21ss). Y sólo después de ser recibido por rey recuperó ante el pueblo su estatus de hijo del rey.

En la parábola del hijo pródigo es el padre quien sale corriendo al encuentro de su hijo, sin duda porque lo estaba esperando. Seguramente el hijo, avergonzado se arrojó a sus pies. Pero el padre se apresura levantarlo y lo estrecha contra su corazón, que tanto había anhelado su regreso. El hijo comienza la confesión de sus pecados. El padre le corta rápidamente. El ve evalúa y vive la presente escena desde el corazón. Por eso no ve un pecador; ve el gran tesoro, que había perdido y lo ha encontrado; ve un hijo amado, que estaba muerto y lo ha recobrado vivo. Al que venía dispuesto a ser *un jornalero*, le reviste de la dignidad de hijo: “Sacad inmediatamente el traje mejor y ponédselo”. Al que había derrochado su herencia le hace de

nuevo heredero: “Poned un anillo en su mano”. Hay que alegrarse y celebrarlo a lo grande. Y se organiza la gran fiesta para celebrar el gozoso acontecimiento.

Al fin, el único que se autoexcluye de la fiesta es el *bueno* de la película, el hermano mayor. Jesús deja muy claro que mientras no acepte como hermano a “ese hijo tuyo, que ha gastado toda su fortuna de mala manera”, no participará en la alegría de la gran fiesta.

¿Por qué nos sentimos culpables?

A la luz de estas parábolas examinemos nuestras reacciones cuando nos descarriamos. ¿No piensas que Dios tiene que sentirse muy ofendido por tus pecados y los pecados del mundo? Eso quiere decir que tu opinión de Dios es mucho más baja que la del dueño de la oveja perdida, o la del padre del hijo pródigo.

La culpabilidad es una enfermedad muy extendida en la Iglesia; y muy dañina para la salud espiritual, emocional y física. Para remediarla hace falta, en primer lugar, aprender a evaluar la propia conducta, no desde la mente, sino desde el corazón iluminado por el Espíritu Santo. Al mismo tiempo, es preciso liberarse de todo pensamiento no en línea con el pensamiento de Dios. Donde el Espíritu de la verdad se mueve con fuerza, no puede haber ni miedo ni culpabilidad. Donde el ego se mueve con fuerza no pueden faltar ni miedo ni culpabilidad. Son dos armas del ego para mantener atrapadas a sus víctimas. A nosotros nos toca optar por el Espíritu de la verdad que nos hace libres, hijos, herederos... o seguir bajo el dominio del ego.

En el pasado, debido a la predicación popular, que proyectaba la imagen de un Dios justiciero y castigador, el ego consiguió levantar una cortina de humo entre el Padre del cielo y sus hijos en la tierra. Se presentaba a Dios, no como Padre, menos como Madre, sino como Legislador y Juez riguroso, que nos va a pedir cuentas de todo. Lo único que recuerdo de mi primer retiro como niño, es que el predicador repetía en tono amenazador: *Mira que te mira Dios; mira que te está mirando*. Esa imagen totalmente distorsionada y falsa de Dios ha alejado a muchos de la Iglesia, y ha empujado a no pocos al agnosticismo y ateísmo.

Otra razón por la que nos sentimos culpables es porque nos hemos formado una conciencia basada en normas humanas más que en el Evangelio de Jesús meditado a la luz del Espíritu Santo. En consecuencia, nunca hemos sondeado el fondo sin fondo de la Misericordia divina; nunca hemos tenido un encuentro realmente profundo con el Padre de las misericordias, con el Abba con entrañas de madre.

Metanoia: Cambio de mente

Sin arrepentimiento no hay perdón, es verdad. Pero el ingenioso ego ha inventado su propia versión de arrepentimiento, diseñada para aumentar la carga de culpa: golpearse el pecho y decir, *mea culpa*. Conversión, *Metanoia*, significa cambio de visión mental, que conduce a un cambio de rumbo. Lo vemos en hijo pródigo, cuando vuelve en sí. Me he desviado del camino del Señor, transgrediendo la ley del amor; reconozco mi error, vuelvo a Dios, todo misericordia, imploro y acepto su perdón; imploro y acepto su gracia para vivir en adelante según su ley de amor, siguiendo su ejemplo de misericordia.

“En esto conocemos que somos de la verdad y tranquilizamos nuestra conciencia delante de Dios: en que si alguna vez nuestra conciencia nos acusa, Dios está por encima de ella y lo sabe todo” (1 Jn 3,19s). Quien se siente culpable no es de la verdad; no se ha enterado de la sentencia del Padre de las misericordias: “¿Quién podrá acusar a los hijos de Dios? Dios es el que absuelve” (Rm 8,33). Si cuando nuestra conciencia nos acusa, recurrimos al tribunal supremo, el de Dios Altísimo, este nos absuelve, nos declara inocentes. Quien conoce a fondo la misericordia de Dios, no necesita más explicación. Quien no está seguro, lea el siguiente versículo: “¿Quién será el que condene? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió y resucitó, el que está a la diestra de Dios e intercede por nosotros? (Rm 8,34). Lo más absurdo e impensable en

un juicio sería que el abogado defensor fuese el que condenara a su cliente. ¡Cristo es nuestro abogado defensor! Los que confían en él no quedarán defraudados.

Como adultos somos responsables de cómo pensamos, pues nuestra vida en gran parte depende de ello. La culpabilidad y el miedo que sentimos se originan en nuestra mente. Por tanto deshacer el miedo y disipar la culpa es nuestra responsabilidad, ya que somos los dueños de nuestra mente. Pedir a Dios nos libere de nuestra culpabilidad y miedos no parece una actitud muy digna, cuando nosotros los estamos cultivando. Lo que hemos de pedir a Dios es la sabiduría y fuerza para adaptar nuestros pensamientos a los suyos. Y de ese modo eliminar la fuente misma de miedo, culpa y otros complejos. La conciencia formada según la mente de Dios reflejada en el evangelio, avisa y mueve a rectificar el camino equivocado. Pero ni acusa, ni culpabiliza.

El ego colectivo

Si tenemos presente que existe un ego colectivo, no es de extrañar que a lo largo de los siglos se haya acumulado sobre la humanidad una carga tan enorme de culpa. Eso pesa incluso sobre la Iglesia santa de Dios. Y eso se refleja con frecuencia en la predicación y hasta en la liturgia. *¡Mea culpa* suena lo opuesto al mensaje liberador de Cristo Jesús en el evangelio. ¿No será un invento del ego para mantenernos en sus redes? Los creyentes sensatos suelen tener reparo en exhibir sus bondades, sabiendo que toda bondad viene de Dios. Pero consideran virtuoso el exhibir sus fallos y culparse por ellos, inconscientes de que con eso acaso están prestando su voz al ego y fortaleciéndolo.

Cundo antes de la comunión decimos: “Señor, yo no soy digno”, ¿quién habla: el yo creado por Dios a su imagen y para su gloria; o el yo fabricado por mi mente, el ego? Dios no ha creado nada indigno de sí. Yo puedo hacer cosas indignas de Dios; pero eso no cambia lo que yo soy por donación de Dios. Mi conducta es indigna y debo cambiarla. Pero el yo creado por Dios es digno de Dios. Si me dejo guiar por el Espíritu de la verdad, no puedo pensar, ni decir lo contrario.

Por otra parte, el yo de fabricación casera, ciertamente no es digno de Dios. Cada vez que digo, “Señor, yo no soy digno”, estoy afirmando mi identidad con el yo falso y fortaleciendo mi ego. Acaso eso explica en parte este desconcertante fenómeno. Personas que comulgan frecuentemente deberían estar mucho más llenas de Cristo y libres de egoísmo. Algo que no se ve con claridad. ¿No estaremos desvirtuando el sacramento?

Si acaso has violado la ley de Dios, la ley del amor, no digas: “Yo tengo la culpa. Soy una calamidad. Mi caso no tiene remedio”. Esa es la voz de tu ego, él es el verdadero culpable, él es quien ha pecado y no tiene remedio; y como es muy astuto, te induce a identificarte con él. Tú no eres tu ego. Eso sí, como se trata de tu ego, de tu mente, de tus acciones asume responsabilidad: reconoce el pecado, pide perdón y trata de reparar el daño causado a otros por tu egoísmo. Pero no te cargues con el pecado. Entrégaselo al Cordero de Dios, “que quita el pecado del mundo” tan pronto como se lo entregamos. “Si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre: Jesucristo el Justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero” (1Jn 2,1s). Así de grande es la misericordia de Dios. Dale gracias de corazón; y pídele ayuda para rectificar tu conducta y controlar tu mente, sin dejarte engañar por el ego.

Fuente de misericordia

Si después, sigues sintiéndote culpable es señal de que el ego sigue controlando tu mente; la culpabilidad entra en su dieta. Pide al Padre de la gloria que abra los ojos de tu corazón (Ef 1,17-19), y que despierte tu consciencia interna, para no seguir bajo el dominio de tu mente, y menos de tu ego. En la parábola del hijo pródigo Jesús habla del pecador que vuelve desilusionado del mundo, aunque seguramente sin contrición perfecta, y el padre le sorprende

con un abrazo y una fiesta. Está muy claro que Dios nunca acusa ni culpabiliza al pecador que se acerca a él.

“Santo eres, Señor, y fuente de toda santidad”, dice el canon de la Misa. Es maravilloso saber que esa fuente de santidad es la inagotable misericordia de Dios. Y no menos maravilloso saber que esa fuente está brotando eternamente en nuestro interior. ¡Que el Espíritu de la verdad nos haga conscientes de ello! “¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche” (Juan de la Cruz).

El ego no duerme. Hay que orar y vigilar sus movimientos. Al escuchar que Dios no se da por ofendido, hay quienes razonan: “*Entonces puedo dar rienda suelta a mis deseos y pasiones*”. Es la voz del ego. Quien así razona está años luz de conocer al Padre. Todo el que realmente conoce al Padre sólo puede tener un pensamiento y un deseo: buscar su agrado por encima de todo; hacer la voluntad del Padre. Para quien conoce al Padre eso es tan natural y tan esencial como el respirar; es tan importante como el alimento de cada día (Jn 4,34). Cuando nuestra mente es una con la mente de Dios y nuestra voluntad una con la de Dios, toda sensación de separación desaparece, hay perfecta armonía, y nos encontramos con el cielo en la tierra. En el cielo no hay culpabilidad, porque la mente de la criatura es una con la mente de Dios, y la voluntad de la criatura es una con la de Dios.

Los verdaderos sabios aprenden a ceder al Espíritu de Dios el control de su mente, y desarrollan el hábito de preguntarle antes de tomar una decisión importante si lo que proyectan está de acuerdo con la voluntad del Padre. Quien así actúa, sea cual fuere el resultado de la acción, no siente ni culpa ni miedo. Actuando así no hay lugar para el orgullo, pues todo éxito se debe pura y simplemente a la generosidad divina. Sólo cabe asombro y gratitud sin límites.

Acaso el descubrimiento más sorprendente y maravilloso en esta vida es experimentar la inmensa misericordia divina en la inmensa debilidad y miseria humana.

6. FE EN LA MISERICORDIA DIVINA AUYENTA EL MIEDO

De niño lo llamaban *El Ratoncito*. De adulto contrajo verdadero terror de los gatos, ya que se sentía como un ratón. Lo internaron en el Psiquiátrico, y con experto tratamiento, al parecer quedó libre de sus miedos. Le dieron de alta y salió feliz y contento. Al poco de salir vio un gato y regresó aterrorizado. El psiquiatra impaciente le dijo: “¿No sabes que eres un hombre y no un ratón?” “Doctor,” replicó él, “Yo ya lo sé. Pero... ¿lo sabe también ese gato?”

El miedo es un sentimiento innato en el ser humano, que nos avisa de un peligro y nos mueve a buscar protección, o a superar el obstáculo. En tal caso bajo el control de la razón el miedo es bueno y saludable.

Pero debido a los errores de nuestra mente, el miedo es el principal culpable de innumerables enfrentamientos, riñas y hasta guerras atroces. ¿Por qué los países grandes y pequeños invierten enormes sumas en armamentos, en vez de educación, sanidad y agricultura? Por protegerse del fantasma del miedo. Y cuanto más crecen los armamentos, más crece el miedo. ¿Por qué nos ponemos tan fácilmente a la defensiva? Porque nos sentimos inseguros y tenemos miedo, acumulado en nuestro inconsciente. Cuando nuestros primeros padres pecaron, sintieron miedo de Dios y se escondieron entre los árboles del paraíso. Hoy muchos creyentes se refugian en las prácticas religiosas, para protegerse del castigo eterno; y no pocos se acusan de no haber ido a misa el domingo, cuando tenían razón más que suficiente

para no ir. Dios nos conoce a fondo. Por eso más de 360 veces nos dice en la Biblia: *No temas yo estoy contigo.*

A la raíz del problema

La vieja espiritualidad, proyectando la imagen de un Dios majestuoso y lejano, cuando no justiciero y castigador, ha sido una fuente fecunda de miedo en la Iglesia; lo cual es un gran obstáculo para gozar de la intimidad de nuestro Abba, y de la amistad tanto con nuestros semejantes como con la naturaleza.

Quien tiene miedo de Dios no conoce ni remotamente al Abba todo amor y misericordia revelado por Jesús. “Dios es amor; y el amor perfecto echa fuera el temor” (1Jn 4,8.18). Amor perfecto es el que Dios nos brinda y lo acogemos con gratitud, sin prejuicios, sin complejos, como puro regalo de su misericordia. En ese amor, acogido en fe, radica nuestra salvación y la salvación del mundo entero.

Al miedo no se le vence apretando los puños, ni armándose hasta los dientes. Para remediar el problema del miedo y la inseguridad es preciso ir a la raíz. El miedo procede de una gran mentira. Y sólo se le vence con una gran verdad. El primer libro de la Biblia, el Génesis en los primeros capítulos apunta a la gran mentira y a la gran verdad.

Gen 1 resalta la inmensa dignidad del ser humano, su naturaleza íntima, espiritual, eterna: “Dios creo al hombre a su imagen y semejanza”. Los humanos, en nuestra íntima esencia, participamos del misterio de Dios. Esta es la gran verdad. Por eso nuestra dignidad está más allá del alcance de los sentidos, e incluso del alcance de la mente no iluminada por el Espíritu de Dios.

Gen 2 resalta la fragilidad del ser humano: “Dios tomó barro de la tierra (*adamah*). Y de *adamah* formó a *Adán*, al ser humano”. Las cosas de barro son frágiles, perecederas; hay que tratarlas con cuidado. Esta es la dimensión visible a los ojos y a la mente.

Gen 3 narra la caída: Tentado por el orgullo y la ambición, y por el *padre de la mentira* (Jn 8,44), el ser humano se identifica con lo que los ojos y la mente le dicen; se identifica con ese ser frágil; y a eso le llama “yo”. Este es *el error original*. El ser humano yerra su verdadera identidad. Esta es la gran mentira, fuente de la inseguridad, del miedo y otros complejos, que plagan nuestra existencia terrena. Al yo con el que la mente se ha identificado, san Pablo lo llama *el hombre viejo* (Ef 4,22); hoy lo llamamos *el ego*. No pasa de ser un fantasma mental, separado de Dios, separado de todo el mundo real. Al estar separado, se ve amenazado por todos lados. De ahí el miedo, la inseguridad, la ansiedad y otros parásitos que acompañan al omnipresente ego. El ego es un especialista en crear miedo y complejos; porque los que tienen miedo y sufren de complejos caen neciamente bajo su control. Dijo un filósofo: *Pienso, luego soy*. Dice el ego: *Tengo miedo, luego soy*.

Los sabios de este mundo ofrecen muchos remedios para estos males: pero los males siguen en aumento. Y seguirán mientras no se detecte y remedie el error que los origina: la sensación creada por nuestra mente de estar separados de Dios y separados unos de otros. El primer paso para remediarlos es reconocer que la separación no es real. Se trata de un error de la mente humana. Hay que empezar por corregirlo a nivel de la mente. *¡¡¡No soy un ratón!!!*

Nuestra gran responsabilidad

Nos sentimos responsables de lo que hacemos, y hasta de lo que sentimos. Pero acaso no tanto de lo que pensamos. Y ahí es donde reside nuestra gran responsabilidad. Cada uno se identifica con su propio sistema de pensamiento. Si creo que soy un ser frágil, separado de Dios y de los demás, el miedo es inevitable: miedo a las represalias, miedo al abandono... Como el miedo es mi propia invención, no puedo menos de creer en lo que yo he inventado. Pero lo que yo invento, contrario a la mente de Dios, no es, ni puede ser real y permanente. Ciertamente mi mente puede crear algo permanente y eterno, pero sólo cuando, bajo la acción

del Espíritu Santo, actúa en conformidad con la Mente Divina.

“Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios generosamente nos ha dado” (1Co 2,12). El Espíritu que viene de Dios nos hace ver con creciente claridad que no somos ese ser frágil, que la mente proyecta, y nos mueve a defender con capa y espada. Somos seres espirituales, indestructibles, maravillosos, credos a imagen de Dios; partícipes de la naturaleza divina (2 P 1,4). El Espíritu de Dios nos hace ver que somos uno con Cristo, como los sarmientos son uno con la vid; y somos uno con todos los que están en Cristo (Jn 15). Aquí estamos ante el gran misterio de nuestra *unicidad* por el que Cristo oró: Jn 17,21... El Espíritu nos hace ver con creciente claridad que estamos totalmente arropados por el amor y la misericordia de nuestro Padre del cielo, como el niño no nacido en el seno de su madre. El Espíritu nos hace exclamar: “¿Quién nos separara del amor de Cristo? En todas las situaciones salimos vencedores por medio de Aquel que nos amó” (Rm 8,35ss), de aquel que nos ama y nos amará siempre, porque su amor es eterno, incondicional, gratuito.

Jesús dice a los que creen en él: “Si os mantenéis fieles a mi doctrina, sois verdaderos discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Jn 8,31s). El discípulo que realmente asimila la doctrina de Jesús, sabe que Jesús en su actitud a los pecadores y enfermos, refleja el corazón misericordioso del Padre. Para ese discípulo es imposible sentir miedo ante Dios. Guiado por el Espíritu, cuando se desvía de la ley del amor, se reconoce responsable y rectifica su conducta: ¡responsable sí, culpable no! Sabe que el Cordero de Dios se cargó con todas nuestras culpas, y a nosotros, pecadores, nos revistió con su gracia para ser “partícipes de la naturaleza divina” (2 P 1,4).

Los discípulos de Jesús tenemos una obligación sagrada de proyectar la imagen del Abba revelado por el Maestro, como el padre más comprensivo y misericordioso, con el corazón de la más tierna madre.

Nuestro Judas

A Judas se le ha identificado y culpabilizado a lo largo de los siglos como el traidor, que entregó a Jesús por unas monedas. Con eso nos lavamos las manos. Es hora de despertar. Judas es aquella parte de nosotros, llamada ego, que vive de la mentira buscando las ventajas inmediatas y los goces pasajeros de este mundo, olvidando las realidades eternas; Judas es aquella parte de nosotros que vive desvinculada de Dios y de otros, despreocupada de la suerte de otros.

El ego trata de hacerse pasar por un ser real y eterno. En realidad no pasa de ser un fantasma fugaz, producto de la mente. Ese es nuestro Judas interno, dispuesto a traicionar el propósito de la vida a cambio de unas miserables monedas de plata. Esas monedas vienen en la forma de caprichos, placeres, riquezas, popularidad, fama, poder...

Para quien cae en la tentación, y no abre los ojos a tiempo, el resultado final es la desesperación. Pero quien realmente desespera y acaba con su miserable existencia es nuestro Judas, el ego. Con ello el yo auténtico, que es indestructible, queda libre para despertar y encontrar su camino de vuelta al Padre. No venimos a este mundo para sufrir y morir. Pero hay lecciones fundamentales que no se aprenden sin sufrir hasta morir al hombre viejo, para quedar revestidos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera (Ef 4,24).

Padre Santo, no permitas que pasemos la vida entera adornando y protegiendo a ese falso yo; y menos sirviéndole. Padre bueno, abre nuestros ojos internos con tu Espíritu de sabiduría, para que podamos ver lo que realmente somos por donación tuya, y lo seremos por toda la eternidad en tu presencia para alabanza de tu gloria y alegría de los bienaventurados (Ef 1,14).

“Al que confía en el Señor, la misericordia lo rodea” (S.31,10). Dichoso quien ha aprendido a mirar a Dios con fe pura, sin detenerse en sí mismo. Dichoso quien ha aprendido a

mirar a Dios como Amor, como Misericordia. Dichoso porque vivirá penetrado de amor, rodeado de misericordia, y será misericordioso con todos.

“La verdad os hará libres”

Dice Jesús: “La verdad os hará libres” (Jn 8,31s). Esencial para liberarnos del miedo es desterrar de nuestra vida la idea de separación. Se trata de armonizar la percepción de nuestra mente con la verdad tal como la ve Dios. ¿Quién nos capacita para esa tarea? El Espíritu de la verdad. Solo él nos hace reconocer las creaciones de Dios, maravillosas, eternas, así como las ilusiones de nuestra mente. Solo él, con su testimonio inefable, nos lleva a descubrir el yo auténtico, que procede de Dios, y a reconocer la ilusión del yo fantasma.

“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Porque no recibisteis el espíritu de esclavitud para recaer en el temor, sino que recibisteis el espíritu de hijos que nos hace exclamar Abba, Padre. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos de Dios, coherederos con Cristo” (Rm 8,14-17). El Espíritu Santo disipa el error de vernos separados. Él nos hace ver, experimentar y palpar que somos inseparables de Dios, pues “en él vivimos, nos movemos y somos” (Hch 17,28). Somos inseparables de nuestro verdadero yo, inseparables de nuestros hermanos y hermanas, inseparables de la creación de Dios.

“Nada podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús” (Rm 8,39). Nada ni nadie podrá destruirnos. Nadie puede destruir una creación de Dios; somos seres espirituales e inmortales. Pueden destruir nuestro cuerpo; pero se trata solo de una tienda de campaña (2 P 1,13); lo cual pondrá fin nuestra peregrinación sobre la tierra. Seguiremos más plenamente vivos y libres que ahora. “¿Qué más podremos decir? Si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros?” (Rm 8,31).

Padre nuestro, no nos dejes caer en la tentación de vernos como seres separados; no permitas que pasemos la vida entera adomando y protegiendo a ese yo ficticio, nuestro ego. Danos tu Espíritu de Verdad para que nos introduzca en el misterio de nuestro verdadero ser y en el misterio de unicidad que existe en el mundo creado por ti. Haznos ver que nuestra salvación está vinculada a la del mundo. Danos el espíritu de intercesión y de evangelización para agilizar tu obra de salvación en Cristo tu Hijo.

Entre los *dones del Espíritu* se menciona *el temor de Dios*. Se trata de un temor sagrado a quedarse separado de Dios: es la actitud del niño que ante el peligro corre a los brazos del padre o al regazo de la Madre. Ese temor va acompañado de una confianza sin límites, y de ahí nace una fuerza sobrehumana. Es lo que caracteriza *el caminito* de santa Teresita basado en el Evangelio: “Mi camino es todo él de confianza y amor, y no comprendo a las almas que tienen miedo a un Amigo tan tierno” (Cta 226).

Teresita se sabe llamada a la santidad y se ve totalmente incapaz de escalar esas alturas: Quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; un caminito del todo nuevo” (C 2v). Ese caminito recto, corto y del todo nuevo lo había inaugurado Jesús de Nazaret hace 2000 años. A sus seguidores les dice: “Si no os convertís y hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3). “Os aseguro el que no reciba el reino de Dios como un niño (como regalo) no entrará en él” (Mc 10,15). Siguiendo el caminito de la confianza en la misericordia divina Teresita alcanzó la más alta santidad. San Pío X dijo de ella: *La santa más grande de los tiempos modernos*. El caminito sigue abierto a todos.

La dama Sal y el Océano

Mucho antes de que el homo sapiens hiciese su aparición en el planeta tierra, caminaba sobre el mismo una gran dama, resplandeciente de blanca hermosura y dotada de una gracia muy peculiar; aunque, para ser dama, demasiado dura y áspera. Era la dama Sal. Un día de sol

radiante, la dama Sal se detuvo mirando al mar, y admirando. Y tanto miró y admiró, que acabó enamorándose del mar.

“¡Qué majestuoso y grandioso y bello eres!”, dijo la dama Sal al mar. “¡Y cómo me gustaría conocerte de cerca, y descubrir los secretos que encierras en tus misteriosas profundidades!”

Respondió el mar: “Si quieres conocerme de verdad, ven, acércate a mí, déjate acariciar por mis olas. Si quieres compartir mis secretos, déjate engolfar por mí”.

La dama Sal se fue acercando tímidamente. Cuando las primeras olas la acariciaban, sintió un gran gozo y un gran terror. Gozo, porque se sentía liberada de todo peso, y al mismo tiempo acogida suavemente y plenamente aceptada. Terror, porque algo de sí misma iba desapareciendo, se iba disolviendo en el mar.

La dama Sal dudó y se detuvo un momento. Hasta que una voz en su interior le dijo: “No temas, Sal. Sigue adelante; déjate engolfar por el mar. Es tu destino”. Y la sal se fusionó con el mar. Y la sal sigue siendo sal, con su peculiar gracia. No perdió su identidad; solo perdió su anterior dureza y aspereza. Y la sal, ligera y suave, se extendió por todos los mares. Donde llega el mar, allí está presente la sal.

Hoy es el hombre, a quien toca caminar sobre la tierra. Cada uno con su pesada carga de preocupaciones y ansiedades. Muchos con el corazón endurecido por el pecado, el odio, el egoísmo, el orgullo, la ambición desordenada. Todos con nuestras asperezas de temperamento y falta de consideración al prójimo. Pero todos tenemos un destino glorioso, que se llama Dios. “Porque de él y por él y para él son todas las cosas. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amen” (Rm 11,36). Si lo prefieres de un modo más tangible, nuestro destino se llama Jesús, “pues todo fue creado por él y para él” (Col 1,16). Y nadie llega a Dios sino por él (Jn 14,6). Para cuantos caminamos sobre la tierra Jesús es camino; Jesús es destino.

Si nos dejamos guiar por el Espíritu de Dios, emprenderemos el viaje hacia lo profundo de nuestro ser, para encontrarnos en lo profundo de ese Océano de amor y misericordia que es Dios. En ese viaje hay dos largas etapas o vías. En la *vía ascética* nos comunicamos con Dios en lenguaje humano: nos servimos de ideas e imágenes fruto de la reflexión; podemos multiplicar expresiones de amor, adoración, alabanza, deseo...nacidas de un corazón que sinceramente ama a Dios. Pero al fin, se trata de expresiones humanas de amor y gratitud.

Si secundamos los impulsos del Espíritu, aprenderemos a silenciar la mente, y a simplificar la actividad del corazón, para quedarnos con *una atención amorosa* al Amigo invisible. Si así lo hacemos habitualmente, a su tiempo el Espíritu Santo intervendrá comunicándonos una luz nueva, oscura a la mente, y un nuevo suave fuego de amor, sabroso al corazón. Ahí es donde se inicia la *vía mística*, en la que uno se comunica con Dios a lo divino. San Juan de la Cruz afirma: “La contemplación es *ciencia de amor*, es noticia infusa de Dios amorosa, que va ilustrando y enamorando al alma, subiéndola de grado en grado hasta Dios; porque solo el amor une y junta el alma con Dios” (2 Noche Oscura 18,5).

Oremos. Espíritu Santo de Dios, ven sobre mí y sobre todos los amigos de Dios; toma el control de nuestras vidas; enséñanos a comunicarnos con Dios en el lenguaje de Dios; sumérgenos en el océano infinito de su divina Misericordia.

7. PORQUE ES ETERNA SU MISERICORDIA

La vieja espiritualidad, poco evangélica, solía presentar el pecado como una ofensa contra Dios. De ese modo el ego pretende obtener un doble beneficio: crear culpabilidad y miedo a la represalia o al abandono, cadenas con las que aprisiona a sus víctimas. Al crear culpabilidad y miedo al castigo, el ego pretende mantener a muchos hijos de Dios, alejados del Padre, con gran dolor para su corazón de Madre.

La primera parte de la parábola del hijo pródigo podría justificar esta visión. Pero una espiritualidad que no toma en cuenta la segunda parte de la parábola deja de ser cristiana. Cuando regresa el hijo, sintiéndose pecador y miserable, el padre lo acoge con alegría inmensa y con una gran fiesta. Al que había derrochado neciamente toda su fortuna, le hace de nuevo dueño y heredero de sus bienes. Eso significa el *anillo* que pone en su dedo.

Nada indica que el padre se haya sentido ofendido. Ese es el modo divino de perdonar: no darse nunca por ofendido. El ejemplo del Padre es norma de conducta y ley para todos sus hijos; esta es la ley del reino. Cristo la vive a la perfección; por eso, en el momento más terrible, cuando le están clavando a la cruz, brota espontáneo de de su corazón: “Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Cristo perdona y absuelve a los que le rechazan, porque Cristo es la encarnación de la misericordia divina.

Esta es la ley que Cristo proclama para sus discípulos: “Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial” (Mt 5,44s). “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36). La misericordia no ve culpables; ve personas heridas, enfermas, necesitadas de atención, o de comprensión y de cariño. Por eso, ante la conducta reprochable de otros, el misericordioso no se da por ofendido.

El castellano *misericordia* del latín (*miseria* + *cor*, *corazón*) significa acoger las miserias del prójimo con un corazón de madre. Así lo hace Dios. Nuestras miserias conmueven sus entrañas y acude a remediar nuestros males, como hace la madre cuando su niño pequeño se cae en el barro, o se hace daño.

Compasión, sentir con

Un sinónimo de misericordia es *Compasión*. Significa sentir los males de otros como propios, y correr a remediarlos. Ciertamente Dios es compasivo: siente los males de sus hijos, le duelen y corre a remediarlos. Todo eso Dios lo hace como Dios, divinamente, sabiamente, oportunamente. A veces no los remedia cuando a él clamamos, porque nos ama demasiado. Espera a que despertemos, captemos el mensaje y aprendamos las grandes lecciones de la vida. Algunas de las más valiosas lecciones sólo se aprenden en el sufrimiento y la contradicción. “Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (Rm 8,28). También sabemos que Dios siempre llega tiempo.

Tan grande es la compasión y el amor de Dios hacia la humanidad pecadora, “que dio a su Hijo unigénito para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,16s).

Acaso una versión más acertada de este texto sea: “Tanto amó Dios al mundo que se lo dio a su Hijo para que todo el que cree en él no perezca...”. Así parece lo entiende el mismo Jesús cuando dice: “Esta es la voluntad del que me ha enviado, que no pierda nada de lo que me dio” (Jn 6,39). Una razón por la que Jesús se empeña en salvarnos: ¡somos un regalo del Padre! Cuando alguien se pierde sale como el buen pastor en su búsqueda, y no descansa hasta encontrarlo.

Jesús, el Hijo de Dios, es la encarnación de la misericordia divina. Nacido como hombre de la Virgen María, fue educado por la mejor de las madres, la única mujer en la tierra sin sombra de ego. Desde el comienzo de su vida pública, Jesús refleja la misericordia infinita de Dios. “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré” (Mt 11,28).

El Jesús de los Evangelios tiene una atracción irresistible para los pobres, enfermos y pecadores, porque es una irradiación de la inmensa misericordia divina. “Los publicanos y pecadores se acercaban a él” (Lc 15,1). A los legalistas de su tiempo y de todos los tiempos les dice: “Id y aprended lo que significa: *Misericordia quiero más que sacrificios*”(Mt 9,13). Traducido al lenguaje de hoy: *Misericordia quiero más que normas de Derecho Canónico y de sagrada liturgia.*

El pasaje para el reino pagado ya

Sucedió hace un siglo, cuando sólo se podía cruzar el Atlántico en barco. Una familia de emigrantes hizo su capital en Las Américas, y decidió regresar a la madre patria. Compraron el pasaje, e hicieron buena provisión de víveres para el largo trayecto. Cansados de comer todos los días pan duro con queso o jamón, cuando faltaba un día para llegar a su destino, decidieron celebrarlo con una buena comida. Cuando se acercaron al comedor del barco, el camarero les pidió mostrasen su pasaje, y al verlo exclamó atónito: “¡Pero, si ustedes tienen pasaje de primera, con derecho a tres comidas diarias!”.

Es lo que sucede a tantos redimidos por Cristo, que se esfuerzan por ganar el cielo con sus sacrificios, penitencias y buena conducta; o al menos tratan de conseguir una reencarnación más ventajosa. Decía Jesús a los sacerdotes y magistrados de Israel: “Os aseguro que los publicanos y prostitutas entrarán en el reino de Dios antes que vosotros” (Mt 21,31). Los sacerdotes y fariseos, como muchas personas piadosas de todos los tiempos, basan su confianza en su conducta ejemplar y en sus propios méritos para entrar en el reino. Los publicanos y las prostitutas se ven sin méritos y con muchos pecados. Sólo cuentan con la misericordia de Dios. Y esta nunca les faltará a los que aman la verdad y confían ciegamente en Dios. “Bienaventurados los pobres de espíritu, de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3).

Pobres de espíritu son los que sólo encuentran en su vida fallos, limitaciones y miseria espiritual... Pero no se quedan mirándose a sí mismos y lamentando su indigencia. Como los publicanos y pecadores del Evangelio, se acercan a Cristo, porque ven que Cristo les acoge sin preguntar sobre su pasado. Más aún, pronto descubren que su pasaje para el cielo ha sido ya pagado por el mismo Cristo. ¡Y en primera! Su sorpresa llega a verdadero asombro cuando descubren que Cristo derramó toda su sangre para comprar ese pasaje. San Pedro nos lo recuerda para que seamos agradecidos: “Habéis sido rescatados, no con bienes perecederos, como el oro y la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, el cordero sin tacha ni defecto” (1P,18s).

Fe en Cristo Jesús, la llave

Dijo Jesús: “Cuando venga el Defensor mostrará al mundo en qué está el pecado. El pecado consiste en que no creen en mí” (Jn 16,8s). Por desgracia, muchos son los creyentes cristianos que no creen en Jesús. Creer en Jesús es aceptar a Jesús como la gran revelación de la misericordia entrañable de Dios. Creer en Jesús es creer en el amor incondicional de Dios, en su misericordia infinita y arrojarse a ciegas en ese Océano inmenso de amor y misericordia infinita. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado a nosotros y ha enviado a su Hijo como víctima expiatoria por nuestros pecados. Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. DIOS ES AMOR” (1Jn 4,10.16). Con los pobres en bienes espirituales y con los pecadores DIOS ES MISERICORDIA.

Muchos son los creyentes incapaces de creer en la misericordia de Dios, manifestada en Cristo Jesús, porque viven bajo el dominio de la ley, atormentados por su programación legalista y por su conciencia mal formada. Son víctimas de un tirano ciego, su propio ego.

Cuando interpretamos el pecado como ofensa, y más cuando atribuimos a Dios enfado, ira o la intención de castigar ¿no estaremos ante un caso de proyección de nuestro ego? Todo muy comprensible, conociendo los mecanismos de nuestra mente. Inconscientemente estamos

tratando de justificar nuestras reacciones de ira, enfado, revanchismo y el darnos por ofendidos cuando nos hacen una mala faena. Claro que el ego reusa verlo así. Porque de otro modo quedaría sin base para su imaginaria existencia. El ego presenta el pecado como ofensa contra Dios, incluso como un acto de agresión contra Dios, para de ese modo crear culpabilidad y mantenernos bajo su dominio. El pecador que, después de confesarse, se siente culpable demuestra falta de fe en la Misericordia divina; desconoce al Dios de la misericordia. Eso no se remedia con acusarse en el confesionario y pedir por enésima vez la absolución, sino con la verdadera conversión (*methanoia*) y con depositar toda su fe en el amor de Dios, eterno, indefectible y más tierno que el de una madre.

“En esto conocemos que somos de la verdad, y tranquilizamos nuestra conciencia delante de él, en que si alguna vez nuestra conciencia nos acusa, Dios está por encima de nuestra conciencia y lo sabe todo” (1Jn 3,18ss).

Evangelio según San Pablo

Los cuatro Evangelistas nos transmiten el mensaje de Jesús según se predicaba en diversas comunidades cristianas 30 ó 40 años después de Pentecostés. Evidentemente el mensaje de Jesús se ha ido adaptando para responder a la condición y a las necesidades de cada comunidad. San Pablo recibió ese mensaje directamente de Jesús resucitado, que lo conquistó en el camino de Damasco. Pablo escribe en su carta a los Romanos: “No hay condenación alguna para los que están unidos (en fe) a Cristo Jesús. Dios envió a su Hijo en condición semejante a la del hombre pecador, como sacrificio por el pecado... El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los hijos de Dios? Dios es el que absuelve. ¿Quién los condenará? ¿Acaso Cristo, el que murió, y está a la diestra de Dios e intercede por nosotros? (Rm 28,1-3.32-34).

La misericordia divina llega al extremo en la pasión de Cristo: “Al que no conocía pecado, Dios le hizo pecado en lugar nuestro, para que nosotros seamos en él justicia (santidad) de Dios” (2 Co 5, 21).

La historia de salvación es la historia del pecado, de los conflictos y de las miserias humanas. Pero ante todo y por encima de todo es la historia de las misericordias divinas. Donde abundó el delito, sobre abundó la gracia (Rm 5,20). “Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visita el Sol que nace de lo alto” (Lc 1,78). Y él mismo nos asegura: “Y sabed que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

En Sabiduría de un Pobre (Eloi Leclerc) aparece San Francisco dialogando con el Ho. León. “¿Sabes tú, hermano, lo que es la pureza de corazón?”

“Es no tener ninguna falta que reprocharse”: contestó León sin dudarlo.

“Entonces comprendo tu tristeza”, dijo Francisco, “porque siempre hay algo que reprocharse! No te preocupes tanto de la pureza de tu alma. Vuelve tu mirada hacia Dios. Admírale. Alégrate de lo que él es, él todo santidad. Dale gracias por él mismo. Es eso mismo, hermanito, tener puro el corazón. Y cuando te hayas vuelto así hacia Dios, no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes en donde estás con respecto a Dios”.

“La santidad no es un cumplimiento de sí mismo. Es, en primer lugar, un vacío que se descubre y que se acepta, y que Dios viene a llenar en la medida en que uno se abre a su plenitud. Mira, nuestra nada, si se acepta, se hace el espacio libre en que Dios puede crear todavía... Contemplar la gloria de Dios, extasiarse delante de su eterna juventud, y darle gracias por sí mismo y por su misericordia indefectible, es la exigencia más profunda del amor que el Espíritu Santo no cesa de derramar en nuestros corazones. Y eso es tener el corazón puro”.

Al que confía en el Señor, la misericordia lo rodea (S. 31,10)

8. OBJETO Y RETO DE LA MISERICORDIA

Dice Jesús: “El reino de Dios es semejante a un tesoro escondido en el campo. El que lo encuentra lo esconde y, lleno de alegría, va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo” (Mt 13,44). El divino Maestro nos habla aquí de un tesoro, que excede todo precio: el reino de Dios; su valor es infinito, su duración es eterna, la felicidad que en él se disfruta es perfecta. En ese reino se contienen todas las riquezas del cielo, incluido el eterno amor de Dios y de los bienaventurados; incluida la infinita misericordia de Dios, la comprensión y la compañía gozosa de todos nuestros seres queridos y de todos los innumerables ciudadanos del reino.

Los verdaderamente sabios y clarividentes tienen muy claro que no pueden comprar el tesoro, porque no tiene precio; pero están decididos a comprar el campo. Por otra parte, los necios se pasean por el campo, a veces lamentando su esterilidad o su falta de belleza, pero sin sospechar el fabuloso tesoro que en él se esconde.

¿Dónde se encuentra el campo?

¿Dónde se encuentra ese campo con su fabuloso tesoro escondido? El mismo Jesús nos da esta valiosa pista: “El reino de Dios está dentro de vosotros” (Lc 17,21). Es preciso mirar dentro más allá del nivel de la mente; y con la ayuda del Espíritu bucear hasta lo más profundo de nuestro ser. Eso es algo que sólo los sabios suelen hacer; los místicos lo hacen a la perfección, porque gozan de una sabiduría superior. Ellos son quienes mejor gozarán de los tesoros del reino por eternidad de eternidades.

Y esta es otra pista. Dice Jesús: “Bienaventurados los pobres de espíritu, de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3). El gran tesoro se esconde donde menos sospecharía la sabiduría humana: en el campo de la vida diaria con su rutina y sus deberes bien cumplidos, en el campo de las limitaciones y de la pobreza humana, y en el campo de la miseria humana. Así son los caminos de Dios, “pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios más fuerte que los hombres” (1 Co 1,25).

El objeto de la misericordia divina es precisamente la miseria humana; sólo ante la inmensa miseria humana se manifiesta la infinita misericordia divina. “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5,21); donde abunda la miseria humana, sobreabunda la misericordia divina. A esa sobreabundancia de gracia y de misericordia se llega desde la experiencia de la abundancia de la propia pobreza y miseria aceptadas con paz y con verdadera humildad. Ahí es donde los verdaderos sabios descubren el gran tesoro, para enriquecimiento propio, de la Iglesia y del mundo.

Ahondando en el campo

Para descubrir el tesoro en toda su magnitud, no basta arañar en la superficie; es preciso ahondar y muy profundo. Eso sólo es posible bajo la acción del Espíritu Santo. “Cuando venga el Espíritu de la verdad os guiará a la verdad completa” (Jn 16,13). Y “los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios” (Rm 8,14). Los que se dejan guiar por el Espíritu van descubriendo la verdad completa sobre su inmensa grandeza y dignidad, y sobre su inmensa pobreza y miseria. Son dos caras opuestas de la misma moneda. Quien sólo ve una y no la otra, no anda en verdad ni es humilde, pues “humildad es andar en verdad”, dirá santa Teresa.

Misericordia es el seno materno de Dios donde nace y se desenvuelve toda nuestra vida, tan suave y silenciosamente que no nos enteramos ni sospechamos. Cuando el Espíritu toma las riendas de nuestra vida, nos introduce en una larga noche de contemplación y purificación. Entonces es cuando el contemplativo toma conciencia de lo que está sucediendo. La contemplación es oscura a la mente precisamente porque es fruto de una luz superior a la mente, es *rayo de tiniebla que ilumina el mundo de la no-mente*, donde se vive a fondo la experiencia de Dios. Cuando esa luz enfoca en el subconsciente y en lo profundo del alma el contemplativo percibe un fondo de miseria, de mentira y de pecado, que jamás había sospechado. Pero ve o palpa su miseria, mentira y pecado, así como la miseria, mentira y pecado del mundo en el que vive, a la luz maravillosa, desbordante de la misericordia divina, infinitamente mayor.

El verdadero contemplativo es intercesor, porque el Espíritu le hace muy consciente de su identidad con el mundo en que vive. Como dice el salmo: “Un abismo llama a otro abismo”. Consciente del abismo de su propia miseria y de la inmensa miseria del mundo, el contemplativo se arroja en el abismo infinitamente mayor de la misericordia divina. Cuanto más palpa su miseria y la del mundo, tanto más se adentra en el abismo sin fondo de la misericordia divina. En ese abismo el yo queda reducido a la nada; el Todo desciende a la nada. Así se realiza lo que experimentó san Pablo: “Ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí” (Ga 2,19s). “Este es mayor milagro que resucitar un muerto”, afirman algunos Padres de la Iglesia.

Hablan los místicos

San Juan de la Cruz: “Esta noche oscura es una influencia de Dios en el alma, que la purga de sus ignorancias e imperfecciones, que llaman contemplación infusa, en que de secreto enseña Dios al alma y la instruye en perfección de amor... Por cuanto es sabiduría de Dios amorosa, hace dos principales efectos en el alma: la dispone purgándola e iluminándola para la unión de amor de Dios. La misma sabiduría amorosa que purga a los espíritus bienaventurados, es la que aquí purga al alma y la ilumina... Como esta contemplación tiene muchas excelencias en extremo buenas, y el alma que la recibe, por no estar purgada, tiene muchas miserias en extremo malas, de ahí que le sea penosa al alma” (2Noche 5,1.4).

De nuevo el Santo: “La mirada de Dios cuatro bienes hace en el alma, es a saber: *limpiarla, agraciarla, enriquecerla y alumbrarla*.... Y después que Dios pone en el alma estos tres bienes postreros, por cuanto por ellos le es el alma muy agradable, nunca más se acuerda de la fealdad y pecado que antes tenía.... Pero aunque Dios se olvide de la maldad y pecado después de perdonado una vez, no por eso le conviene al alma echar en olvido sus pecados pasados... Por tres razones: para no presumir, para más agradecer, para más confiar y más recibir... Si estando en pecado recibió de Dios tanto bien, puesta en amor de Dios y fuera de pecado, ¿cuánto mayores mercedes podrá esperar” (Cántico 33,1).

Santa Teresa de Jesús, hablando de la cuarta agua: “Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura, de manera que se querría deshacer de lágrimas gozosas... Vese claro indignísima, porque donde entra mucho sol no hay telaraña escondida: ve su miseria. Va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener...Ve que merece el infierno y que le castigan con gloria. Deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora. ¡Bendito seáis, Señor mío...que así queréis levantar un gusano tan vil” (Vida 19,1s).

¡Oh, válame Dios, si entendiésemos cuánta miseria es la nuestra!...Tengo por mayor merced del Señor un día de propio y humilde conocimiento, aunque nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oración... ¡Oh Señor mío! ¡qué fuerza tiene con Vos un suspiro salido de las entrañas!” (Fund. 5,16). “Muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria... Esto téngolo yo por gran misericordia de Dios; y aunque sea falta, muy gananciosa para la humildad” (III Mor 2,2).

Santa Teresita a su hermana, Sor María: “Lo que agrada a Dios en mi pequeña alma es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia. He aquí mi único tesoro....Comprende que para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, tanto más cerca se está de las operaciones de este amor consumidor y transformante. El solo deseo de ser víctima basta, pero es necesario consentir en permanecer siempre pobres y sin fuerzas; y he ahí lo difícil, porque *¿donde encontrar el verdadero pobre de espíritu?* -Hay que buscarle muy lejos, dijo el salmista. No dijo que hay que buscarle entre las grandes almas, sino muy lejos, es decir, en la bajeza, en la nada. Permanezcamos, pues, muy lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, deseemos no sentir nada. Entonces seremos pobres de espíritu, y Jesús irá a buscarnos por lejos que estemos, y nos transformará en llamas de amor... La confianza, y nada más que la confianza es la que debe conducirnos al amor. Puesto que vemos el camino, corramos juntas....Jesús quiere darnos gratuitamente su cielo. (Cta 197).

Las últimas palabras de Teresita, escritas a lápiz, tres meses antes de su muerte: “Sí, estoy segura de que aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría con el corazón roto por el arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de Jesús, porque sé muy bien cuanto ama al hijo pródigo que vuelve a él. Dios en su misericordia preveniente, ha preservado a mi alma del pecado mortal; pero no es eso lo que me eleva a él por la confianza y el amor (C 36v). Yo no puedo tener miedo a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí...¡Yo le amo...! ¡Pues él es sólo amor y misericordia!” (Cta 266).

Beata Isabel de la Trinidad (Un mes antes de su muerte): “A la luz de la eternidad, el Señor me hace comprender muchas cosas. Te digo de su parte que no temas el sacrificio y la lucha. A contrario, alégrate cuando pases por esos momentos. Si tu naturaleza es motivo de tentación, campo de batalla, no te desanimes, ni te entristezcas. Me atrevo incluso a decirte: Ama tu miseria porque Dios ejerce sobre ella su misericordia... Durante tus horas de desaliento busca apoyo en la oración del divino Maestro. Cuando estaba clavado en la cruz El te veía, oraba por ti, y esa oración sigue siendo eternamente viva y presente ante el Padre (Hb 7,25). Ella te salvará de tus miserias. Cuanto más sientas tu fragilidad, más debe crecer tu confianza pues El es tu única garantía. (Cta 286).

El Arcángel caracol

Desde que oí hablar del arcángel Caracol, me cuento entre sus devotos; y me gusta narrar sus gestas. En realidad la antigua leyenda habla de dos caracoles privilegiados, que habían recibido una llamada al cielo. *Carablanca* se llamaba uno: un caracol muy distinguido, superlimpio y escrupuloso; bastante legalista y muy perfeccionista. También era un tanto criticón de otros de su especie no tan perfectos. Obsesionado con la idea de merecer el cielo, tres veces al día se detenía a examinar su pasado y limpiaba cuidadosamente todo rastro de babas, que había quedado a su paso. De ese modo avanzaba cada día unos metros, y retrocedía otros tantos para realizar la limpieza. Hace unos milenios que partió, y todavía no se tienen noticias de él en el cielo.

Por otro lado, *Caragris* era el caracol más ordinario. En él no había nada atractivo, nada que llamase la atención. Se pasó la vida entera arrastrándose por el suelo; pero su corazóncito se elevaba esperanzado hacia el cielo, que le habían prometido. Y el cielo bendice a los humildes. “Que así dice el Sublime, cuyo nombre es Santo: En lo excelso y sagrado moro yo, y estoy también con el humillado y abatido de espíritu, para avivar el ánimo de los humillados” (Is 57,15).

Arrastrándose por el suelo, llegó por fin a la puerta del cielo, y llamó. Abrió san Pedro muy amable: “Hola, caracolillo, ¿qué buscas por aquí?”

“El reino de los cielos, que Dios prometió a los pobres y humillados”, respondió el caracol.

“¿Y qué vas a hacer tú en el cielo?”, insistió san Pedro.

“¿En el cielo? Cantar y alabar a Dios; gozarme de su gloria y hermosura; y descansar un poquito, que bien lo necesito”. Y como viese en el rostro de Pedro una sonrisita un poco burlona, añadió el caracol como inspirado:

“¿Y sabes una cosa, ilustrísimo san Pedro? En el cielo me llamarán Arcángel Caracol, para gloria de Dios”.

Más divertido que convencido, san Pedro se echó una carcajada. Y apuntando un dedo al rastro de babas tras el caracol, dijo en tono solemne: “Los ángeles no se arrastran por el suelo; los ángeles tienen alas y vuelan. ¿Donde llevas tú las alas?”

“Nunca me había parado a pensarlo”, respondió el caracol con gran seriedad. “Supongo que estarán dentro de mí. Ya aparecerán cuando llegue el gran momento”.

Mientras duraba la conversación el candidato a arcángel seguía avanzando hacia el cielo a paso de caracol. Pedro le preguntó: “¿Qué gran momento es ese?”

Justo entonces el caracol se asomaba sobre el dintel de la puerta celeste; sus cansados ojitos contemplaron la gloria del Señor, y entusiasmado exclamó: “¡Este es el gran momento! ¡Este es el día en que actuó el Señor!”.

Al instante se transformó, le salieron dos preciosas alas doradas, entró volando en el cielo, y se dirigió derecho al *Coro de los Pobres*, situado en *Clase Preferente*, en lo más adentro del corazón de Dios. Desde aquel día se escucha en el cielo un bellissimo canto nuevo a la Misericordia: el canto del arcángel Caracol alabando al Señor, “que levanta del polvo al desvalido, y de la basura alza al pobre, para sentarle con los príncipes, los príncipes de su pueblo” (Sal 113,7).

OREMOS. Te damos gracias Señor porque a nosotros nos has hecho “*vasa misericordiae*, objetos de misericordia preparados para la gloria” (Rm 9,23). Gracias porque en estas vasijas de barro derramas tan generosamente tu misericordia, y la derramarás por toda la eternidad para tu gloria y la nuestra y la de todos tus hijos.

9. LA MISERICORDIA EXPRESIÓN DE AMOR PROFUNDO

En Antiguo Testamento Dios revela su nombre *Yahve, Yo soy* (Ex 3,14) y nos invita a entrar en una relación de amistad con él. En el Nuevo Testamento Dios nos revela su ser más íntimo, *Yo soy amor*; “Dios es amor” (1Jn 4,8), amor eterno, incondicional, infinitamente activo, comunicativo y fecundo. En su vida íntima el Padre es amor que se dona gozosamente, comunicando todo su Ser al Hijo (generación). El Hijo es amor que acoge con infinita gratitud el Ser divino y en amor lo devuelve al Padre. El Espíritu es amor compartido, fruto de ese abrazo mutuo y entrega total del Padre y el Hijo. En el seno de la Trinidad resuena un eterno canto de amor. Los que se adentran en Dios, en profundo silencio contemplativo, suelen percibir al menos un lejano eco... y se extasían, o mueren por que no mueren.

En su actividad *ad extra* Dios es amor que se desborda. Según la visión de San Juan de la Cruz, la creación surge para ser admitida como *esposa* en la familia divina. Así se dirige el Padre al Hijo “*Una esposa que te ame, / mi Hijo darte quería, / que por tu valor merezca / tener nuestra compañía / y comer pan a una mesa / del mismo que yo comía.*”

En la Encarnación Dios se hace *Enmanuel, Dios-con-nosotros*, para compartir su vida, incluso su naturaleza y su alegría eterna con nosotros. En Pentecostés se hace *Dios-en-nosotros*, para vivir dentro de nosotros, derramando sin cesar el amor de Dios en nuestros corazones (Rm 5,5). La frase más citada de la Biblia y más llena de contenido espiritual: “Dios es amor” (1Jn 4,8).

El virus “gallinitis”

Sucedió en un corral prehistórico. El gallo y las gallinas madrugaban y cantaban a todo pulmón; así lo hacían día tras día. Y cantaban así porque estaban convencidos de que cada día amanecía y el sol salía en respuesta a su clamoreo. ¿Y si algún día dejasen de cantar? Pues no amanecería, ni saldría el sol. Todo el mundo quedaría a oscuras. En ese corral se respiraba orgullo y ansiedad. Orgullo por el gran servicio que creían prestar a la creación. Ansiedad por el desastre que supondría si algún día dejaban de cantar. ¡Y sucedió! Ni el gallo ni las gallinas se despertaron una mañana. Y mientras ellos dormían, amaneció calladamente y salió el sol radiante como siempre. Ese día se les abrieron los ojos internos al gallo y a las gallinas, y comprendieron que cada día amanece y el sol sale, no en respuesta a su canto, sino en respuesta a una fuerza misteriosa que ellos no comprenden.

Por desgracia, para entonces el virus de ese corral se había extendido a los humanos. Muchos deben estar afectados de *gallinitis*, con los síntomas de orgullo y ansiedad. Un fenómeno común entre personas piadosas, pero inmaduras, es empeñarse en ganar a pulso lo que Dios está tan deseoso de regalar: su amor, su gracia, su salvación. Si el atleta espiritual es legalista y corto de vista, puede llagar a la conclusión de haber conquistado su objetivo, al menos mejor que otros: “No soy como el resto de los hombres” (Lc 18,11). Lo cual abre la puerta al orgullo espiritual, y la cierra a la Misericordia divina.

Si es más realista y humilde verá que merece muy poco; con lo cual se incapacita para recibir mucho. De ese modo cierra la puerta al inmenso amor, que Dios está deseoso de regalar como puro don. El resultado final es anemia espiritual. El paciente se mira a sí mismo, más que a Dios; se obsesiona con su propia indignidad, con sus fallos y miserias, con su escasez de méritos y abundancia de pecados. Esta enfermedad es menos preocupante que la anterior, pues no cierra la puerta a la Misericordia divina. El problema suele ser que a algunos pacientes se resisten a abrir la puerta.

Joyas para su corona

Dios es amor, amor infinito. Ante la inmensa pobreza y miseria humana, el amor infinito sólo puede responder de un modo: como Misericordia infinita. ¿Por qué privarle a Dios de la satisfacción inmensa de poder mostrar ante nuestros fallos y miserias su Ser auténtico? ¡Dios es Misericordia! ¿Por qué no abrir de par en par las puertas de nuestra alma al Espíritu Santo? El nos enseñará a vivir siempre de cara a nuestro Padre del cielo, a contemplar extasiados la misericordia infinita con que mira nuestras miserias; y ver con asombro cómo transforma nuestras miserias en joyas para su corona.

Santa Teresa se alegra al descubrir su miseria humana, porque ahí es donde mejor palpa la misericordia divina. “¡Oh, váleme Dios, si entendiésemos cuánta miseria es la nuestra!...Tengo por mayor merced del Señor un día de propio y humilde conocimiento, aunque nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oración... ¡Oh Señor mío! ¡qué fuerza tiene con Vos un suspiro salido de las entrañas! (Fund. 5,16).

“No os desaniméis si alguna vez cayereis; que aun de esa caída sacaré Dios bien.... Confíen en la misericordia de Dios, y nonada en sí, y verán cómo Su Majestad le mete adonde estas fieras ni le puedan tocar ni cansar” (II Mor.1,9). “Muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria... Esto téngolo yo por gran misericordia de Dios; y aunque sea falta, muy gananciosa para la humildad” (III Mor 2,2).

El orante no debe quedar atrapado en el desierto del conocimiento propio. A los que se sienten interiormente turbados, aconseja: “Cuando así os hallareis, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiereis, y ponedle en la misericordia de Dios y en lo que nos ama y padeció por nosotros” (Camino 39,3).

También Dios tiene problemas

Crear que Dios es amor infinito es tomar conciencia de que Dios tiene una sed infinita de amarnos sin medida, sin fin. San Agustín escribe: *Deus sitit sitiri*. Dios está sediento de que estemos sedientos de él. Dios desea ser deseado y buscado con infinita sed; Dios desea que acudamos a él, deseosos de saciar nuestra sed infinita de amor y felicidad. “*Como la cierva busca corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios*” (S 42,2s). Sólo cuando tengamos una sed infinita de Dios, lo poseeremos plenamente y quedaremos saciados para siempre.

No sólo los humanos tenemos problemas, Dios también los tiene desde que creó al ser humano y lo dotó de libre albedrío, capaz de acoger y de rechazar su amor eterno. Su primer problema es cómo saciar su sed infinita de amar. Y se pregunta: “¿Dónde encontraré corazones totalmente abiertos y libres en los que pueda derramar mi amor infinito? En el cielo ya los tengo, ¿pero en la tierra...?”

Un problema adicional que encuentra Dios, agudizado por la cultura de consumo, es cómo regalar su amor. En nuestra cultura consumista lo gratuito no merece la pena. Lo que más cuesta es lo que más vale. Se mide el bienestar de una sociedad por su poder adquisitivo. Y Dios tiene que preguntarse de nuevo: “¿Dónde encontraré corazones totalmente pobres y humildes que acojan mis dones, mi amor excesivo como puro don?” No te imaginas cuánto agradece Dios que le ayudemos a solucionar estos sus problemas. ¿Estás dispuesto a ayudarlo? ¡Cómo se alegra Dios cuando un alma, por ruin y miserable que sea, se atreve a arrojarse en los brazos de su amor misericordioso! Ese amor humildemente aceptado, es el fuego que la purificará, la transformará y la fusionará para siempre con el Dios Amor.

Cuando tengamos una sed infinita de Dios, se abrirá nuestra alma plenamente al amor de Dios, y quedará inundada en su amor. Dios es amor. Creados a imagen de Dios los humanos somos amor. Esa es nuestra naturaleza íntima, nuestra esencia verdadera. Los que en fe hemos aceptado a Jesús como Hijo de Dios y Salvador, “hemos nacido de Dios” (Jn 1,13). Los que hemos nacido de Dios “somos partícipes de la naturaleza divina” (2P 1,4). Por tanto, hemos nacido para amar como ama Dios (Ef 5,1s), con el mismo amor y poder de Dios (Rm 5,5). Sólo amando se realiza el ser humano como persona; sólo amando con el amor de Dios se realizan los hijos de Dios como hijos. “Si no tengo amor nada soy...” (1Co 13,2).

La Encarnación significa: *Dios-con-nosotros*. Pentecostés: *Dios-en-nosotros*. La historia de salvación tiene una finalidad: introducirnos en Dios, *nosotros en Dios*, “en igualdad de amor”, como dice Juan de la Cruz.

San Juan de la Cruz: “El mirar de Dios es amar. Porque, si él por su gran misericordia no nos mirara y amara primero, y se abajara, ninguna presa hiciera en él nuestro bajo amor” (nuestro amor nunca llegaría a él) (Cant.31,8).

El mirar de Dios

*Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían
por eso me adamabas
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.*

(Cant.Esp. canción 32)

“Por *los ojos* entiende aquí su Divinidad misericordiosa, la cual, inclinándose al alma con misericordia, imprime e infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto, que la hace consorte de la misma Divinidad... El quiso con mirarla darle gracia para agradarse de ella... Porque poner Dios en el alma su gracia es hacerla digna y capaz de su amor... Por tanto, amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo; y así ama al alma en sí consigo, con el mismo amor que él se ama. Y por eso en cada obra, por cuanto la hace en Dios, merece el alma el amor de Dios; porque puesta en esta gracia y alteza, en cada obra merece al mismo Dios” (Cant.Esp. 32,4-6).

Isabel de la Trinidad, días antes de morir escribió una carta inspirada a su Piora que estaba pasando por una crisis de noche oscura. El mensaje es válido para todos los hijos e hijas de Dios, porque a todos y cada uno nos mira Dios con los mismos ojos de misericordia y con la misma necesidad de amar. “El Señor no te dice como a Pedro: *¿Me amas más que estos?* (Jn 21,15), sino: *Déjate amar más que estos*. Es decir, no temas que algún obstáculo me impida amarte porque soy libre para comunicar mi amor a quien me plazca. *Déjate amar más que estos*. Por tu fidelidad a esa vocación, me harás feliz porque serás la glorificación del poder de mi amor. Ese amor perfeccionará lo que tú hagas defectuosamente.... *Déjate amar más que estos*. El Señor quiere cumplir así tu misión de *Alabanza de gloria*. El se alegra de poder labrar tu perfección, a través del amor. Quiere realizarlo él solo aunque tú no hayas hecho nada para merecer esa gracia, y poseas únicamente como toda criatura obras de pecado y de miseria. El Señor te ama así. El lo realizará todo.... En las horas de anonadamiento, de languidez espiritual, le seguirás agradando si permaneces fiel en creer que es él quien aún actúa, quien te ama a pesar de todo, que te ama incluso mucho más porque su amor es libre y quiere ser glorificado de ese modo en tu alma. Tienes que dejarte amar *más que todos estos*...Dios te ha llamado para glorificar el poder de su amor” (Cta 301,Nov.1906)

10. TERESITA, LA SANTA DE LA MISERICORDIA

“En la casa de mi Padre hay muchas moradas” (Jn 14,2), dice Jesús. La prueba es que entre los innumerables santos de la santa Iglesia de Dios, no hay dos iguales. Eso es porque los santos son obra de Dios, y Dios no usa moldes, no se repite. Santa Teresita, al escribir sobre su niñez, comenta: “Durante mucho tiempo me preguntaba por qué todas las almas no recibían las gracias con igual medida. Me maravillaba ver a Dios prodigar favores extraordinarios a santos que le habían ofendido, como Pablo, Agustín... Mientras otros morían sin haber oído siquiera pronunciar el nombre de Dios. Jesús se dignó instruirme: puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores son bellas, pero diferentes. Lo mismo acontece en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús: hay grandes santos, como rosas; y pequeños como violetas, destinadas a recrear los ojos de Dios cuando mira al suelo. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos. El amor de nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime” (A 2v).

La santidad es una, como uno es Dios: “Santo eres, Señor, fuente de toda santidad”. Pero el vestido de la santidad suele ser muy variado. Hay una *santidad seráfica*, acompañada de grandes gracias místicas, como la de Teresa de Ávila. Y una *santidad humilde y oculta*, pero no menos maravillosa, como la de Teresita. Hace un siglo la santidad se veía aureolada de carismas

y gracias místicas extraordinarias, de penitencias sensacionales. La hagiografía popular mantenía viva esa imagen presentando a los santos como extraterrestres...

Teresita emprende su carrera con estos altos ideales: quiere realizar grandes proezas por su amado Jesús. Y con esos ideales entra en el Carmelo. Citando al P. Pichón, director de la familia, escribe al poco de entrar: “La santidad hay que conquistarla a punta de espada” (Cta 89). Pero el Espíritu Santo quiso servirse de Teresita para enseñar a la Iglesia una lección muy valiosa. En el Carmelo Teresita se encuentra con fracasos y humillaciones de todo tipo, y especialmente de tipo espiritual. La aridez y el sueño la atormentan con frecuencia durante las dos horas de oración. “La sequedad se hizo mi pan de cada día. Y aun con estar privada de todo consuelo, me sentía la más feliz de las criaturas” (A 73v). Quien sólo desea agradar a Dios, y ve la voluntad de Dios en todo acontecimiento, vive feliz en la sequedad como en el fervor, en la escasez como en la abundancia.

Santidad sin

Con el paso de los años Teresita palpa su propia nada, su incapacidad total para hacerse santa. Pero ni fracasos, ni humillaciones la desaniman. Sabe que “desde antes de crear el mundo Dios la ha elegido en Cristo para ser santa” (Ef 1,5), y una gran santa. No sabe por qué caminos la llevará Dios; pero no le preocupa, porque sabe que su santificación es obra de Dios, de su Espíritu Santificador. En él ha puesto toda su confianza, sólo en él. “Sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos, no tengo ninguno, sino en aquel que es la Santidad misma. El solo, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta sí, y cubriéndome con sus méritos infinitos me hará santa” (A 32r).

Teresita, iluminada por el Espíritu y los Evangelios, descubre que la pobreza espiritual no es un obstáculo para que Dios actúe en nosotros. Al contrario, es lo que atrae hacia nosotros su mirada tierna y misericordiosa. Nuestras pobreza, nuestras limitaciones y fallos son los materiales que la Misericordia divina utiliza para elaborar en nosotros la santidad auténtica, la que viene cien por cien de Dios, como puro regalo. Obstáculo es nuestro orgullo y autosuficiencia; el creernos mejores que otros, con derecho a juzgar y criticar.

Escribe a su hermana Celina: “Coloquémonos entre los imperfectos; somos almas pequeñas a las que Dios tiene que sostener a cada instante. Cuando él nos ve totalmente convencidas de nuestra nada, nos tiende la mano. Sí, basta con humillarse, con soportar con dulzura las propias imperfecciones: ¡he ahí la verdadera santidad” (Cta 243).

Dios hizo de Teresita, según Pío X, “la santa más grande de los tiempos modernos”. Y lo más grande que Dios hizo a través de Teresita es decirnos de modo práctico que la persona más pequeña, sencilla e insignificante puede ser la santa más grande. No necesitamos complicar nuestra vida para ser santos. Teresita representa “*Santidad Sin*”, santidad sin grandes austeridades, sin éxtasis ni raptos, sin gracias místicas llamativas... Los que conocieron a Teresa de cerca nunca sospecharon que habían convivido con una gran santa. ¡Su vida fue tan sencilla y ordinaria!

La santa de la misericordia

Cada alma refleja alguna perfección divina. Teresita confiesa: “A mí me ha dado su misericordia infinita, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas! Entones todas se me presentan radiantes de amor. Hasta la Justicia me parece revestida de amor... ¡Qué alegría pensar que Dios es justo, es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿De qué, pues, tendría yo miedo?” (A 83v).

Santa Teresita desde muy niña se ve arropada en el amor de Dios. “Lo propio del amor es abajarse... Abajándose de tal modo, Dios muestra su grandeza infinita” (A 2r). Al entrar en la *noche oscura*, agravada con la humillante enfermedad de su padre, experimenta a fondo su

impotencia y miseria. Entonces el amor de Dios, en que se había sentido arropada desde su primera niñez, se convierte en misericordia divina. A finales de 1894 descubre el *caminito*. A partir de ahí una luz nueva ilumina toda su vida, que le hace contemplar y leer todos los acontecimientos al resplandor de la misericordia divina.

Al escribir el Ms A, en 1895 (dos años antes de su muerte), se siente desbordada por la misericordia divina, e interpreta toda su existencia a la luz de esa misericordia. “No voy a hacer otra cosa sino: Comenzar a cantar lo que he de repetir eternamente ¡¡¡Las Misericordias del Señor!!! Siempre se ha mostrado el Señor (en mi vida) compasivo y lleno de dulzura... *Lento en castigar y abundante en misericordia* (S 102,,8). Por eso gustosa vengo a cantar las misericordias del Señor... La flor que va a contar su historia se complace en hacer públicas las delicadezas, enteramente gratuitas, de Jesús. Reconoce que nada había en ella capaz de atraer sobre sí sus divinas miradas, y que solo su misericordia ha obrado todo lo bueno que hay en ella.” (A 2r.3v).

Meses antes de su muerte escribe: “Cuando veo que Magdalena (Lc 7,36ss) se adelanta, en presencia de los numerosos invitados, para regar con sus lágrimas los pies del Maestro adorado, a quien ella toca por primera vez, siento que su corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del Corazón de Jesús; y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está, no sólo dispuesto a perdonarla, sino aun a prodigarle los beneficios de su intimidad divina, a elevarla hasta las más altas cimas de la contemplación. ¡Ah, desde que me fue dado comprender de este modo el amor del Corazón de Jesús, confieso que él ha desterrado todo temor de mi corazón! El recuerdo de mis faltas me humilla, me lleva a no apoyarme nunca en mi propia fuerza, que no es más que debilidad; sobre todo, este recuerdo me habla de misericordia y de amor” (Cta 220)

Faltas que sólo humillan

Sta. Teresita escribe: “Creo que Jesús puede concederme la gracia de no cometer mas que faltas que no le ofenden, faltas que sólo humillan y hacen más fuerte el amor” (Cta 114). “Si soy humilde y permanezco pequeñita, tendré el derecho de cometer, sin ofender a Dios, pequeñas travesuras hasta mi muerte. Cuando caigo así compruebo mi nada, y pienso: ¿Qué sería de mí si me apoyase en mis propias fuerzas?” (CA 7.8.4).

En la vida de los amigos de Dios abundan las faltas, defectos y fallos, las caídas y pecados que humillan al pecador, pero no lo alejan de Dios; al contrario, le mueven a refugiarse en su corazón lleno de misericordia. Son *fallos de fabricación*; fruto de una programación defectuosa; son manifestaciones del ego que actúa desde subconsciente y actuará hasta la muerte. Hay que tomarlos como avisos del cielo para vigilar los movimientos de nuestro ego y orar. Más que de pecado se trata de pobreza espiritual. Para el verdadero humilde son verdadera gracia.

San Juan de la Cruz observa: “Personas inmaduras se entristecen demasiado de verse caer en faltas, pensando que ya debían de ser santos, y se enojan contra sí mismos con impaciencia; lo cual es otra imperfección. Tienen a veces grandes ansias con Dios porque les quite sus faltas e imperfecciones, más por verse sin la molestia de ellas, que por Dios; no mirando que si se las quitase se harían acaso más soberbios”. Mientras que otros, los sabios y humildes, como Teresita: “Como mora en estas humildes almas el espíritu sabio de Dios, en las imperfecciones en que se ven caer, con humildad se sufren y con blandura de espíritu y temor amoroso de Dios, esperando en él” (1 Noch 2).

Cuando uno está animado por el espíritu evangélico, primero acepta esas limitaciones con resignación. Luego a la luz del Espíritu, comienza a verlas como un don: “Bienaventurados los pobres de espíritu, de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3). La experiencia de la propia miseria hace que uno se adentre más en el abismo sin fondo de la misericordia divina. Esta llega al extremo en la pasión de Cristo: *Dios lo hizo pecado por nosotros* (2Co 5,14.21).

Santa Teresita. “Nuestra *pobre naturaleza* es nuestra riqueza, nuestro instrumento de

trabajo, nuestro medio de vida. Es tan preciosa que Jesús vino a la tierra expresamente para poseerla. ¿Quisiéramos no caer nunca? ¿Qué importa, Jesús mío, que yo caiga a cada instante? Veo en ello mi debilidad, y esto es para mí una ganancia grande. Vos veis en ello lo que puedo hacer, y por eso os sentiréis más inclinado a llevarme en vuestros brazos. Si no lo hacéis, es que os gusta verme por el suelo. Si es así, no me inquietaré, sino que seguiré tendiéndooos mis brazos suplicantes y llenos de amor. ¡No puedo creer que me abandonéis! Celina, ¡si conocieras mi miseria!... ¡Oh, si supieras! La santidad no consiste en decir grandes cosas, ni en pensarlas, ni en sentirlas: consiste en aceptar el sufrimiento” (Cta 89), sobre todo el sufrimiento de verse lleno de faltas y miserias.

El ascensor

Teresita, siguiendo el camino de la confianza, descubrió el ascensor que la llevó la más alta santidad. Así razonaba la Santita: “Estamos en el siglo de los inventos. Ahora no hay que tomarse el trabajo de subir los peldaños de una escalera; el ascensor la suple ventajosamente. Pues bien, yo quisiera encontrar también un ascensor para elevarme hasta Jesús, ya que soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección” (C 3r).

Lo busca, como de costumbre, en las Escrituras. “Y hallé estas palabras de la Sabiduría eterna: *Si alguno es pequeño, que venga a mí* (Pro 9,4). Me acerqué, pues, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y deseando saber lo que haríais, oh Dios mío, con el pequeñito que respondiese a vuestra llamada, continué mis pesquisas. He aquí lo que hallé: *¡Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en mi regazo y os meceré sobre mis rodillas!* (Is 66,13-12). ¡Ah, nunca palabras más tiernas, más melodiosas me alegraron el alma. ¡El ascensor que ha de elevarme al cielo son vuestros brazos, oh Jesús! Por eso, no necesito crecer; he de permanecer pequeña, empequeñecerme cada vez más.” (C 3r).

Teresita, como muchos cristianos sencillos, se ve como *un oscuro granito de arena*: algo insignificante, perdido en el suelo, nunca atrae la atención de los que pasan. Se abandona a Dios, y llega a ser “la santa más grande de nuestros tiempos”. Nuestra pequeñez y debilidad es nuestra mayor ganancia, si nos lleva a esperar lo todo de la bondad de Dios y a abandonarnos en brazos de su misericordia infinita.

La santidad no se conquista; se recibe cuando uno se deja conquistar por Dios. Solo Dios hace santos; los hace de mil amores siempre que le damos una oportunidad. Los santos son tan abundantes o tan escasos como las oportunidades que Dios tiene. No desaprovecha ninguna. ¿No le darás una oportunidad?

Condiciones para usar el ascensor

La primera es espíritu de pobreza, o sea convencimiento absoluto de la propia impotencia y miseria, con la alegre aceptación de esa pobreza, no como un obstáculo, sino como título más para gozar de la misericordia de Dios. Tal convencimiento lo grava el Espíritu en las duras pruebas de la noche oscura. El ascensor ni se compra ni se alquila; se usa cuando el Espíritu introduce a uno en él. San Pablo habla de su experiencia personal: “Para que no sea orgulloso por la sublimidad de las revelaciones, me han clavado una espina en el cuerpo, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me haga soberbio” (2Co 12,7ss).

Y Teresita confiesa: “Cuando recuerdo el tiempo del noviciado, veo cuán imperfecta era. Me angustiaba por tan poca cosa, que ahora me río. ¡Ah, qué bueno es el Señor, que hizo crecer a mi alma y le dio alas. Ahora las *redes del cazador* no me dan miedo (Prov 1,17). Más tarde, el tiempo en que vivo (3 meses antes de muerte) me parecerá también lleno de imperfecciones. Pero ahora ya no me sorprende de nada. No siento pena alguna al ver que soy la *debilidad* misma; al contrario, me glorio de ello” (C 15r).

En respuesta a su hermana María, asombrada al leer el Ms B, Teresita le dice: “Mis deseos de martirio no son nada; no son ellos los que me dan la confianza ilimitada que siento en

mi corazón. Esos deseos son un consuelo que Jesús concede a veces a las alma débiles como la mía... Lo que agrada a Dios en mi pobre alma es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia. Este es mi único tesoro... ¡Ay, cómo quisiera hacerte comprender lo que yo siento! La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al amor” (Cta 197).

Cuando uno, dominado por el ego, se mira más a sí mismo que a Dios, cuando uno se apoya en sus propias fuerzas, y cuando uno demuestra que sabe más o vale más que otros, aparece una lucecita roja en el ascensor: *Averiado*.

Otra condición para usar el ascensor es abandono confiado en el Señor, cuya generosidad y misericordia no tienen fin. Sta. Teresita: “Jesús se complace en enseñarme el único camino que conduce a esta divina hoguera (amor). Este camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... Para llegar a la cumbre de la montaña del amor (y de la santidad) Jesús no pide grandes obras, sino solamente abandono y agradecimiento” (B 1r, 1v). “Desde niña me han encantado estas palabras de Job: Aunque Dios me matara, seguiría esperando en él. Pero he tardado mucho tiempo en situarme en este grado de abandono. Ahora Dios me ha hecho llegar a él: me ha tomado en sus brazos, me ha puesto en él” (CA 7.7.3).

En una ocasión su hermana, Madre Inés confiesa que siente tristeza y desaliento después de cometer una falta. Teresa responde: “Cuando yo cometo una falta que me pone triste, sé muy bien que esa tristeza es la consecuencia de mi infidelidad. ¿Pero, creéis que me quedo ahí? ¿Oh no, no soy tan tonta! Me apresuro a decirle a Dios: Dios mío sé que he merecido este sentimiento de tristeza, pero dejadme que os lo ofrezca, como una prueba que me enviáis amorosamente. Lamento mi pecado, pero me alegro de poder ofrecer os este sufrimiento” (CA 3.7.2).

Estando muy enferma, alguien le pidió ayuda para un trabajo difícil. El rostro de Teresita reveló por un momento la lucha interior. La M. Inés lo notó. Por la noche Teresita le escribió esta nota: “Vuestra hijita ha llorado dulces lágrimas hace un momento; lágrimas de arrepentimiento, pero más aún de gratitud y de amor. ¡Ah, esta tarde os he mostrado mi *virtud*, mis tesoros de paciencia. ¡Yo que predico tan bien a las demás! Me alegro de que hayáis visto mi imperfección. ¡Ah, cuánto me aprovecha el haber sido mala! ¿Por qué es Jesús tan dulce para conmigo? ¿Por qué no me reprende nunca? ¡Ah, verdaderamente es como para morir de gratitud y de amor! Me alegra mucho más haber sido imperfecta, que sí, sostenida por la gracia, hubiera sido un modelo de dulzura. ¡Me aprovecha tanto ver que Jesús es siempre tan dulce, tan tierno para conmigo!” (Cta 230).

“Desde hace mucho tiempo no me pertenezco ya a mí misma, estoy entregada totalmente a Jesús; por lo tanto, él es libre de hacer conmigo lo que le plazca” (C 10v). Jesús hizo de ella una gran santa ¡y muy cercana, sencilla e imitable!

11. OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO

San Pablo, una vez conquistado por Cristo, escribe, recordando su etapa anterior como fariseo celoso por la ley. “Ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la ley, sino la justicia que viene de Dios por la fe en Cristo (Fl 3,8s)

Justicia aquí es sinónimo de justificación, santificación. *La justicia que viene de Dios* es la fuerza transformante de Dios; es la misericordia divina, que llama a la puerta del pecador, mendigando sus pecados, para transformarlo de pecador en justo, en santo, “participe de la naturaleza divina” (2P 1,4), participe de la santidad divina, para que pueda un día participar de la gloria eterna de Dios.

Se cuenta de San Jerónimo, hombre muy austero y penitente. La víspera de Navidad se le apareció el Niño Jesús con las manos extendidas: “Jerónimo, dame un regalo para mi cumpleaños”. “Señor, -dijo Jerónimo- te ofrezco todos mis ayunos y penitencias, todos mis escritos y peregrinaciones...”. Pero el Niño Jesús no parecía satisfecho; seguía con las manos suplicantes, hasta que Jerónimo protestó, desconcertado: “Señor, tú sabes que no tengo nada más”. Jesús le replicó: “Sí, tienes algo, que te lo estás guardando. ¡Jerónimo, dame tus pecados!”.

Teresita confía totalmente en Dios porque su fe es tan pura que solo mira a Dios, y no a sí misma; y porque ve a Dios como Amor, como Misericordia. Un mes antes de su muerte escribe a lápiz en una estampa al P. Belliere: “Yo no puedo tener miedo a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí... ¡Yo le amo...! ¡Pues él es sólo amor y misericordia!” (Cta 266).

Víctimas de la justicia divina

Una espiritualidad legalista, común en el pasado no muy lejano, pone el acento en la justicia justiciera de Dios; la justicia que exige satisfacción e impone el castigo justo al pecador. En el siglo XIX, personas generosas y heroicas se ofrecían como *víctimas a la Justicia divina*. Su noble deseo era hacer de *pararrayos*, sobre los que Dios podía descargar el castigo merecido por la humanidad pecadora. A primeros de Junio 1895 (dos años antes de la muerte de Tersita) se leyó en Lisieux la nota necrológica de una carmelita que se había ofrecido como víctima a la Justicia divina, algo que, sin duda, hizo pensar a las monjitas.

Santa Teresita escribe: “Este año (1895), el 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de comprender más que nunca cuánto desea Jesús ser amado. Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero estaba muy lejos de sentirme inclinada a hacerla” (A 84r). Teresita captó como pocos la mente y el corazón de Dios, que en su infinita misericordia, envió a su Hijo a la muerte “como cordero” para expiar nuestros pecados.

Avanzando por el *caminito nuevo*, Teresita va descubriendo cada día nuevos abismos de amor y misericordia en Dios. Cada día percibe con mayor claridad la necesidad infinita que Dios tiene de amar: de soltar “las oleadas de infinita ternura que hay en él”. Y presiente cómo Dios se alegra cuando un alma, por pequeña, ruin y miserable que sea, se atreve a “arrojarse en sus brazos y aceptar sin reservas su amor infinito” (A 84r).

Más que descargar su justicia, lo que Dios quiere y necesita es abrasarnos en su amor. Más que repartir castigos, lo que agrada y glorifica a Dios es repartir su amor, ternura y misericordia. Su justicia la descargó plenamente hace 2000 años sobre el Hijo: “Al que no tenía pecado, le hizo pecado en lugar nuestro, para que nosotros seamos en él justicia (santidad) de Dios” (2Co 5,21).

Víctima del amor misericordioso

Continúa Teresita: “¡Oh Dios mío!, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo vuestra justicia recibirá almas que se inmolan como víctimas? ¿No tiene también vuestro amor misericordioso necesidad de ellas?... ¿Deberá vuestro amor despreciado quedarse encerrado en vuestro corazón? Creo que si encontráseis almas que se ofrecieran como víctimas de holocausto a vuestro amor, las consumiríais rápidamente. Creo que os sentiríais dichoso de no veros obligado a reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en vos... ¡Oh Jesús mío, que sea yo esa víctima dichosa; consumid vuestro holocausto con el fuego de vuestro divino amor!” (A 84r).

“Dios es amor” (1Jn 4,8). El amor, como el fuego, tiende a extenderse... Jesús dice: “He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cómo deseo ya que arda!” (Lc 12,49). A su amor le falta mucho todavía para hacer que toda la tierra arda. El sigue buscando corazones que acojan ese fuego sin reservas.

En esta fiesta de la SS. Trinidad el corazón de Teresa sondea el Corazón de Dios y capta el deseo infinito de amar que lo devora. “¡Oh faro luminoso del amor! Yo sé cómo llegar hasta ti, y apropiarme de tu llama. No soy más que una niña impotente y débil. Pero es mi debilidad la que me inspira la audacia de ofrecerme como *víctima a tu amor*. Antiguamente, sólo las hostias puras y sin defecto eran aceptadas con agrado por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la justicia divina eran necesarias víctimas perfectas. Pero a la ley del temor ha sucedido la ley del amor, y el Amor me ha escogido a mí, débil e imperfecta criatura. ¿No es acaso digna del amor tal elección?” (B 3v)

a) En su ofrenda Teresita expresa el gran deseo de toda su vida: ser santa con la santidad de Dios: “Yo quiero revestirme de tu propia Justicia”. Esta es la santidad que Dios regala a los pobres. “En la tarde de la vida compareceré ante vos con las manos vacías. Siento mi impotencia y te pido, Dios mío, que seas tú mismo mi santidad”. El Amor misericordioso realizó en ella sus sueños de santidad... ¡Lo hizo de maravilla!

b) San Pablo afirma: “En mi carne completo lo que falta a los sufrimientos de Cristo” (Col 1,24). Teresita expresa el deseo de glorificar a Dios y salvar almas: “Puesto que me habéis amado hasta el extremo de darme a vuestro Hijo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos; os los ofrezco gustosa. y los méritos de los santos, el amor de los ángeles, el amor y los méritos de la Virgen mi Madre”. Si con nuestros sufrimientos contribuimos a la gloria de Dios y la salvación del mundo, mucho más lo hacemos entrando en la comunión de los santos y ofreciendo, como Teresita, los méritos de los bienaventurados y el sufrimiento de nuestros semejantes en toda la tierra.

“*El que se une con Dios, un espíritu se hace con él*” (1Co 6,17). Comenta s. Juan de la Cruz: “De aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu Divino y son divinas. Dios sólo mueve las potencias de estas almas según su voluntad; y así las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto. Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora” (3 Sub.2,8.10). “Allí ve el alma que verdaderamente Dios es suyo, que ella le posee con propiedad de derecho, por la gracia que Dios le hizo de dársele a sí mismo, y que, como cosa suya, le puede dar y comunicar a quien ella quisiere de voluntad” (Llama 3,78)

¿Qué mejor modo de contribuir a la gloria de Dios y salvación del mundo que cooperar con el Espíritu para llegar a esta *unión de amor*. Teresita pide al abate Belliere haga esta oración: “Padre misericordioso, en el nombre de nuestro dulce Jesús, de la Virgen María y de los santos, os suplico que abracéis a mi hermana en vuestro Espíritu de amor y que le concedáis la gracia de hacerlos amar mucho” (Cta 220).

c) Jesús salva a los hombres ofreciéndose al Padre en la cruz como víctima de amor. Teresa se ofrece como *holocausto* (víctima totalmente quemada) al amor misericordioso. “A fin de vivir en un acto de perfecto amor, YO ME OFREZCO COMO VÍCTIMA DE HOLOCAUSTO A VUESTRO AMOR MISERICORDIOSO. Os suplico me consumáis sin cesar, dejando se desborden en mi las olas de ternura infinita encerradas en vos; sea yo así mártir de vuestro amor”.

Teresa quiere identificarse con la Hostia eucarística, donde se encuentra el precio de rescate de toda la humanidad. “Permaneced en mí como en el tabernáculo; no os alejéis nunca de vuestra pequeña hostia”.

d) *Yo dormía, mi corazón velaba*, canta la novia (Cnt 5,2). Teresa encarga a su corazón, siempre en vela, que renueve esta ofrenda a cada latido, un número infinito de veces. “Quiero, ¡oh Amado mío!, renovaros esta ofrenda a cada latido de mi corazón, un número infinito de veces, hasta que pueda yo repetiros mi amor en el *cara a cara* eterno”.

Desde ese día Teresa lleva sobre su corazón con el Evangelio y la fórmula de profesión religiosa, el texto de su ofrenda al Amor Misericordioso.

Santidad la más alta, fruto del Amor misericordioso

¿Qué sucede en la vida de Teresa al ofrecerse al Amor? Externamente todo sigue igual: “El corazón del niño no puede hacer más que una cosa: ¡amarte, oh Jesús! Las obras deslumbrantes le están vedadas. Pero el niño *lanzaré flores*, no desperdiciando ningún pequeño sacrificio. Y al arrojar mis flores cantaré, aun cuando tenga que coger mis flores en medio de las espinas. Cuanto más punzantes las espinas, más melodioso será mi canto. A tu divino contacto, ¡oh Jesús! esas flores cobran un valor infinito para la Iglesia” (B 4).

En realidad todo cambia; a cada instante Teresa se ve más inundada y poseída por el Amor misericordioso. “El viernes siguiente a mi ofrenda, comenzaba yo mi viacrucis, cuando de repente me sentí presa de un amor tan violento hacia Dios que parecía como si me hubieran hundido toda entera en el fuego. ¡Oh, qué fuego y qué dulzura al mismo tiempo! Me abrasaba de amor, y sentí que un segundo más, y no podría soportar aquel ardor sin morir. No lo probé más que una vez y un solo instante; luego volví a caer en mi sequedad habitual” (CA7.7.2). Esa gracia mística es como si Dios quisiese *acusar recibo*. Teresa hace su ofrenda en fe y en fe la vive

Unos 6 meses después escribe a su hermana, M. Inés: “Madre mía, conocéis los ríos, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... Desde aquel día feliz me parece que el amor me penetra y rodea; ese amor misericordioso me renueva cada instante, purifica a mi alma y no deja en ella huella alguna de pecado...¡Oh qué dulce es el camino del amor! ¡Cómo deseo aplicarme con el más absoluto abandono a cumplir siempre la voluntad de Dios! Eternamente cantaré el cántico siempre nuevo del amor”. (A 84r,84v).

El Amor transforma a Teresa en intercesora permanente: “¡Oh Dios mío!, vuestro amor me previno desde la infancia, creció conmigo, y ahora es un abismo cuya profundidad me es imposible medir. ¡Oh Jesús mío!, creo que no podéis colmar a un alma de más amor del que habéis colmado a la mía. Por eso, me atrevo a pedir que *améis a los que me disteis como me habéis amado a mí...* sin mérito alguno de mi parte” (C 35r).

“Busca el Reino de Dios; lo demás se te dará por añadidura”, dice Jesús. Déjate conquistar plenamente por el Dios de amor y misericordia. Lo que sigue te sorprenderá como, sorprende a la Iglesia entera lo que sucedió cuando Teresa se dejó conquistar por el Amor misericordioso.

Ya en agonía exclama: “No me arrepiento de haberme entregado al Amor... ¡Nunca hubiera creído fuese posible sufrir tanto! No puedo explicarme esto, a no ser por los deseos ardientes que he tenido de salvar almas. Pues bien, ¡adelante! Oh no quisiera sufrir menos. (Y mirando al crucifijo) ¡Oh, le amo! ¡Dios mío, os amo!” (CA 30.9). Su alma voló al cielo, desde continúa derramando una lluvia de rosas sobre la tierra.

12. SANTA FAUSTINA, SECRETARIA DE LA DIVINA MISERICORDIA

Santa Faustina, monja polaca de la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia, vivía en Vilnius, Lituania, cuando en 1931 comenzó a tener revelaciones de la Divina Misericordia, que las fue plasmando en su diario. Ante la pérdida de la fe del siglo XX, el cielo nos envía este mensaje de la Misericordia como fuente de esperanza y tabla de salvación para humanidad.

Jesús le pidió que se pintase una imagen según se mostraba en sus apariciones. La imagen debía llevar la invocación: *JESÚS, CONFÍO EN TI*. Se pintaron dos. La primera se venera en Vilnius, la segunda en Cracovia. Jesús le dijo: “Quiero que se veneren en el mundo entero. Los dos rayos que salen de mi Corazón significan la Sangre y el Agua que brotaron el

día de mi Sacrificio en la Cruz. La sangre evoca el sacrificio de la Cruz y el don Eucarístico, el agua no sólo recuerda el Bautismo, sino también el don del Espíritu Santo”.

“Por medio de esta imagen colmaré a las almas de muchas gracias. Prometo que el alma que venere ese cuadro, no se perderá. Prometo, ya aquí en la tierra, la victoria sobre los enemigos y, sobre todo, a la hora de la muerte yo mismo la defenderé como a mi Gloria”.

Misericordia es el amor divino que, en presencia de la miseria y de las necesidades humanas, se compadece y corre a remediarlas; y las remedia según la sabiduría divina; no siempre según las expectativas humanas. En el Sagrado Corazón de Jesús se nos revela de un modo humano y más cercano, la plenitud de la misericordia divina.

Faustina falleció en olor de santidad, el 5 de octubre de 1938, a los 33 años, de los cuales 13 fueron vividos en el convento. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de la Comunidad en Cracovia. En 1993 fue beatificada por el Papa Juan Pablo II en Roma el primer domingo después de Pascua, día revelado por Nuestro Señor a Sor Faustina como la Fiesta de la Misericordia. Y en el 2000 canonizada por Juan Pablo II en Roma, en el primer domingo después de Pascua, en la Fiesta de la Misericordia.

Tabla de salvación

La característica más llamativa de Jesús durante su evangelización era la misericordia; su corazón estaba siempre abierto a los pobres, los enfermos y los pecadores. A sus críticos les decía: “Id y aprender qué significa: *Misericordia quiero y no sacrificios*. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9,13).

A los sumos sacerdotes y ancianos de los Judíos advertía Jesús: “Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán en el reino de Dios antes que vosotros” (Mt 21,31). Los sacerdotes y jefes del antiguo Israel, como buenos legalistas, medían el grado de acercamiento a Dios y los méritos de cada uno según su fidelidad a la ley escrita y normas de buena conducta religiosa. Fidelidad a la ley escrita está bien; pero por encima de todo el discípulo de Cristo a de ser fiel a la ley del Espíritu, la ley del amor y de la misericordia. “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros” (Jn 13,15); y el amor fraterno necesita constantemente el apoyo de la misericordia.

El grave error de los antiguos sacerdotes y de los legalistas de todos los tiempos es que basan su confianza en su conducta ejemplar. Con sus muchas buenas obras se imaginan van adquiriendo grandes méritos no sólo para entrar en el reino de Dios, sino para asegurarse un puesto en *clase preferente*.

Los publicanos y las prostitutas se ven sin méritos y con muchos pecados. Mirando a su vida, no encuentran nada en qué apoyarse. Su propia miseria les obliga a mirar a Dios y refugiarse en su misericordia. Y esta nunca falla a los que aman la verdad y confían ciegamente en Dios.

En el mundo de hoy abundan los publicanos, personas para quienes lo más importante en la vida es el dinero; y no escasean las prostitutas, hombres y mujeres cuya vida ronda en torno al sexo. En este mundo el corazón siempre abierto de Jesús y su misericordia son, sin duda, para muchos humanos la última tabla de salvación.

Jesús dijo a santa Faustina: “Los mayores pecadores podrán convertirse en grandes santos si confían en mi Misericordia”. Y a todos nos dice Jesús “Bienaventurados los pobres de espíritu, de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3), es la primera de las bienaventuranzas, la base de todas las demás. La salvación sólo puede venir del Salvador. Y el Salvador nos salva por su misericordia. Acojamos con gratitud y confianza ciega la misericordia y la salvación que viene de Dios, por nuestra fe en Cristo Jesús. “Si tu confianza es grande, mi generosidad no tendrá límites”, dijo Jesús a Faustina (VI, 6).

Mensaje de la divina misericordia

“Mi Misericordia es más grande que todas las miserias de tu alma y las del mundo entero. Por tu alma bajé del Cielo a la tierra, me dejé clavar en la Cruz y permití que mi Sagrado Corazón fuera abierto por una lanza, para así poder abrir la Fuente de mi Misericordia” (V, 80). “Deseo derramar mi vida divina en las almas humanas y santificarlas, con tal de que quieran acoger mi gracia. Los más grandes pecadores llegarían a una gran santidad si confiaran en Mi Misericordia” (VI, 132).

“He abierto Mi Corazón como una Fuente viva de Misericordia. Que todas las almas tomen vida en ella. Que se acerquen con gran confianza a este mar de Misericordia. Los pecadores obtendrán la justificación y los justos serán fortalecidos en el bien. Al que haya depositado su confianza en mi Misericordia, en la hora de la muerte le colmaré el alma con Mi paz divina” (V, 114).

“Hija mía, di que soy el Amor y la Misericordia en persona” (III, 20). “A las almas que propaguen la devoción a mi Misericordia, las protegeré durante toda su vida” (III, 20).

“Cuando te acerques a la Confesión, sumérgete en mi Misericordia con gran confianza. Si tu confianza es grande, mi generosidad no tendrá límites” (VI, 6). “Cuando te acercas a la Confesión, a esa Fuente de mi Misericordia, siempre fluye sobre tu alma la Sangre y el Agua que brotó de mi Corazón y se ennoblece tu alma” (VI, 6).

Rosario de la Misericordia

Dijo Jesús a santa Faustina: “En esta hora (tres de la tarde) nada le será negado al alma que lo pida por los méritos de mi Pasión. Cuantas veces oigas el reloj dando las tres, sumérgete totalmente en mi misericordia, adorándola y glorificándola; suplica su omnipotencia para el mundo entero y especialmente para los pobres pecadores, ya que en ese momento se abrió de par en par para cada alma... en esa hora se estableció la gracia para el mundo entero: la misericordia triunfó sobre la justicia. En esa hora procura rezar el Vía Crucis, en cuanto te lo permitan los deberes; y si no puedes rezar el Vía Crucis, entra un momento en la capilla y adora en el Santísimo Sacramento a mi Corazón que está lleno de misericordia. Y si no puedes entrar en la capilla, sumérgete en oración allí donde estés, aunque sea por un brevísimo instante”

“Por medio de este Rosario obtendrás todo, si lo que pides está de acuerdo con mi Voluntad” (VI, 93) “Quien lo rece, alcanzará gran Misericordia en la hora de su muerte” (II, 129) “Cuando los pecadores empedernidos recen este Rosario, llenaré sus almas de paz, y será feliz la hora de su muerte” (V, 124)

El rosario se comienza con un PADRE NUESTRO, AVE MARIA y CREDO; luego sigue un rosario de cinco decenas. Cada decena se comienza diciendo:

Así se implora a Dios Padre, 10 veces:

“POR SU DOLORASA PASIÓN, TEN MISERICORDIA DE NOSOTROS Y DEL MUNDO ENTERO”

Al final de las 5 decenas, repite tres veces:

“SANTO DIOS, SANTO FUERTE, SANTO INMORTAL, TEN MISERICORDIA DE NOSOTROS Y DEL MUNDO ENTERO”

Se puede terminar rezando la *SALVE*

“La Fiesta de la Misericordia ha salido de Mis entrañas, deseo que se celebre solemnemente el primer domingo después de Pascua”; que “sea refugio y amparo para todas las almas y, especialmente, para los pobres pecadores. Ese día están abiertas las entrañas de Mi misericordia. Derramo todo un mar de gracias sobre las almas que se acercan al manantial de mi misericordia. El alma que se confiese y reciba la Santa Comunión obtendrá el perdón total

de las culpas y de las penas. ... Que ningún alma tema acercarse a Mí, aunque sus pecados sean como escarlata” (IV,138)

Un modo de vida

Más que una mera devoción, la Divina Misericordia ha de ser un modo de vida. El Maestro nos enseña a vivir constantemente a la luz de su misericordia infinita. En primer lugar acogiendo en fe y sin reservas el amor totalmente gratuito y la misericordia sin fin, que Dios gozosamente nos brinda a través del Corazón de Jesús abrasado de amor. Cuando uno experimenta así la misericordia divina, esa experiencia le reta y le mueve a ser misericordioso con todos. Uno aprende a mirar a los demás con los ojos de Jesús; de ese modo puede expresar en la misma mirada los sentimientos de un corazón misericordioso

Decía Jesús a santa Faustina: “Te doy tres formas de ejercer misericordia al prójimo: la primera, la acción; la segunda, la palabra; la tercera, la oración. En estas tres formas está contenida la plenitud de la misericordia y es el testimonio irrefutable de amor hacia Mí” (II, 162).

La verdadera misericordia es manifestación de un “amor que es paciente y es benigno; que no tiene envidia ni presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita, ni lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. De un amor que todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Un amor que no pasa nunca” (1 Co 13, 4-8).

La misericordia pone su tienda en un corazón capaz de acoger, de comprender, de llorar y alegrarse con el otro. Ante la humanidad hambrienta de cariño, de aceptación, de amor, el Señor nos mira y nos dice a sus amigos: “Dadles vosotros de comer” (Mc 6, 37). Y como antaño él puso los panes y peces bendecidos en manos de los discípulos, para repartirlos al pueblo hambriento, hoy nos regala su mismo corazón con todos sus tesoros de amor y misericordia para ir repartiéndolos en el mundo hambriento, a través de nuestras acciones, palabras y oraciones.

Jesús quiere dar a esas muchedumbres sin pastor (empezando por los de nuestra casa) el auténtico Pan de Vida que les ayude a recorrer con gozo y en nuestra compañía el camino hacia la casa del Padre. Con María podemos preguntar: “¿cómo será esto?” (Lc 1, 34). Ella era Inmaculada, nosotros somos débiles y pecadores. ¿Cómo podremos amar así? Pidiendo a Jesús nos preste su Corazón misericordioso. Necesitamos un trasplante de corazón. El Cirujano del cielo, el Espíritu Santo, lo realiza siempre que nos sometemos totalmente a su acción.

Jesús, en ti confío

Esencial para acoger el Corazón de Jesús es entregarle a él el nuestro. Esencial para poder transmitir a otros la misericordia divina, es tener confianza plena en Jesús. Y esencial para ello, mantener la mirada fija en Jesús, sin desviarla a nuestro propio yo. Los demás podrán confiar en nosotros, en la medida en que nosotros confiamos en Jesús. Viviendo real y plenamente la confianza en la misericordia divina, nos convertimos en canales de esa misericordia para muchos. Jesús pone en nuestras manos el arma más poderosa para transformar el mundo actual y encarrilarlo hacia Dios.

Repite con frecuencia: ¡Jesús, confío en ti! Confío en que me convertirás en imagen tuya ante el mundo en que me muevo; confío en que me utilizarás como canal de tu amor y misericordia, confío me harás un buen padre, una buena madre, un buen hijo, un buen hermano, un religioso fiel...; confío que me ya no seré yo, sino tú el que viva, actúe y se manifieste en mí (Gal 2, 20).

Dios, Padre misericordioso,
que has revelado tu amor en tu Hijo Jesucristo
y lo has derramado sobre nosotros

en el Espíritu Santo Consolador,
 te confiamos hoy el destino del mundo y de todo hombre.
 Inclínate hacia nosotros, pecadores;
 sana nuestra debilidad; derrota todo mal;
 haz que todos los habitantes
 de la tierra experimenten Tu misericordia,
 para que en Ti, Dios uno y trino,
 encuentren siempre la fuente de la esperanza.
 Padre eterno, por la dolorosa pasión y resurrección de tu Hijo,
 ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Amén.

(Juan Pablo II)

13. LA MISERICORDIA SE RÍE DEL JUICIO

Cuando hace unos setenta años yo daba mis primeros pasos por el monasterio, se oían con frecuencia sentencias como: “Mira que te mira Dios; mira que te está mirando. Un día él te pedirá cuentas de todos tus pensamientos, palabras y obras”. Por entonces enfermó un religioso mayor, cuya vida había sido muy humilde y oscura. Al acercarse la muerte se le veía con una gran paz y con cara de fiesta. Un compañero le pregunto: “Pronto vas a comparecer ante el Juez supremo, ¿cómo no sientes miedo? Respondió el moribundo: “Jesús dijo: *no juzguéis y no seréis juzgados*. Yo nunca he juzgado a nadie. Cuando muera Jesús me acompañará ante el Juez supremo”.

Bien lo expresa el Apóstol Santiago: “La misericordia se ríe del juicio: triunfa sobre el juicio” (St 2,13). Quien ante las miserias ajenas no juzga, sino que mira con ojos de comprensión y misericordia, no critica, sino que perdona y bendice, no puede temer el juicio divino, porque para él no hay juicio. El gran Apóstol Pablo pregunta: “¿Quién acusará a los hijos de Dios? Dios es el que absuelve. ¿Quién será el que condene? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió, más aún, el que resucitó y está a la diestra de Dios e intercede por nosotros?” (Rm 8,33s).

Dios siempre va por delante

El gran místico san Juan Evangelista testifica: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado y ha enviado a su Hijo como víctima expiatoria por nuestros pecados. Nosotros amamos porque él nos amó primero” (1 Jn 4,10.19). Sólo los que han experimentado el amor puro y desinteresado de Dios, son capaces de amar a todo el mundo con un amor puro y desinteresado, “el amor que el Espíritu santo derrama en nuestros corazones” (Rm 5,5). Solo los que han aprendido a acoger el perdón incondicional de Dios, saben perdonar a otros incondicionalmente. Solo los que van acogiendo cada día la inmensa misericordia de Dios, pueden ser misericordiosos con el prójimo todos los días.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7), dice Jesús. Y podemos añadir: “Bienaventurados los que en su profunda miseria humana y repetidas caídas han sabido acoger en fe, con gratitud y sin reservas la inmensa misericordia de Dios, porque ellos serán misericordiosos con todos sus semejantes. Acaso nada nos acerca y asimila tanto a Dios como la misericordia que mostramos a otros, especialmente los más necesitados.

Misericordia es algo profundo, íntimo, entrañable, divino. Al ver la indigencia del prójimo se experimenta como un impulso para aliviarla. Y se expresa en *obras espirituales y materiales de misericordia*. Siempre va acompañada de otras virtudes, como comprensión,

ausencia de juicios, apertura de mente, tolerancia, benignidad, mansedumbre, paciencia, humildad, y sobre todo de amor auténtico y de perdón.

Entre las obras de misericordia más urgentes en nuestra sociedad se pueden contar: el aceptar a cada uno como es, tolerando sus defectos, y ayudándole a corregirlos; el escuchar con atención a ciertas personas, que necesitan desahogarse; el compartir la visión interna y luces personales del alma con personas afines, a fin de animarse mutuamente en el seguimiento de Jesús.

Misericordia, suma de virtudes

Santo Tomás escribe: “La misericordia es la suma de todas las virtudes: la que hace al hombre más semejante a Dios, el Padre misericordioso” (ST 2-2, 30, 4). En nuestro mundo tan lleno de conflictos, un modo muy urgente de practicar esta virtud es la intercesión universal. Quien intercede con entrañas de misericordia, ha encontrado su morada en el seno materno de Dios; y puede introducir en esa morada a cuantos acoge en su corazón y eleva en su oración. Jesús dijo a Santa Faustina: “Reúne a todos los pecadores del mundo (en tu corazón) y sumérgelos en el abismo de mi misericordia. Mi deseo es darme a las almas”. Y el Talmud hebreo: “Quien salva una sola vida, es como si hubiera salvado a todo el mundo; quien destruye una sola vida, es como si hubiera destruido a todo el mundo”.

San Pablo nos exhorta: “Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de misericordia entrañable, de bondad, humildad, mansedumbre y paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros cuando alguno tiene queja contra otro. Como Cristo os perdonó, haced vosotros lo mismo” (Col 3:12-13).

Intercesión universal

A sus discípulos de hoy Jesús nos urge: “La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9,38) ¡La salvación del mundo depende de nuestra intercesión! ¿Qué mayor obra de misericordia o más urgente?

Santa Teresita escribe: “¡Qué misterio! ¿No es Jesús omnipotente? ¿Por qué, pues, dice: Pedid al dueño de la mies? ¡Ah! Es que Jesús siente por nosotros un amor tan incomprensible, que quiere que tengamos parte con él en la salvación de las almas. El Creador del universo espera la oración de una pobrecita alma para salvar a las demás almas, redimidas, como ella, al precio de toda su sangre. He aquí las palabras de Jesús: *Levantad los ojos y ved...* Ved cómo en mi cielo hay sitios vacíos; os toca a vosotros llenarlos. Vosotros sois mi Moisés orante en la montaña. ¡No espero más que una oración, un suspiro de vuestro corazón” (Ca 135).

De nuevo Teresita: “Un sabio dijo: *Dadme una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo*. Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios, lo lograron los santos en toda su plenitud. El Todopoderoso les dio un *punto de apoyo*: ¡El mismo! ¡El solo! Y una *palanca*: la oración que quema con fuego de amor. Y así *levantaron el mundo*. Y así lo siguen levantando los santos que aún militan en la tierra, y así lo levantarán, hasta el fin del mundo, los santos que vengán” (Ms C 33v-36v).

La alabanza y la intercesión son dos alas para volar hacia Dios, no en solitario sino llevando a muchos en el vuelo. Si falta una de las dos, no es posible volar.

Águilas entre gallinas

Jesús transmite sus grandes enseñanzas en parábolas. La parábola o la imagen es el lenguaje del misterio. Para captar su sentido hay que meditar en el corazón a la luz del Espíritu Santo, como lo hacía María. Una de las más ricas en contenido es la parábola del Buen Samaritano. Esta parábola es ante todo un fiel reflejo de la vida de Cristo Jesús, el *Buen Samaritano de la humanidad*.

Como ayuda para captar el sentido de esta gran parábola, me permito sugerir otra parábola. El reino de los cielos se parece a dos águilas, que habían nacido y crecido entre gallinas. Un campesino encontró dos huevos de águila en la montaña y los puso a encubar con su clueca. Al nacer los polluelos mamá clueca los condujo al campo y les enseñó a escarbar en el suelo en busca de semillitas y bichitos. Pronto las águilas, con sus excelentes herramientas, se convirtieron en campeonas del deporte de escarbar. A veces, miraban al cielo y contemplaban el vuelo majestuoso de unas aves. Su alma de águila les hacía pensar: “¡Qué maravilloso volar así!” Pero su educación de gallina les hacía reaccionar rápidamente: “Eso es muy arriesgado. ¿Y ahí arriba qué habrá para comer?” Así pasaban los días: mirando a veces al cielo, pero volviendo siempre a escarbar en el suelo.

Una noche una de las águilas tuvo un sueño profético: soñó que volaba en las alturas, y su alma de águila se despertó. Al salir al campo por la mañana escaló la tapia, y venciendo su miedo a lo desconocido, extendió sus alas y se lanzó al vacío. Fue un vuelo corto y torpe; pero voló. Lo intentó de nuevo y de nuevo, y al fin, se encontró en las alturas, volando majestuosamente en compañía de sus verdaderas hermanas. En esta águila valiente triunfó su programación innata, su alma de águila. En la otra más conservadora predominó su educación de gallina y envejeció escarbando en el suelo.

Programados dos veces

Algo así sucede a los seres humanos, incluidos los creyentes y orantes; estamos programados dos veces. Al ser creados a imagen y semejanza de Dios, en nuestra esencia profunda hemos quedado programados según Dios. Dios es amor (1Jn 4,8). Como el águila está programada para volar, los humanos estamos diseñados y programados para amar. Solo así descubrimos nuestra verdadera identidad, crecemos, nos realizamos felizmente y volamos hacia nuestro destino final: el cielo donde sólo se respira amor. Ante la miseria ajena, el amor se manifiesta como compasión o misericordia. Esta programación está grabada en lo profundo de todo ser humano, en su misma esencia, más allá de los sentidos y más allá de la mente. La consciencia despierta la percibe.

¿Qué sucede cuando aterrizamos en este mundo? Nos encontramos en una familia concreta, con una posición social, cultura, nacionalidad, religión concretas. Entonces, según esas circunstancias, según las expectativas de la sociedad en que vivimos nos vamos programando de nuevo. Esta programación ambiental se da a nivel de la mente consciente y subconsciente. No destruye la programación original, pero la puede ocultar. Lo cual disminuye nuestra libertad de hijos de Dios, complica la vida, y nos deja expuestos a las numerosas tretas del ego.

Personas que hemos crecido en un ambiente religioso estamos programadas para actuar según ciertas creencias y normas que nos han inculcado. Solo el Espíritu de Dios nos puede conducir a la verdadera libertad de los hijos de Dios (2 Co 3,17). Para los que se han educado en un ambiente legalista nada más importante que fidelidad literal a las creencias y normas tradicionales. Estas personas están programadas para pensar, rezar y actuar como siempre. Desviarse de ese camino genera ansiedad, miedo y escrúpulos, o culpabilidad. En realidad no pocos creyentes se pasan la vida escarbando en la propia miseria, incapaces de remontar el vuelo hacia las alturas de la misericordia divina.

Jesús no vino a derogar la ley de Moisés sino a perfeccionarla (Mt 5,17). ¿Cómo la perfecciona? Impregnándola de misericordia divina. “Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial” (Mt 5,44s). “Sed, pues misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso (Lc 6,36). “Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros, como yo os he amado” (Jn 13,34).

El buen Samaritano

Un doctor de la ley pregunta a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?”. Jesús responde con una parábola magistral. “Un hombre viajando entre Jerusalén y Jericó cayó entre ladrones, que lo dejaron medio muerto”. No se nos dice su nombre, nacionalidad, ni religión...; se trata de un ser humano necesitado urgentemente de ayuda. “Un sacerdote bajaba por aquel camino; al verlo dio un rodeo y pasó de largo”. “*Bajaba*” significa que había subido días antes. Los sacerdotes y levitas residían en cualquier lugar del país y periódicamente, según su turno, debían subir a Jerusalén para officiar unos días en el templo. Este santo varón acaba de salir del templo de Dios; se encuentra recién purificado y seguramente se siente muy lleno de Dios. ¿Por qué da el rodeo y pasa de largo? Porque así se lo dicta su conciencia recta y hasta escrupulosa. La ley de Moisés le dice: *Si tocas sangre pierdes tu pureza*. Por amor a la ley se molesta en salir del camino, evitando todo riesgo de pisar sangre inadvertidamente. El levita hará lo mismo, por la misma razón.

Ambos *profesionales del culto*, debido a su *buena formación religiosa*, como tantos otros legalistas de todos los tiempos, están religiosamente programados hasta el punto de quedar ciegos a la programación original, a la ley del amor impresa en la esencia de todo ser humano creado a imagen de Dios.

Luego llega un Samaritano, un pobre hombre que nunca pisa el templo y no sabe de leyes religiosas. El Samaritano, “movido a compasión”, se involucra a fondo y salva al hombre necesitado. Compasión es la respuesta que dicta la ley del amor ante el sufrimiento o la desgracia ajena. Esta es la ley que Dios ha grabado en la esencia misma de todo ser humano. Esta es “la ley perfecta, la de la libertad” (St 1,25), pues libera a uno de la esclavitud a la ley escrita y del dominio del ego. Esta es “la ley regia de la escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (St 2,8)h.

Dios te espera en el prójimo

En la parábola, los profesionales del culto actuaron correcta y escrupulosamente según las normas establecidas del culto, bien grabadas en su mente. Pero fueron insensibles a la ley de Dios escrita en su interior. El samaritano, ignorante de normas religiosas, actuó según la ley de Dios escrita en su corazón, *movido a compasión*.

El modelo a imitar, nos dice Jesús, no es el personaje más religioso y observante de normas sagradas, sino el más misericordioso. A Dios no parece preocuparle mucho la grandiosidad del culto religioso, la observancia de normas litúrgicas y morales; lo que le interesa es que sus hijos se vean como hermanos, sean comprensivos y compasivos unos con otros, como lo es él con todos; que aprendan a perdonar y a bendecir sin fin, como él nos perdona y bendice, sin jamás cansarse.

En perfecta consonancia con esta parábola, Gandhi dijo: “El que encuentra a Dios en el prójimo no necesita buscar más”. Al sacerdote y al levita hay que felicitarles porque han encontrado a Dios en el templo. Pero con eso no les basta. Han de seguir buscando a Dios hasta encontrarlo en el ser humano necesitado. El Samaritano no ha encontrado a Dios en el templo; pero lo ha encontrado en el prójimo necesitado. A él y a tantos como él, algún día Cristo les dirá: “Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve enfermo y me visitasteis, en extrema necesidad y me socorristeis” (Mt 25,34ss).

14. MISERICORDIA ES COMPENSIÓN Y PERDÓN

Una maestra explicaba a los niños: “Dentro de mí se pelean cada día un ángel y un demonio. ¿Quién saldrá vencedor?” – “El que yo alimento mejor”. Dentro de mí y dentro de todo ser humano se pelean cada día dos yos. Un yo auténtico y eterno creado por Dios a su imagen y semejanza; y un yo falso, temporal fabricado por mi mente, el ego. El ego se alimenta del halago y el aplauso del mundo, del engaño y la mentita. El yo auténtico creado por Dios es maravilloso, está habitado y guiado por el Espíritu Santo. Se alimenta de la verdad, de la palabra de Dios, de los sacramentos, del amor de Dios, que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones (Rm 5.5). Y mientras vivimos en este mundo nada ayuda tanto al crecimiento sano y robusto del yo auténtico como el verse envuelto en la misericordia infinita de Dios, y la práctica de la misericordia sincera con todas las personas en su entorno.

San Pablo nos avisa: “No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con que él os ha sellado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados, insultos. Sed comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo” (Ef 4,30ss). Somos templo del Espíritu Santo (1Co 3,16). El Espíritu se entristece cuando destruimos o perjudicamos la salud y belleza de este templo. Nada más destructivo que el resentimiento, la amargura, la ira, los insultos...

La Biblia nos dice: “Dios tomó barro y formó al hombre” (Gn 2,6). Las cosas de barro son frágiles; hay que tratarlas con cuidado; si se rozan, se hacen daño y se pueden agrietar o romper... No es posible vivir por mucho tiempo en familia o en comunidad sin fricciones. Para vivir y crecer, para ser feliz y hacer a todos felices en ese ambiente hace falta mucha comprensión, tolerancia, perdón, y sobre todo mucha misericordia.

Pasar por la vida perdonando y bendiciendo

Preguntaba alguien a Dios: “Señor, tú que nunca duermes ¿qué haces todo el tiempo? ¿No te aburres?” Respondía Dios: “Que qué hago todo el tiempo? Perdonar y bendecir, bendecir y perdonar, sin tiempo para aburrirme”. Si quieres liberarte de amargura, de autocompasión y resentimiento; si quieres gozar de buena salud integral; si quieres ayudar a otros a ser libres y felices; si quieres eliminar manchas y arrugas y de la Iglesia; si quieres aliviar las cargas del mundo, esta es la receta: *¡¡¡Pasa por la vida perdonando y bendiciendo!!!*

Lo recomendaba hace ya dos mil años el Divino Maestro: “Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen; orad por los que os calumnian... Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,27s.36). ¿Qué distinta sería la suerte de la Iglesia, si todo el empeño que hemos puesto a lo largo de los siglos en salvaguardar dogmas y doctrinas y en observar ritos y ceremonias litúrgicas, se hubiese centrado en amar, perdonar, bendecir y mostrar la inmensa misericordia del Padre.

Gandhi no tenía un doctorado en Teología, pero estudió el Evangelio a fondo y lo meditó en el corazón; y Gandhi llegó a decir: “Si los cristianos viviesen el Evangelio, todo el mundo sería cristiano”. El Evangelio anuncia la presencia del reino de los cielos en la tierra. Nuestro ideal es reproducir en la tierra lo que los bienaventurados viven en el cielo. Formar una familia de hermanas y hermanos con un mismo Padre, que nos ama con amor infinito, y nos acoge a los pecadores con entrañas de misericordia; una familia en la que cada uno mira los demás con los ojos de amor y de misericordia, más aún, con ojos de admiración y de gratitud, porque en cada uno ve un precioso regalo del Padre.

Perdonarme a mí mismo

¿A quién perdonar? En primer lugar, debo perdonar a quien tengo más cerca y a quien acaso he hecho más daño: a mí mismo. Debo perdonarme y pedir perdón a Dios por haber errado mi identidad. En vez de reconocer y honrar la santa imagen de Dios en mí, he honrado y defendido una imagen ficticia fabricada por mi propia mente, a la que siempre he llamado “Yo”.

Eso lo he hecho incluso antes de recibir la sagrada comunión, diciendo: *Señor, yo no soy digno...* Evidentemente el yo creado por Dios no lo puede decir, pues sabe que Dios no ha creado nada indigno de sí. Quien habla de ese modo no es otro que el yo fantasma, producto de mi mente. Cada vez que lo digo conscientemente, reafirmo mi identidad con mi ego y lo fortalezco. ¿Nos extraña que el egoísmo abunde también en personas de comunión frecuente? Se citan palabras del Centurión Romano a quien Jesús admira, es verdad; pero lo que Jesús admira es su fe viva, no su sentido de indignidad; por lo demás, muy comprensible, pues el Centurión conocía muy bien que un judío no podía entrar en casa de un pagano, sin contaminarse.

Tengo que perdonarme por no haberme aceptado como yo soy, y por haber fingido ser lo que no soy. Tengo que perdonarme por haberme escondido de Dios, cuando palpo mi miseria, en vez de correr a sus brazos, como un niño cuando se cae en el lodo. Eso lo he hecho cuantas veces me he sentido y confesado culpable, ignorando la sentencia del mismo Dios: “¿Quién podrá acusar a los hijos de Dios? Dios es el que absuelve. ¿Quién los condenará? ¿Acaso Cristo, el que murió y resucitó, y está ahora a la diestra de Dios para interceder por nosotros?” (Rm 8,33s). Culpabilidad y autorechazo son dos plagas muy dañinas, que abundan en nuestra sociedad, incluso en la santa Iglesia. El perdonarse es esencial para sanarse y liberarse de ellas.

Y al prójimo como a mí mismo

Si no he aprendido a ser misericordioso conmigo mismo, y a perdonarme setenta veces siete, no es sorprendente que me cueste perdonar a otros “sin llevar cuentas del mal”, como dicta la caridad (1 Co 13,5). Nos recuerda el Apóstol: “Perdonaos si alguno tiene queja contra otro...” (Col 3,12-14). Cada queja, aunque sea sólo interna, crea una pequeña tensión en tu interior. Cuando se acumulan las pequeñas quejas, crecen las tensiones internas y pueden producir un malestar grave y un grave perjuicio a la salud. ¿Remedio? Siempre que tienes una queja, apresúrate a perdonar y a bendecir al causante.

Perdonar no es dar la razón a quien no la tiene; perdonar no es renunciar ni a la propia dignidad, ni a los derechos, que uno tiene. Perdonar es una actitud interna: es en primer lugar proteger la mente de pensamientos negativos y de juicios condenatorios. Nuestra primera responsabilidad es mantener la mente limpia. De ese modo se protege el templo de Dios, que es nuestro corazón, para que no aniden en él sentimientos negativos como resentimiento, autocompasión, o revanchismo. Estas son armas del ego, que hieren y debilitan a quienes las utilizan.

Si escuchamos la voz del Espíritu, ante la conducta irresponsable o ante las injurias de otros, el Espíritu nos dice: *¡Pon tus ojos en Jesús! Cuando los suyos le rechazaban y le estaban clavando a una cruz, él respondía: Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen.* Jesús no sólo perdona; declara libres de culpabilidad moral a los que le crucificaban. De ese modo Jesús pone en práctica lo que él mismo había inculcado en el Sermón de la Montaña: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian” (Lc 6, 27).

La persona que te hace daño, aunque tú creas que lo hace libre y conscientemente, es un inconsciente, *no sabe lo que hace*. ¡Y tampoco es libre! Piensa, siente y actúa según está programada; o no piensa y actúa en un momento de enfado, de ira, de pasión. En todo caso, es una pobre persona dominada por su ego, digna de compasión. Con tu perdón y bendición podrás ayudarle a superar su ego y mejorar su conducta.

Ampliando el campo de la misericordia

San Pablo recomienda “orar por los gobernantes a fin de que podamos disfrutar de una vida pacífica y tranquila con toda piedad y honestidad” (1 Tm 2,1ss). Tenemos que perdonar a los gobernantes por sus errores, abusos de poder, arrogancia... y orar para que Dios les ilumine con su Espíritu en todas sus decisiones.

Es preciso perdonar a nuestra sociedad por la discriminación, racismo, terrorismo, desigualdad de oportunidades... y otros abusos sociales. Así mismo debemos perdonar a los medios de comunicación por sus mentiras, calumnias, porno... y someterlos al señorío de Jesús, que es el camino, la verdad y la vida.

Perdonar a los ricos por apropiarse de los bienes que son de todos. Jesús recomienda: “*Hacedos amigos con el dinero injusto*” (Lc 16,9). *Dinero injusto* es lo que abunda en nuestra sociedad: los millones que unos pocos acumulan para satisfacer su insaciable codicia, dejando a millones en la miseria. Al perdonar y bendecir a los culpables, estos se irán abriendo al perdón y la misericordia de Dios; esencial para que puedan enmendar su vida.

Y hemos de perdonar a la Iglesia oficial por desviarse del Evangelio. Cristo vino a rescatar a los que estaban bajo la ley (Ga 4,4ss). Tenemos que perdonar a la Iglesia por la carga de normas eclesiales, que disminuyen la libertad de los hijos de Dios, y que oscurecen el evangelio de Jesús y la ley del amor. Jesús dice a los enviados a evangelizar: “No llevéis bolsa ni alforja” (Lc 10,2). Si miramos bien a las grandiosas catedrales heredadas del pasado, ¿no se están convirtiendo hoy en ricas alforjas? Jesús envió a unas mujeres como los primeros testigos de su resurrección. Es preciso perdonar a la Iglesia por arrinconar a las mujeres durante muchos siglos. Al perdonar y bendecir a la Iglesia, esta se va abriendo a la verdad, al amor y la misericordia de Dios, para luego derramarlas sobre nosotros.

Al mismo tiempo hemos de dar gracias infinitas a Dios por la dignidad y belleza inmensa de la Iglesia (Ef 5,25-27). Contemplarla amada del Padre, purificada en la sangre de Cristo, renovada por el Espíritu Santo (Ap 21,2s). Y agradecer a Dios por los sacramentos y otros beneficios que recibimos por medio de la Iglesia.

Nuestra salvación vinculada a la del hermano

El amor y el perdón de Dios siempre van por delante, y son gratuitos. Pero un corazón que reusa el perdón al hermano, está cerrado al amor y al perdón de Dios. Al no perdonar al hermano, uno se incapacita para acoger el perdón de Dios.

Por designio de Dios, nuestra salvación está vinculada a la del hermano. Guardar rencor significa echar un cerrojo al corazón de modo que uno se incapacita para aceptar el perdón, la misericordia y la salvación de Dios. Dios no ve enemigos, ni extraños, sino hijos descarriados, pero siempre hijos amados, redimidos por él. Si miramos con los ojos de Dios, no veremos enemigos personales, sino hermanos descarriados, pero amados de Dios y redimidos por la sangre de su Hijo. De ese modo aprenderemos a mirarles con ojos de misericordia.

Por creación somos ya semejantes a Dios, pero todavía distamos años luz de su generosidad infinita y de su inmensa belleza. La mayor recompensa del que siempre perdona y bendice es que de ese modo se hace más semejante al Padre del cielo (Mt 5,45). Y este es el propósito de nuestro paso por la tierra: ser como Dios. “Ahora somos hijos... cuando se manifieste, seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es” (1Jn 3,2ss. Le veremos en cada uno de nosotros transformados en él.

También nosotros hemos ofendido y herido a ciertas personas, con o sin intención. Visualiza a esas personas vivas o difuntas, dialoga en tu corazón y pide perdón. En caso que todavía viven, pregunta a Jesús si debes hacer algo más, como acercarte, o escribir dando explicaciones. Si ya han pasado a la otra vida, dialoga con ellos en espíritu y ofrecer una misa.

¿Cuántas veces?

“¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano? ¿Hasta siete veces? Jesús respondió: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18,21s). “El amor no lleva cuentas del mal” (1 Co 13,5). Sencillamente perdona y olvida, como lo hace Dios. Quien perdona y olvida, siempre perdona por primera vez; lo cual es mucho más fácil que perdonar por quinta vez.

El perdón abre las puertas de nuestro corazón a las cosas más bellas que vienen de Dios: amor, misericordia, paz, belleza, felicidad, gratitud, unidad... Son las cosas que realmente tienen importancia en la vida, porque son eternas. “María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón” (Lc 2,19). Meditándolas en nuestro corazón, las cosas más bellas se van haciendo parte de nosotros, para compartirlas con otros.

“Tenemos ante el Padre un defensor, Jesucristo el justo. El se ofrece en expiación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero” (1Jn 2,1s). En atención a Cristo, Dios ofrece su perdón a todos sin que lo merezcamos, incluso sin que lo pidamos. Hoy son muchos los que no lo piden y viven amargados, sintiéndose alejados de Dios y de otros. Como intercesores, pidamos nosotros perdón, y acojámoslo de su parte con fe y acción de gracias.

Al interceder así es bueno visualizar un mundo perdonado, arropado y bañado en el amor de Dios; y dar las más sinceras gracias a Dios por su misericordia y amor (Jn 3,16s).

Tanto al perdonar a otros ante el Señor, como al interceder por otros, es bueno expresar de algún modo el perdón. Al expresarlo ante el Señor se le entrega a él toda la carga negativa acumulada acaso por años y generaciones. Al mismo tiempo se pide al Señor nos dé su visión de la vida y de las personas, así como sus sentimientos de comprensión y misericordia hacia ellos.

15. MISERICORDIA CAMINO DE SANACIÓN Y LIBERACIÓN

Jesús es la encarnación de la misericordia de Dios, presente y activa en este mundo. Jesús sana a los enfermos, libera a los afligidos por el demonio, perdona a los pecadores, ofrece la salvación de Dios a todos. Todo eso lo hace movido a compasión. Sus palabras, gestos y acciones reflejan la misericordia del Padre, que lo envió.

Abriendo la puerta a la misericordia

Hace muchos años se me acercó una madre muy preocupada por la conducta aberrante de su hija adolescente. Conforme explicaba la situación familiar, me pareció detectar una buena dosis de resentimiento en el corazón de la madre hacia su hija rebelde. Cuando terminó le invité a pasar a la capilla del convento, y ante el Santísimo a perdonar de corazón y bendecir a su hija. Así lo hizo durante un buen rato; luego oramos para que Jesús se hiciese el encontradizo con la muchacha.

Ese mismo día por la tarde vino a verme una joven desorientada. “No sé porqué vengo. Odio la vida, odio a mis padres, odio a Dios porque me ha creado. Ayer intenté suicidarme, pero mi intento fracasó, no sé por qué. Esta mañana salí de casa con intención de acabar con mi vida, pero algo me ha empujado a venir aquí, no sé por qué”. Mientras la escuchaba, traté de darle una visión más positiva de la vida. Luego comencé orando por ella, para concluir orando con ella. La joven acabó alabando a Dios por la vida, por sus padres, y dando gracias a Dios por su misericordiosa providencia. Antes de partir prometió que en adelante participaría en un grupo de renovación carismática. Ese día comenzó para madre e hija una nueva etapa llena de gracia. Ambas solían venir juntas al grupo de oración.

Para mí esa experiencia fue una lección muy valiosa. Me hizo ver cómo el resentimiento y la falta de perdón atan las manos de Dios y cierran la puerta a la gracia y la misericordia que él nos ofrece y que tanto necesitamos. También me hizo ver cómo el perdón sincero abre la puerta a la misericordia divina, y desata las manos de Dios para bendecir, sanar y liberar. El perdón es camino de sanación y de salvación para uno mismo y para otros. Ante todo, el perdón libera de la amargura que la ofensa había dejado en el corazón. Una vez libre de la amargura, viene la paz

y la herida se sana rápidamente. Es bueno tener presente lo sucedido y aprender de cara al futuro. Pero hay que interpretar lo sucedido a la luz de la misericordia divina, olvidar la ofensa y cerrar la puerta al resentimiento, y sobre todo al odio. “El amor no lleva cuentas del mal” (1Co 13,5).

Cuando el perdón va acompañado de comprensión y compasión, uno se siente impulsado a dar la absolución al ofensor. El que ofende o peca siempre es un inconsciente. Actúa así debido a programaciones genéticas o adquiridas, a engaños de la mente o a arrebatos de locura. “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Nada peor para la salud espiritual y física que quedar atrapado en un pasado desagradable, lamiendo heridas, creando autocompasión, desconfianza o rencor.

No basta olvidar el pasado. Es preciso subsanarlo con el perdón, la comprensión y misericordia. Con ese fin hay que revivir el pasado en compañía de Jesús, sabiendo que para Jesús el pasado está presente, y sabiendo que Jesús está deseoso de sanar el pasado y utilizarlo para mejorar el presente. A raíz de esa experiencia decidí presentar a Jesús mi vida pasada desde sus comienzos. Me presenté ante el Santísimo con unos folios y boli, pidiendo al Espíritu trajese a mi mente las personas a las que yo debía perdonar. A la luz del Espíritu escribí una larga lista de las personas más cercanas e importantes, comenzando por los primeros años de mi vida. Luego ante el Santísimo, y visualizando a cada una de esas personas, las fui perdonando y bendiciendo; así como también pidiendo su perdón y bendición. Perdonar y bendecir es abrir las puertas a la misericordia de Dios, deseosa de inundar toda nuestra vida pasada, presente y futura, así como la vida de todas las personas a quienes perdonamos y bendecimos en su nombre.

Invitación de Jesús

Muchas personas caminan por la vida bajo una pesada carga de pensamientos turbios y de sentimientos negativos. Las relaciones mutuas se han hecho tensas, o se han roto; la salud se resiente; la vida se desarrolla cubierta de nubarrones amenazadores. A veces el pasado pesa como una montaña, y no se encuentra solución humana.

Aquí el divino Maestro sale a nuestro encuentro, y lleno de misericordia nos invita: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas” (Mt 11,28s). Jesús no promete que las espinas del camino se convertirán en rosas. Lo que promete Jesús a quien acepta su *yugo* (sus enseñanzas) es que, en medio de las pruebas, gozará de una gran paz interior y descanso de alma. Junto con esa paz, el Maestro divino regala al discípulo una sabiduría superior. Gracias a ella el discípulo aprende en las pruebas algunas de las mejores lecciones: aprende a ser más comprensivo y compasivo con otros, especialmente con las personas más involucradas en su vida. De ese modo el discípulo se asemeja más al Maestro y modelo divino, y se va convirtiendo para muchos en canal de la misericordia divina.

La palabra de Dios nos asegura: “En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (Rm 8,26s). El discípulo amado, que en la Última Cena escuchó el latir del corazón de Jesús, escribe: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios no ha amado a nosotros” (1Jn 4,10). A la luz de esta afirmación, acaso habría que leer el texto anterior: “En todas las cosas interviene Dios para bien de los que él ama” (Rm 8,26s). En todo caso el texto es una invitación a leer todas las situaciones y acontecimientos de la vida a la luz del amor y de la misericordia divina. Esas situaciones dolorosas y conflictivas de la vida traen una invitación del cielo a pedir luz para detectar la fuente del malestar; y luego a buscar ayuda para rectificar el mal.

El primer sospechoso, el ego

El primer sospechoso del malestar es el propio ego, que a todos nos acompaña desde que entramos en este mundo, hasta que salimos de él. El ego es ciego. Y al que no ama la verdad, le

hace ciego. San Pablo lo llama “*el hombre viejo*” (Ef 4,22ss). Al ego o al hombre viejo no se le puede matar, porque no es más que un fantasma, producto de la propia mente.

Con el perdón de los lectores, que ya conocen mi libro “*Un nuevo amanecer*”, me permito recordar aquí la historia de Fry Genial, con quien estoy emparentado. Fry Genial era un fraile piadoso y trabajador de temperamento un tanto áspero y explosivo. Para que el hombre viejo no le molestase más, decidió enterrarlo para siempre. Cavó una fosa y lo enterró simbólicamente, mientras cantaba un responso. Sobre la tumba plantó una cruz con la inscripción: “*Aquí yace el hombre viejo, Fry Genial. RIP*”. Todas las tardes, terminado el trabajo, iba al cementerio y rezaba por el eterno descanso del hombre viejo. Pasado algún tiempo el hombre viejo comenzó a dar señales de vida, no en el cementerio, sino en Fry Genial. Un buen día tuvo un enfrentamiento con otro monje, donde salió a relucir su antiguo genio explosivo. Cuando a la tarde fue al cementerio a orar por el supuesto difunto, vio que algo había cambiado. Al pie de la cruz un ángel de cartón con una nota en alto anunciaba: “*¡No está aquí. Ha resucitado!*”.

Al ego no se le puede matar, pero se le puede debilitar y mantener a raya vigilando el subconsciente, donde él se mueve y controlando su dieta favorita, el protagonismo. El ego se esfuerza y hasta se desvive, por atraer la atención y admiración de otros. En muchos casos el ego mueve a una persona generosa a hacer cosas buenas y a servir a otros, con la intención inconsciente de llamar la atención, de atraer el aplauso y la gratitud de otros. En personas inseguras, que no han recibido antes el reconocimiento que esperaban, un ego ingenioso les puede llevar a hacerse indispensables, para de ese modo controlar a otros en su entorno. Eso les da una seguridad aparente.

Incluso al ego virtuoso le encanta colgarse la etiqueta de heroicidad. Un piadoso cofrade solía abstenerse de fumar durante toda la cuaresma; así lo hizo heroicamente por 45 años. Cuando murió, como todo buen cofrade, fue al cielo. San Pedro revisó su cartilla donde quedaban anotadas todas sus obras buenas. Al verla el cofrade protestó: “Santidad, aquí hay una omisión muy importante. No consta algo que me solía costar un esfuerzo heroico; durante 45 años aguanté sin fumar toda la cuaresma”. “Lo siento, pero aquí no consta”, dijo san Pedro. Un tanto sospechoso y molesto insistió el cofrade: “¿Podría ver la cartilla de mi esposa?”. “Cierto, en el cielo no hay secretos”. Y allí sí constaba y con letras grandes: “Durante 45 cuaresmas soportó heroicamente el mal humor y los nervios de su marido, que se abstenía de fumar”.

Limpieza de nuestro templo interior

En más de una ocasión, Jesús entró en el templo de Jerusalén y lo limpió de todo lo que era un obstáculo para llegar a Dios (Mc 11,15ss). “¿No sabéis que vosotros sois templos de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1Co 3,16).

¿???

El verdadero templo de Dios es el que el Espíritu de Dios ha consagrado en nuestro interior. Si no vigilamos y oramos, nuestro propio ego llenará este templo de pensamientos negativos y de estados de ánimo peligrosos, de quejas y frustraciones. A ello se sumarán las quejas, protestas y lamentos de otras personas en nuestro entorno. Y para colmo, los medios de comunicación nos bombardearán con todo tipo de noticias alarmantes.

Como resultado nuestro templo puede quedar inundado de energía negativa. Nada más dañino que permitir que esa energía anide en nuestra vida. La energía negativa engendra más energía negativa. Eso pone en riesgo nuestra felicidad y la de otros en nuestro entorno, nuestra salud espiritual y física, y nuestras metas en la vida.

Hoy Jesús está deseoso de entrar en nuestro templo interior para eliminar toda escoria de nuestra vida y todo rastro del ego. Pero antes de emprender esa tarea, Jesús necesita que le

desbloqueemos el camino con el perdón sincero extendido a todos los que nos hayan hecho daño. El perdón desbloquea el camino; desata las manos del divino Salvador para el milagro.

“Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”. Traduciendo al castellano actual podemos leer: Bienaventurados los que tienen la mente limpia de pensamientos negativos, condenatorios y vengativos, porque ellos verán con la Mente de Dios y verán a Dios en todas partes.

Sanación interior y del pasado

Con frecuencia la fuente del malestar presente se esconde en experiencias del pasado almacenadas en el subconsciente. Incluso en parte ha sido heredada de nuestros antepasados por canales genéticos o emocionales. En tal caso conviene comenzar con un *Baño de Luz*, invocando al Espíritu Santo para que ilumine nuestra mente consciente y subconsciente.

Al disponerte para el baño de luz, pide al Espíritu te haga consciente de tus verdaderos problemas emocionales y espirituales; de las circunstancias en que se produjeron, y de las personas involucradas. En el baño de luz visualiza a Jesús que te da su mano y te invita a caminar con él para revivir esas circunstancias pasadas y encontrarte con esas personas, que te han herido, o a las que tú has decepcionado. Observa cómo mira Jesús a esas personas: con gran comprensión y con profunda misericordia. Y cómo te mira a ti, y qué te dice o te pide. Contempla a esas personas perdonadas, arrojadas en la misericordia de Dios, y bendícelas de corazón. Luego, da gracias a Dios por la experiencia.,

En el baño de luz, al menos alguna vez, conviene orar por la *sanación del árbol genealógico*, presentando a Jesús cualidades negativas o taras heredadas de antepasados. También es conveniente ofrecer una misa por ellos.

Y más de una vez conviene orar por la *sanación de Recuerdos*, recorriendo con Jesús ese enorme almacén de experiencias pasadas, cuyo recuerdo queda grabado en el subconsciente. Como para Jesús el pasado está presente, no hay nada en nuestra vida pasada que él no lo pueda subsanar. De las ruinas de un pasado desastroso, él puede y quiere levantar un futuro glorioso. Sólo espera nuestra petición y cooperación.

En ciertos casos en el malestar pueden intervenir energías o fuerzas negativas extrañas de origen no humano. Se requiere discernimiento cuidadoso y *Oración de Liberación, o exorcismo privado*. Conviene usar sacramentales como agua bendita o aceite sacramental para protegerse.

Nuestra gran valía

Nuestro ego suele hacer todo tipo de payasadas para demostrar nuestra valía personal, cuando no nuestra superioridad sobre otros en el entorno. Es el modo más necio de perder el tiempo, puesto que Dios ya estableció nuestra incalculable valía al hacernos a su imagen y semejanza; y al rescatarnos, luego de la caída, “no con oro y plata, sino con la preciosa sangre de Cristo” (1P 1,18s). Nuestra valía como seres humanos redimidos es incuestionable, incalculable e indestructible.

Y aquí la increíble generosidad y misericordia de Dios ha abierto otro camino para nuestra perfecta sanación y liberación, y para nuestra glorificación final: Dios nos mira con infinito amor y misericordia, porque en cada uno de nosotros ve su propia imagen; en cada uno de nosotros contempla y quiere abrazar a su Hijo primogénito. “Dios nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,29). Y como el Hijo ha querido compartir todo con nosotros, “somos los primogénitos que están escritos en los cielos” (Hb 12,23).

El primer paso para mantener y mejorar la salud, o para recuperarla cuando se deteriora es pedir a Dios nos preste sus ojos para mirarnos como él nos mira, sin juicios ni condenas, con ojos de amor incondicional y misericordia sin límites. Segundo paso, dejar que nuestro verdadero yo creado por Dios, redimido por Cristo, habitado por el Espíritu, nuestro yo interno,

brille con la luz de la verdad, del amor y la misericordia. “Vosotros sois la luz del mundo. Brille de tan modo vuestra luz delante de los hombres que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo” (Mt 5,14ss). Sin duda, son las obras de misericordia, las que más gloria dan al Padre del cielo, porque son ellas las que mejor reflejan el Ser íntimo de nuestro Padre. Dios es Misericordia.

16. MISERICORDIA CAMINO DE SABIDURÍA Y DE UNICIDAD

Esta es la historia de una gotita de agua (puede llamarse Carmen, Juanita, Pedro o Juan). Caía limpia del cielo y aterrizó sobre una roca donde había polvo. Con el golpe perdió la conciencia de su propia identidad, algo que complicaría enormemente su estancia en la tierra. Al contacto con el polvo, perdió su pureza cristalina, algo que más tarde le acomplejaría enormemente. Pronto se dio cuenta de que estaba rodeada de una infinidad de gotitas como ella. A unas las veía más cercanas, a otras más lejanas; pero a todas las veía separadas, y a todas con polvo. Lo curioso es que el polvo en las vecinas le molestaba, y a veces hasta le irritaba, más que el suyo propio. Con todo trataba de ser tolerante y amable con las otras; incluso les prestaba ayuda cuando la necesitaban.

Con ser tan pequeña, sentía una sed inmensa de amor y felicidad. Esa sed le impulsaba a veces a prestar servicios a sus vecinas con la esperanza de ganarse su gratitud y cariño. Y a veces, al verse tan insignificante, trataba de atraer la atención de las vecinas actuando de modo llamativo, como diciendo: *Aquí estoy yo*.

La roca estaba muy cerca del mar. La gotita contemplaba el mar y lo veía inmenso, maravilloso, sin límites... A veces sentía una gran atracción, y de algún modo intuía: *Ese es mi destino*. Pero al verse tan pequeña y poco limpia se decía acomplejada: *No soy digna de entrar en el mar*. Por otra parte, en su interior sentía un gran temor: *Si entro en ese mar inmenso me voy a perder*. Y para colmo, con el tiempo la gotita se fue apegando cada vez más a la roca donde había aterrizado.

Hasta que un buen día sopló el viento con tal fuerza que la gotita, rompiendo todo apego a la roca fue lanzada al mar. ¡Y maravilla de maravillas! Al caer en el mar desapareció todo el polvo; se disiparon todos los miedos y complejos. ¡Y gran sorpresa! La pequeña gotita descubrió su inmensa grandeza; vio que era una con el océano inmenso y con innumerables gotitas que como ella se mueven en el mar.

Nuestro destino glorioso

Cuando la hermana muerte rompa todo apego terreno y nos lance al otro lado de esta existencia terrena, todos nos vamos a encontrar con esa sorpresa increíble. Nuestro destino es fusionarnos con Dios y con todos los que gozan de la gloria eterna de Dios, por haber acogido su amor y su misericordia, y haber respondido pasando por el mundo repartiendo amor y misericordia.

La verdadera sabiduría está en descubrir nuestro glorioso destino ya antes de la muerte, y vivirlo en fe, esperanza y con amor sincero. La verdadera sabiduría está en saber acoger en toda su grandeza el amor totalmente gratuito de Dios y su misericordia infinita, para pasar por la vida repartiendo amor y misericordia. Necesitamos una gran dosis de misericordia tanto para aceptarnos a nosotros mismo con humildad y gratitud, como para tratar con otros; ya que en

todos los seres humanos sobreabunda la miseria, en forma de pecado, egoísmo, negativismo, limitaciones y fallos sin fin.

Pero por encima de toda miseria, de limitaciones, fallos y errores está la dignidad inmensa de todo ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. “¿Qué es hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad” (S.8). Los que, guiados por la fe, penetran en meditación en lo profundo de su ser, y descubren que son “partícipes de la naturaleza divina (2P 1,4); y por tanto, partícipes de la belleza y de la santidad divina. Y saben que todo ello se lo deben a la generosidad y a la misericordia divina.

De esta nueva visión nace un sano autorrespeto y autoestima, con un profundo sentido de humildad y de gratitud al Padre Creador. En consecuencia uno goza de mejor salud espiritual y física, goza de paz y armonía interior; disfruta de la vida en cualquier situación; mantiene buenas relaciones con todos y desarrolla amistades que elevan a Dios.

Ciertamente uno está muy consciente de sus fallos y miserias, como de los fallos y miserias del prójimo. Pero uno aprende a mirarse a sí mismo y los demás arropados en la misericordia divina, infinitamente mayor que la miseria humana. En consecuencia uno aprende a vivir sin juicios ni prejuicios. Cuando se vive sin juicios, en realidad no existe la necesidad de perdonarse a sí mismo, ni de perdonar a otros. La necesidad de perdonar nace de haber juzgado las acciones propias o ajenas como malas, pero cuando no hay juicios, no hay nada que perdonar. El niño pequeñito incapaz de juzgar, no tiene nada que perdonar.

El mejor perdón es el de quien no tiene nada que perdonar. “Si no os convertís y hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3); ni gozaréis de muchas de sus bendiciones. En el vivir sin juicios está la sabiduría del pobre de espíritu. En el cielo no hay perdón porque no hay juicios; sólo se respira aceptación plena en amor incondicional. Es lo que pedimos en el Padrenuestro al decir: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”.

Un abismo llama a otro abismo

Cierto, mientras peregrinamos en la tierra, no faltarán cosas que rectificar. Por eso es tan importante aprender a mirarse a uno mismo y a otros con los ojos de Dios, sin juicios condenatorios, con comprensión, compasión y amor incondicional. Y al mismo tiempo aprender a arrojar toda miseria humana en el océano de la misericordia divina. Canta el salmo: *Un abismo llama a otro abismo* (S.41,8). Sobre este verso comenta la Bta. Isabel de la Trinidad comenta: “Ahí, en lo más hondo, se realizará el encuentro divino, y el abismo de nuestra nada, de nuestra miseria, se encontrará cara a cara con el abismo de la misericordia, de la inmensidad, del todo de Dios. Ahí encontraremos fuerzas para morir a nosotros mismos y perdiendo nuestra propia condición, seremos transformados en amor” (CF 4).

Un mes antes de su muerte escribe Isabel a una amiga acomplejada: “A la luz de la eternidad, el Señor me hace comprender muchas cosas. Te digo de su parte, que no temas el sacrificio y la lucha. Al contrario, alégrate cuando pases por esos momentos. Si tu naturaleza es motivo de tentación, campo de batalla, no te desanimes ni te entristezcas. Me atrevo, incluso a decirte: Ama tu miseria porque Dios ejerce sobre ella su misericordia. Cuando la visión de esa miseria te suma en tristeza y te obligue a replegarte sobre ti misma, jeso es fruto del amor propio! (del ego). Durante tus horas de desaliento busca apoyo en la oración del divino Maestro. Sí, desde la cruz el te veía y oraba por ti, y esa oración está eternamente viva y presente al Padre” (Ct 324).

San Pablo observa: “Los judíos piden milagros y los griegos buscan la sabiduría. Pero nosotros anunciamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los paganos, pero poder y sabiduría de Dios para los llamados. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1Co 1,22ss).

Unicidad y filiación

El trono en que Dios se sienta dichoso por toda la eternidad es la unicidad. En ese trono las tres divinas personas comparten todo de modo que las tres son uno. Los bienaventurados en el cielo comparten gozosos el trono de la unicidad trinitaria.

En el bautismo de Cristo se deja oír la voz del Padre: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”. En Jesús el Padre contempla a la nueva humanidad “donde no hay judío ni griego, libre ni esclavo, hombre ni mujer, pues todos somos uno en Cristo Jesús” (Ga 3,28). Por eso, hoy más que de la *humanidad* deberíamos hablar de la “*filiación*”.

La filiación radica en el mismo decreto divino que decide la Encarnación. Como comentan los Padres de la Iglesia: “El Hijo de Dios se hace hombre para que el hombre pueda llegar a ser hijo de Dios”. De ese modo se supera la distancia infinita que separa al cielo de la tierra, y las enormes distancias que separan a los hombres unos de otros. Estamos ante la mayor manifestación del amor y de la misericordia divina. La complacencia infinita que el Padre encuentra en el Hijo se extiende ahora a toda la filiación.

Finalmente en Pentecostés viene el Espíritu a unir todas las lenguas, signo de la naciente filiación, que él mismo irá perfeccionando a lo largo de los siglos. Veinte siglos después de Pentecostés, hoy presenciamos una lucha abierta y frontal entre el ego humano y el Espíritu divino. Por una parte el ego empuja con fuerza al individualismo y separatismo. Por otra el Espíritu, superando el individualismo y separatismo, fortalece la filiación; nos hace reconocer con creciente claridad que todos somos hermanas y hermanos; y nos mueve a honrar la inmensa dignidad de cada uno como hijo o hija de Dios.

Más que por la unión de todos, Cristo ora por la *unicidad*. “Que todos sean uno, como tú, Padre en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros” (Jn 17,21). Unicidad significa que muchos son uno. Es para hacernos conscientes de este sorprendente misterio que Jesús dice: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (Jn 15,1ss). Y más todavía: “Lo que hicisteis al más pequeño o desgraciado de los humanos, me lo hicisteis a mí” (Mt 25,40).

La clave para amar como nos ama Jesús y para ser misericordiosos como el Padre es misericordioso está aquí; nos la regala el Espíritu, Santo cuando abre nuestros ojos internos y nos hace ver con los ojos del corazón que todos somos uno. Gracias al misterio de la Encarnación, muerte y resurrección de Cristo Jesús, somos uno con Dios, y somos uno con todos los redimidos, incluso uno con la creación “que está aguardando en anhelante espera, para ser admitida a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Rm 8,19ss).

Cuando nuestra consciencia interna se despierta a este gran misterio, se produce un cambio radical en la forma de ver a los demás, y por tanto de relacionarnos con los demás. Se comienza a vivir en la tierra, al menos de un modo parcial, el gran misterio de la unicidad, del que gozaremos plenamente en el cielo. Eso hace que el amor sea cada vez más natural y tan espontáneo...

Si como hijos de Dios nos dejamos guiar por el Espíritu de Dios (Rm 8,14), él nos enseña a reconocer y honrar al Hijo de Dios presente en todos y cada uno de los seres humanos. Aprender esa lección es la mayor alegría que podemos dar a nuestro Padre del cielo. Mira a tu prójimo menos agradable, incluso a tu enemigo, a la luz de la misericordia divina y reconocerás en él al Hijo de Dios. Esa visión acabará con todos tus prejuicios. Y acaso nada como eso te ayudará a ver al Hijo de Dios en ti, y a palpar la misericordia de Dios en ti. Cuando veas al Hijo en ti, se acabarán todos tus complejos. Esa visión espiritual crece, se aclara y fortalece al compartirla y contemplarla juntamente con los hermanos creyentes.

El enemigo a superar

El gran enemigo a superar es el ego. El ego no es creación de Dios, sino producto de la ambición y de la mente humana. Desde su aparición se ve separado de Dios, separado de todos,

incluso separado del yo auténtico creado por Dios. Su especialidad es crear separaciones, divisiones, enfrentamientos, peleas, guerras. Quien, siguiendo el dogma central del ego, cree ser un individuo separado, actuará en consecuencia: defendiendo sus fronteras, sus derechos y sus posesiones. Con ello fortalece su ego, exalta el individualismo y la separación. Ni siquiera se librará de las redes del ego cuando busca a Dios, pues lo buscará en su mente. Y la mente que ha fabricado un yo falso, también habrá forjado un dios falso, un dios a su medida.

Al ego no se le supera con penitencias y sacrificios, sino exponiéndolo a la luz. Es preciso un despertar de la consciencia. Y para ello hay que orar con san Pablo: “Que el Padre de la gloria nos conceda espíritu de sabiduría que nos revele un conocimiento profundo de él; que ilumine los ojos de nuestro corazón para que conozcamos cuál es la esperanza a la que hemos sido llamados por él; cuál la riqueza de la gloria otorgada por él en herencia a los santos, y cuál la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes” (Ef 1,17ss). Tenemos ojos en el corazón, en lo profundo de nuestro ser; pero estos suelen estar ciegos hasta que el Padre de la gloria los ilumina con su Espíritu de sabiduría. Entonces se despierta la consciencia interna y uno comienza a descubrir el mundo real creado por Dios y comienza a percibir su propio yo verdadero y eterno.

Vende todo y compra asombro

“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios” (Rm 8,14). El Espíritu enseña a vivir y actuar por encima de la razón, según su inspiración, a la luz de la fe. Es el modo de vivir la gran novedad de nuestra filiación divina y de nuestra unicidad con verdadero asombro y gratitud.

La tarea del Espíritu es deshacer lo que el ego ha hecho. Lo deshace en mismo nivel en el que el ego opera, en la mente. El Espíritu Santo disipa la idea egótica de separación, y nos hace ver nuestra identificación con toda la filiación y con todo el reino de Dios como algo esencial a nuestro ser creado por Dios, y a nuestro destino glorioso. Es el Espíritu Santo quien nos introduce en el mundo de Dios y en la Mente de Dios, dejando muy claro que nadie existe, ni puede existir, separado de Dios, “ya que el él vivimos, nos movemos y somos” (Hc 17,28). Todo cuanto existe en el mundo real (no así en el mundo de la mente) está recibiendo el ser de Dios en un eterno ahora.

Por lo tanto nadie puede conocerse a sí mismo separado de Dios o separado de la filiación y de la creación. En realidad nadie puede verse a sí mismo separado del lugar, que Dios le ha asignado en su proyecto eterno dentro de la creación. Ese descubrimiento es un precioso regalo que el Padre hace a sus hijos que por encima de todo buscan la verdad. Ahí se encuentra la fuente indeficiente de una paz y gozo que no son de este mundo.

El despertar de la consciencia produce un cambio radical en la forma de verse a sí mismo y de ver a los demás. Uno comienza a vivir en la tierra al menos de un modo parcial el gran misterio de la unicidad, del que gozaremos plenamente en el cielo. Eso hace que el amor sea cada vez más natural y espontáneo, más humano y divino a la vez...

La obra de misericordia más urgente

“Todos pecaron y están lejos de la gloria de Dios; ahora son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús” (Rm 3,23s). Ante ese misterio de la gracia totalmente gratuita y de la misericordia divina, muchos pecadores perdonados nos hemos convertido de fiscales en abogados, en intercesores.

La intercesión universal es acaso la obra de misericordia más urgente en el mundo de hoy. El mundo está en la balanza ¿perecerá o se salvará? Ciertamente, todo depende de Jesús, el único Salvador del mundo. Y el Salvador; ha querido depender de nosotros, de sus amigos. A nosotros nos ofrece el honor de ser socios suyos en la obra maravillosa de salvar el mundo. Y Jesús nos invita a cooperar ante todo con la plegaria: “La mies es mucha, los obreros pocos.

Rogad al dueño de la mies... (Mt 9,38). ¡La salvación del mundo depende de nuestra intercesión!

Santa Teresita: “¡Qué misterio! ¿No es Jesús omnipotente? ¿Por qué, pues, dice: Pedid al dueño de la mies? ¡Ah! Es que Jesús siente por nosotros un amor tan incomprensible, que quiere que tengamos parte con él en la salvación de las almas. El Creador del universo espera la oración de una pobrecita alma para salvar a las demás almas, redimidas, como ella, al precio de toda su sangre. He aquí las palabras de Jesús: *Levantad los ojos y ved...* Ved cómo en mi cielo hay sitios vacíos; os toca a vosotros llenarlos. Vosotros sois mi Moisés orante en la montaña. ¡No espero más que una oración, un suspiro de vuestro corazón” (Cta 135).

De nuevo Teresita: “Un sabio dijo: *Dadme una palanca, un punto de apoyo, y levantaré el mundo*. Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios y porque iba hecha desde un punto de vista material, lo lograron los santos en toda su plenitud. El Todopoderoso les dio un *punto de apoyo*: ¡El mismo! ¡El solo! Y una *palanca*: la oración que quema con fuego de amor. Y así *levantaron el mundo*. Y así lo siguen levantando los santos que aún militan en la tierra, y así lo levantarán, hasta el fin del mundo, los santos que vengán” (Ms C 33v-36v).

Bto Francisco Palau: “Vino el Redentor y por medio de una oración continua reconcilió el mundo con su Padre. Para que la oración de Jesucristo y los frutos de su redención se apliquen a alguna nación o pueblo, para que haya quien la ilumine con la predicación del evangelio es indispensable que haya algunos que con oraciones y sacrificios hayan conquistado antes aquel pueblo y lo hayan reconciliado con Dios..... Dios, para conceder su gracia aun a aquellos que ni la piden ni pueden pedirla, o no quieren, ha dispuesto: *Rogad los unos por los otros para que os salvéis*”.

Santa Teresa de los Andes (1900-1919): “Un alma unida e identificada con Jesús lo puede todo. Y me parece que sólo por la oración se puede alcanzar esto... Pues salvar almas no es otra cosa que darles a Jesús, y el que no lo posee, no puede dar nada... ¡Qué hermosa es nuestra vocación! Somos redentoras en unión con nuestro Salvador. Somos las hostias donde Jesús mora. En ellas vive, ora y sufre por el mundo pecador. ¿No fue esta la vida de la más perfecta de las criaturas, la Sma. Virgen? Ella llevó al Verbo en el silencio. Ella siempre oró y sufrió... ¿No es esta la vida de Jesús en el Sagrario? Sin duda, hemos escogido la mejor parte”

A la diestra de Dios

Desde su ascensión al cielo Jesús está siempre “intercediendo a la diestra del Padre” (Rm 8,34). La *diestra* significa poder, la diestra significa bendición. Quien está a la diestra de Dios dispone del infinito poder de Dios; pero ese poder sólo se usa para bendecir y hacer el bien.

Jesús se siente inmensamente feliz de compartir ese honor y poder con sus socios. La oración de un intercesor, y más la de un grupo *a la diestra de Dios* beneficia a todos, y hace milagros, porque moviliza el poder de Dios.

Hace milenios corrió el rumor en el mundo de los pájaros de que entre ellos había un rey dotado de gran belleza y sabiduría. Se reunieron los pájaros en asamblea general y decidieron salir de inmediato en busca de ese rey. Después de buscar inútilmente al deseado rey por bosques, selvas y campos...se reunieron de nuevo todos los pájaros. En la asamblea se hizo un profundo y prolongado silencio. Y de pronto, como movidos por un resorte invisible, prorrumpieron todos en el más alegre canto que jamás se había escuchado en el bosque. Habían descubierto al admirado rey; el rey estaba en cada uno de ellos.

“Al que nos ama nos lavado de nuestros pecados en su propia sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios su Padre, gloria y poder por los siglos” (Ap 1,5s). El día en que se nos abran los ojos del corazón y descubramos nuestra posición privilegiada, prorrumpiremos en cantos que nunca cesarán a ese Dios “que nos ha hecho reyes y sacerdotes; que nos ha llamado

de las tinieblas a su luz maravillosa (1P 2,9s. Y nos capacita para llamar a muchos otros. Y a Jesús que, cuando intercedemos, nos coloca junto a él y a su bendita Madre, a la diestra del Padre, gloria y honor por siempre.

17. LA MISERICORDIA DIVINA EN LA VIDA DEL ORANTE

Dice el Señor: “Estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20). Dios llama a todos los que peregrinamos por este mundo. A veces lo hace hasta con violencia, como llamó a Saulo de Tarso, dando un vuelco a su vida. Generalmente lo hace con mucha suavidad, tocando a la puerta del corazón. Cuando uno escucha la llamada y abre la puerta, entra en una relación de amistad con Dios. Esta amistad se desarrolla en la vida de oración. Santa Teresa escribe: “No es otra cosa oración mental sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (Vida 8,5).

La esencia de la oración auténtica es esa relación de amistad e intimidad entre Dios y el orante. El punto de partida es la experiencia personal de ser amado o amada por Dios. El Apóstol Juan lo confirma: “En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado” (1Jn 4,10). Dios siempre va por delante; en su gran misericordia es Dios quien toma la iniciativa. La oración auténtica, más que obra del orante, es acción del Espíritu Santo que derrama el amor de Dios en el corazón del orante (Rm 5,5); es como el respirar de Dios (*Ruah*) en lo profundo de nuestro ser.

La amorosa madre de la gracia

Cuando uno entra en este camino de oración y amistad con Dios, para ayudarle a despegarse de los bienes pasajeros de este mundo, cuando no de las basuras del mundo, Dios suele visitarle generalmente con regalos espirituales: gran alegría y gustos en la oración y prácticas religiosas. Es algo así como una *Luna de miel* espiritual. Observa san Juan de la Cruz: “Después que el alma determinadamente se convierte a servir a Dios, ordinariamente la va Dios criando en espíritu y regalando al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual al calor de sus pechos le calienta y con leche sabrosa y manjar blando y dulce lo cría, y en sus brazos le trae y regala. La amorosa madre de la gracia de Dios esto mismo hace con el alma: la hace hallar dulce y sabrosa leche espiritual sin ningún trabajo suyo en las cosas de Dios, y en los ejercicios espirituales gran gusto, porque le da Dios aquí su pecho de amor tierno, como a niño tierno” (Noche 1,1,2).

Debido a la inmadurez del orante, con frecuencia aquí suele aparecer el peligro de *engolosinarse* y centrarse en uno mismo, con gran satisfacción para el propio ego. La primera conversión no suele ser tan radical como parece: es un cambio de objeto, más que de sujeto. *Antes yo encontraba mi gusto en las cosas del mundo; ahora yo encuentro mi gusto en las cosas de Dios.* ¿Con cual de las dos dietas engordará más el ego? Eso explica muchas cosas desconcertantes que suceden en la santa Iglesia, y suceden en grupos eclesiales, sobre todo cuando los responsables no han pasado por largos desiertos. El ego revestido de santo no es menos ego, pero es más peligroso.

Otro peligro, al experimentar tanto gusto en las cosas espirituales, es imaginarse que uno está ya en la cumbre de la santidad, y juzgar a otros que parece se arrastran por el suelo. De nuevo san Juan de la Cruz: “A estos principiantes, aunque las cosas santas de suyo humillan,

les nace a veces cierto ramo de soberbia oculta, con cierta satisfacción de sus obras y de sí mismos; y cierta gana algo vana de hablar cosas espirituales delante de otros, y aun a veces de enseñarlas, más que de aprenderlas, y condenan en su corazón a otros cuando no los ven con la manera de devoción que ellos querrian” (Ibid 2,1).

Desierto prolongado

Aquí interviene de nuevo *la amorosa madre de la gracia*. Pone fin a la luna de miel. En su gran misericordia Dios conduce al orante al desierto, para purificar su amor y fortalecer su fe. “Yo la atraeré, la llevaré al desierto, donde hablaré a su corazón” (Os 2,16). Corazón en sentido bíblico es lo más profundo del ser humano, allí donde se toman las decisiones importantes, donde se contacta con Dios en intimidad, donde se experimenta la propia miseria y la gran misericordia de Dios, donde uno se va liberando del dominio del ego, donde uno se entrega a Dios en humildad y aprende a mirar al prójimo con misericordia.

Al comienzo de su vida pública “el Espíritu llevó a Jesús al desierto para ser tentado, y ayunó cuarenta días y noches” (Mt 4,1). La experiencia de Jesús es simbólica de lo que sucede con todos sus amigos llamados a avanzar por los caminos del espíritu. En realidad la experiencia de desierto y de ayuno de gustos y de caprichos es hoy más necesaria que hace siglos, porque el ego ha crecido y se ha hecho más glotón. La ley del ego es buscar lo suyo por encima de todo. Esta es la ley que controla el mundo de la política y del consumo. Dios nos ama con amor desinteresado, y sabe mejor que nadie lo que realmente necesitamos para crecer en espíritu. Nada más necesario que su amor y misericordia. Para acoger esos tesoros hay que experimentar primero la propia indigencia y profunda miseria.

En el camino espiritual de los amigos fuertes de Dios predomina el desierto, mucho más largo que la luna de miel. El gusto que encontraba uno antes en las cosas de Dios, se convierte en sequedad. Uno se siente cansado y a veces por los suelos. Aquí se pone a prueba la fe y el amor a Dios. Uno opta por Dios o tira la toalla. Aquí se marca la diferencia entre la mediocridad y la santidad. Santa Teresa: “Su Majestad es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza en sí, en medio año puede uno haber alcanzado más que otro en veinte, dalo el Señor a quien mejor se dispone” (V 13,2). San Juan de la Cruz: “Más estima Dios en ti el inclinarte a la sequedad y el padecer por su amor, que todas las consolaciones y visiones espirituales y meditaciones que puedas tener” (Dichos de luz y amor,14).

Santa Teresita describe así su experiencia de los primeros años en el convento: “La sequedad se hizo mi pan de cada día. Y aun con estar privada de todo consuelo, me sentía la más feliz de todas las criaturas” (A 73v). “La ruta que sigo no es de ningún consuelo para mí, y no obstante me trae todos los consuelos, puesto que Jesús es quien la ha escogido. Con tal que él esté contento, yo me siento en el colmo de la dicha” (Cta 110). En carta a su hermana Celina durante la enfermedad de papá: “¡Qué gracia más grande cuando por la mañana nos encontramos sin ánimo y sin fuerzas para practicar la virtud! Entonces es el momento de poner el hacha a la raíz del árbol (de nuestro orgullo y autosuficiencia). Se ve una tentada a dejarlo todo; pero con un acto de amor aun *no gustado*, todo queda reparado y con creces, Jesús sonrío y nos ayuda aun sin parecerlo. Jesús no mira tanto la grandeza de las obras, ni siquiera su dificultad, cuanto el amor con que se hacen” (Cta 65).

Así actúa Dios en su infinita sabiduría y misericordia con sus amigos fuertes, dispuestos a desapegarse de bienes pasajeros, para llenarse del amor puro a Dios y al prójimo. San Juan de la Cruz: “El primero y principal provecho que causa esta seca y oscura noche de contemplación es conocimiento de sí y de su miseria, que en el tiempo de su prosperidad no echaba de ver... De ahí nace un nuevo conocimiento de Dios. Por eso decía San Agustín: *Conózcame, Señor, a mí, y conocerte he a ti...* Saca también el alma en la sequedad y vacío de esta noche humildad espiritual. Porque como se ve tan seca y miserable, ni aun por primer movimiento le pasa que va mejor que los otros, como antes hacía; al contrario, conoce que los otros van mejor. Y de aquí nace el amor al prójimo; porque los estima y no los juzga como

antes hacía, cuando se veía con mucho fervor y a los otros no. Finalmente se consigue libertad de espíritu, en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo” (1Noche 12 y 13).

En el desierto uno experimenta su pobreza, su debilidad y abundante miseria. Pero las percibe a la luz de la sobreabundante misericordia divina. Por eso las acepta con paz y humildad, lo que le permite adentrarse más en el corazón de Dios y descubrir mayores tesoros de misericordia

Noche oscura

La experiencia de la propia miseria y de la misericordia divina se profundiza más allá de los límites humanos, cuando el Espíritu Santo toma el control de nuestra vida espiritual y nos introduce en la noche oscura de contemplación. Canta San Juan de la Cruz:

*En una noche oscura
con ansias en amores inflamada
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.*

Comenta el santo: “En esta *noche oscura* comienzan a entrar las almas cuando Dios las va sacando del *estado de principiantes*, que es el de los que meditan en el camino espiritual, y las comienza a poner en el de los *aprovechantes*, que es ya de los contemplativos, para que pasando por aquí lleguen al *estado de los perfectos*, que es el de la *divina unión del alma con Dios*” (1Noche Oscura 1,1).

Dios es infinitamente simple, y simple es el mundo de Dios. Cuando uno se deja guiar por el Espíritu, su vida de oración se simplifica hasta quedar reducida a una simple mirada del corazón, una *advertencia amorosa*. Almas simples y sabias que sólo buscan dar contento a Dios, estando con él, encuentran aquí su descanso y fortaleza. Si perseveran en ese camino, algún día el Señor les dirá: “Criado bueno, has sido fiel en lo poco, te confiaré lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25,21). *Lo mucho* en el itinerario espiritual comienza con la contemplación infusa y el paso a la vía mística.

Todo el camino de la mística, desde la puerta que es la contemplación, hasta entrar en los profundos de Dios, donde se realiza la unión mística y el ser humano queda divinizado, se desarrolla de noche: Noche oscura para la mente; luminosa para el espíritu. Esa oscuridad se debe, no a la falta de luz, sino al exceso de luz.

En esencia la contemplación es una luz nueva, infusa, totalmente superior a la inteligencia humana; por eso es *noche oscura* para la mente. Y un fuego de amor nuevo, más allá del sentido; por eso uno puede experimentar sequedad a nivel de sentido. Así es, hasta que el orante se purifique y se vaya adaptando al estilo de Dios. Para quien está ya acostumbrado al silencio interior, el cambio es suave y puede pasar casi desapercibido.

Dos vertientes

San Juan de la Cruz: “De secreto enseña Dios al alma y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo es esta contemplación infusa; por cuanto es sabiduría de Dios amorosa hace dos efectos en el alma: la purifica y la ilumina para la unión de amor con Dios” (2Noche 5,1).

Cuando la luz de contemplación enfoca en el orante, penetra el mundo subconsciente y del alma hasta su más profundo centro. El Espíritu ilumina rincones oscuros en nuestro interior, a los que nunca quisimos mirar, ni nos atrevimos a mirar; pone de manifiesto abismos de pobreza, de mentira y de miseria que nunca sospechábamos. El Espíritu de la verdad deja al desnudo la omnipresencia y los juegos sucios del ego, que siempre busca su exaltación.

Pero el Espíritu muestra toda esa miseria inmensa, a la luz de la misericordia infinita de Dios. Así se realiza plenamente aquello de “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”; donde abunda la experiencia de la miseria humana, sobreabunda la experiencia de la misericordia divina. El Espíritu realiza su acción purificadora con inmenso amor, sin ningún reproche. El Espíritu nos libera del miedo, de la culpa, de deseos y ambiciones personales, en una palabra del ego. Al mismo tiempo nos enseña a ser más auténticos, y sobre todo, más comprensivos y misericordiosos con nuestros semejantes. Bienaventurados los que experimentan a fondo la misericordia de Dios, totalmente gratuita, porque aprenderán a no juzgar a otros, y a ser misericordiosos con todos.

Cuando la luz de contemplación enfoca en Dios, en su grandeza y belleza, en su infinito amor y misericordia sin fin, produce un gozo superior a todos los gozes de la tierra, y moviliza el poder transformante de Dios. San Juan de la Cruz: “Mediante esta amorosa y oscura contemplación se junta Dios con el alma en alto grado y divino. Porque esta noticia amorosa, que es la fe, sirve en esa vida para la divina unión, como la lumbre de gloria sirve en la otra de medio para la clara visión de Dios” (2Subida 24,4). “La contemplación es *ciencia de amor*, noticia infusa de Dios amorosa, que va ilustrando y enamorando al alma, subiéndola de grado en grado hasta Dios; porque solo el amor une y junta alma con Dios” (2Noche 18,5). “Los bienes que esta callada contemplación deja en el alma son unciones secretísimas del Espíritu Santo, que la llenan de riquezas y dones y gracias espirituales, porque siendo Dios el que lo hace, hácelo no menos que como Dios” (Llama 3,39s).

Santa Teresa de Jesús: “Acá no hay sino gozar sin entender lo que se goza. Entiéndese que se goza un bien, donde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien... Señor mío, dais como quien sois” (Vida 18,1.3; 5M.1,6)). Esta experiencia incluso mejora la salud del cuerpo, como lo experimenta la santa (V 18,11).

“Vese claro indignísima, porque en pieza donde entra mucho sol no hay telaraña escondida: ve su miseria. ve que merece el infierno y que le castigan con gloria. ¡Seáis alabado, Oh regalo de los ángeles, que así queréis levantar un gusano tan vil!” (Vida 19,2).

El Dios revelado por Jesús es nuestro Padre con el corazón de la más tierna Madre. Su gran deseo es levantarnos hasta sí y estrecharnos contra su corazón misericordioso, “porque es eterna su misericordia”

Noche profunda

Trabajando con gran generosidad por el reino de Dios, a lo largo de unos años, la persona entregada a la oración y al servicio de Dios, puede haber levantado un montaje espiritual y afectivo impresionante. Eso le permite mirar al futuro con serenidad y confianza, y hasta programar el futuro, siempre buscando conscientemente la gloria de Dios. Lo cual, si miramos bien, es un modo de compartir el protagonismo con Dios; muy gratificante para el espíritu humano, ¿no lo será también para el ego humano?

Cuando esto sucede a un contemplativo realmente generoso y fuerte de espíritu, Dios, en su gran bondad y misericordia, lo puede llamar a la más íntima unión con él. Entonces lo introduce en una noche más oscura y demoledora que la anterior. En esta noche el protagonismo de Dios se hace total. El Ser infinitamente simple de Dios choca con el montaje interior y la complejidad humana. El Espíritu de la verdad comienza a desmoronar todo ese montaje. Es la noche del anonadamiento: todo en lo que uno basaba su seguridad y daba sentido a la vida se desmorona. Antiguos ideales, proyectos, motivos; antiguas prácticas de piedad... quedan como sin valor.

Al fin, uno no se apoya en nada, porque no encuentra nada en qué apoyarte, fuera de Dios. No posee nada, porque no le queda nada de lo que creía poseer. No repara en nada, a no ser en su desnudez, porque se encuentras desposeído de todo. El Espíritu va desnudando y despojando de todo lo que no es Dios.

Este es el momento de aferrarse a Dios en fe con todas las fuerzas, de alabarle como nunca y abandonarse a ciegas a su misericordia. El Espíritu de Dios siempre está presente en estas pruebas y suple la debilidad humana con una fuerza sobrehumana. “Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la construyen” (S 127,1).

En la construcción de la casa espiritual llega un momento en que el Señor quiere reservarse la tarea de construir según su secreto designio. San Juan de la Cruz: “Pues él es el artífice sobrenatural, él edificará sobrenaturalmente en cada alma el edificio que quisiere, si ella se dispone procurando aniquilarse acerca de sus operaciones y afecciones naturales. Porque si es verdad que ella no hace nada, por eso mismo aquí se hace mucho” (Llama 3, 47). Lo que tiene que hacer el orante es no obstaculizar la acción de Dios; dejar que Dios sea Dios.

Cuando todo el mundo espiritual montado en nuestro interior se derrumba, “el que está sentado en el trono dice: Mira, ahora hago nuevas todas las cosas” (Apo 21,5). Así se abre la puerta a un nuevo mundo, en el que sólo Dios basta”, porque Dios es todo. Mirando atrás bien podrá uno decir, con el Apóstol Pablo: “Todo lo que tuve antes por ventaja, todo lo tengo por pérdida ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, configurándome con su muerte para alcanzar la resurrección” (Fl 3,7-11).

Este es el triunfo más pleno y glorioso de la sabiduría y de misericordia divina, pues hace que el pobre ser humano quede divinizado para siempre. “Porque es eterna su misericordia”.

+++++

Los seres humanos, mientras peregrinamos sobre la tierra, nos movemos en dos niveles internos. Uno más superficial, que está al alcance de la mente consciente y subconsciente. En ese nivel se esconde el ego, que se despierta muy temprano en la vida. Cuando el ego controla nuestra vida, abundan los *pájaros negros*: ambición, juicios, celos, ira, revanchismo, malos deseos y maldiciones. El otro nivel es profundo, se expande más allá de la mente; y es sereno, pues está habitado por Dios. Cuando el Espíritu Santo lo controla, nuestra vida se llena de *pájaros blancos*: Amor, comprensión, misericordia, perdón, buenos deseos y bendiciones.

Supongamos que un enemigo suelta contra ti un pájaro negro. Si no controlas tu ego, es probable que tú respondas soltando contra él otro pájaro negro. Como resultado la condición de ambos empeora; os encontraréis más cargados de negativismo, más expuestos a la enfermedad.

“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios” (Rm 8,14). Dios es Amor, Dios es Misericordia. Si te dejas guiar por el Espíritu de Dios, cuando un adversario suelta contra ti un pájaro negro, sentirás compasión hacia esa persona y responderás soltando un pájaro blanco, una bendición reforzada con tu perdón y oración. El pájaro blanco no descansará, aunque le cueste años, hasta encontrar algún resquicio para entrar en la casa del enemigo. Con lo cual este mejorará emocional y espiritualmente.

Si te dedicas a solar pájaros blancos, ¿no te irás empobreciendo hasta quedarte sin ninguno? Todo lo contrario. Dios nunca se deja ganar en generosidad. Por cada pájaro blanco que envías a otros, aparecen en ti cien pájaros blancos bajados del cielo, cada vez más fuertes, más bellos, más llenos de amor y de misericordia. El Espíritu nos dice a las hijas e hijos del Padre de las misericordias. “¡Os necesito a todos! ¡¡¡Llenad el mundo de pájaros blancos!!!”

El ego no controlado fácilmente se convierte en un dios. Cuando eso sucede, pueden aparecer nidos gigantescos de pájaros negros; son un cáncer social. Si el responsable del nido no los controla, la sociedad puede verse forzada a intervenir para extirpar el cáncer. Lo

importante es que lo haga, no movida por el odio, sino movida y guiada por el espíritu de amor y misericordia,

+++++

PARA TERESITA ***Víctima dichosa del Amor misericordioso***

San Pablo, convertido de Fariseo en Apóstol de Cristo, escribe: “Ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con las justicia mía, la que viene de la ley, sino la justicia que viene de Dios por la fe en Cristo” (Fl 3,8s).

Justicia se usa en la Biblia a veces como un atributo divino que sanciona la conducta moral del hombre. Otras veces, sobre todo en san Pablo, como sinónimo de bondad divina, misericordia, fuerza salvadora, gracia santificante. Esta es la *justicia justificante*, que llama a la puerta del pecador mendigando sus pecados. Se cuenta que a san Jerónimo, un hombre muy penitente, se le presentó en niño Jesús la víspera de Navidad, pidiendo un presente para su cumpleaños. Jerónimo le ofreció todas sus oraciones, penitencias y obras buenas. Pero el niño seguía con las manos tendidas esperando algo más, hasta que el santo protestó: “Señor, tú sabes que no tengo nada más”. “Sí, tienes algo más”, dijo el niño; Jerónimo, dame tus pecados”.

Hace un siglo se vivía una espiritualidad muy legalista en la Iglesia. Personas generosas y heroicas se ofrecían como *víctimas a la Justicia divina*, como “pararrayos”. A primeros de Junio 1895 (dos años antes de la muerte de Teresita) se leyó en Lisieux la nota necrológica de una carmelita que se había ofrecido como víctima a la Justicia divina.

Sant Teresita escribe en su biografía: “Este año (1895), el 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de comprender más que nunca cuánto desea Jesús ser amado. Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero estaba muy lejos de sentirme inclinada a hacerla” (A 84r).

Teresita captó como pocos la mente y corazón de Dios, el espíritu del nuevo Testamento. Avanzando por el *caminito nuevo* va descubriendo cada día nuevos abismos de amor y misericordia en Dios. Cada día percibe con mayor claridad la necesidad infinita que Dios tiene de amar: de soltar “las oleadas de infinita ternura que hay en él”; y cómo Dios se alegra cuando un alma, por pequeña, ruin y miserable que sea, se atreve a “arrojarse en sus brazos y aceptar su amor infinito” (A 84r).

Más que descargar su justicia, lo que Dios quiere es abrazarnos en su amor. Infinitamente más que el deseo de repartir castigos, agrada y glorifica a Dios el deseo de atraer su amor, ternura, misericordia... Su justicia la descargó plenamente hace 2000 años sobre su Hijo: “Al que no conoció pecado, le hizo pecado en lugar nuestro, para hacernos a nosotros en él justicia de Dios” (2Co 5,21).

Continúa la santita: “¡Oh Dios mío!, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo vuestra justicia recibirá almas que se inmolan como víctimas? ¿No tiene también vuestro amor misericordioso necesidad de ellas?...¿Deberá vuestro amor despreciado quedarse encerrado en vuestro corazón? Creo que si encontraseis almas que se ofrecieran como víctimas de holocausto a vuestro amor, las consumiríais rápidamente. Creo que os sentiríais dichoso de no veros obligado a reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en vos... ¡Oh Jesús mío, que sea yo esa víctima dichosa; consumid vuestro holocausto con el fuego de vuestro divino amor!” (A 84r). Y en pocos meses el amor misericordioso de Dios hizo de Teresita, en palabras de San Pío X, “La santa más grande de los tiempos modernos”.

INDICE

1. “DIOS” SINÓNIMO DE “MISERICORDIA”
 - Ejemplo de Moisés
 - Yo soy el que soy
 - Yo soy el que seré
 - El pez grande y el Océano
2. MISERICORDIA SENO MATERNO DE DIOS
 - La gran sorpresa
 - El seno materno de Dios
 - ¿Reencarnación?
 - Cordero de Dios
3. LA MISERICORDIA NUNCA CULPABILIZA
 - La impronta de Dios
 - El hijo pródigo
 - La gran sorpresa de la misericordia
 - ¿Por qué nos sentimos culpables
 - Cambio de mente
 - El ego colectivo
 - Fuente de misericordia
 - Santa Teresita
4. PORQUE ES ETERNA SU MISERICORDIA
 - Compasión sentir con
 - El pasaje para el reino pagado ya
 - Fe en Cristo Jesús
 - Evangelio según san Pablo
5. OBJETO Y RETO DE LA MISERICORDIA
 - ¿Dónde se encuentra el campo?
 - Ahondando en el campo
 - Hablan los místicos
 - El arcángel caracol
6. LA MISERICORDIA NACE DEL AMOR
 - El virus *gallinitis*
 - Joyas para su corona
 - También Dios tiene problemas

- El mirar de Dios
7. TERESITA, LA SANTA DE LA MISERICORDIA
- Santidad sin
 - Pecados que son gracia
 - El ascensor
 - Condiciones para usar el ascensor
8. OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO
- Víctimas de la justicia divina
 - Víctima del amor misericordioso
 - Santidad la más alta fruto del amor misericordioso
9. SANTA FAUSTINA SECRETARIA DE LA DIVINA MISERICORDIA
- Tabla de salvación
 - Mensaje de la divina Misericordia
 - Rosario de la Misericordia
 - Un modelo de vida
 - Jesús, en ti confío
10. LA MISERICORDIA SE RÍE DEL JUICIO
- Dios siempre va por delante
 - Misericordia suma de virtudes
 - Intercesión universal
 - Dos águilas programadas
 - Programados dos veces
 - El buen Samaritano
 - Dios te espera en el prójimo
11. FE EN LA DIVINA MISERICORDIA AUYENTA EL MIEDO
- Nuestra gran responsabilidad
 - La verdad os hará libres
 - Nuestro Judas
 - La dama Sal y el Océano
12. MISERICORDIA ES COMPRENSIÓN Y PERDÓN
- Perdonar y bendecir
 - Perdonarme a mí mismo
 - Y al prójimo como a mí mismo
 - Ampliando el campo de la misericordia
 - Nuestra salvación vinculada a la del hermano
 - ¿Cuántas veces?
13. MISERICORDIA CAMINO DE SANACIÓN Y LIBERACIÓN

Abriendo la puerta a la misericordia

Invitación de Jesús

El primer sospechoso, el ego

Limpieza del templo

Sanación interior y del pasado

Nuestra gran valía

14. MISERICORDIA CAMINO DE SABIDURÍA Y DE UNICIDAD

Nuestro destino glorioso

Un abismo llama a otro abismo

Unicidad y Filiación

El enemigo a superar

Vende todo y compra asombro

La obra de misericordia más grande

A la diestra de Dios

15. LA MISERICORDIA DIVINA EN LA VIDA DEL ORANTE

La amorosa madre de la gracias

Desierto prolongado

Noche oscura

Dos vertientes

Noche profunda

PARA CONTRAPORTADA?

Mirando con amor y hasta con preocupación a este mundo en que vivimos hoy, tan maltratado por el egoísmo y consumismo, el cielo nos envía este mensaje de la Misericordia, como fuente de esperanza y tabla de salvación para humanidad.

Dijo Jesús a santa Faustina: “He abierto Mi Corazón como una Fuente viva de Misericordia. Que todas las almas tomen vida en ella. Que se acerquen con gran confianza a este mar de Misericordia. Los pecadores obtendrán la justificación y los justos serán fortalecidos en el bien. Al que haya depositado su confianza en mi Misericordia, en la hora de la muerte le colmaré el alma con Mi paz divina”.